

FLAVIA
PANTANELLI

EL EXTRAÑO
LENGUAJE
DE LAS CASAS





Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Rector

M. en S.P. María Estela Delgado Maya
Secretaría de Docencia

Dr. en C.I. Carlos Eduardo Barrera Díaz
Secretario de Investigación
y Estudios Avanzados

Dr. en C.S. Luis Raúl Ortiz Ramírez
Secretario de Rectoría

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

M. en C. Jannet Valero Vilchis
Secretaría de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Administración

M. en E.U.R. Héctor Campos Alanís
Secretario de Planeación
y Desarrollo Institucional

M. en L.A. María del Pilar Ampudia García
Secretaria de Cooperación Internacional

Dra. en C.S. y Pol. Gabriela Fuentes Reyes
Abogada General

Lic. en Com. Gastón Pedraza Muñoz
Director General de Comunicación Universitaria

M. en R.I. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A.P. Guadalupe Santamaría González
Directora General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla
Contralor



El extraño lenguaje de las casas

14° PREMIO INTERNACIONAL DE NARRATIVA
"IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO", 2016-2017
(Mención honorífica)

JURADO

Héctor Orestes Aguilar, México
Anamari Gomís, México
Juan Arnau, España

COMITÉ ORGANIZADOR

Edgar Miranda Ortiz
Gabriela E. Lara Torres
Alicia Gutiérrez Romo

PQ
7798.26
.A368
E98
2017

Pantanelli, Flavia, 1966-

El extraño lenguaje de las casas / Flavia Pantanelli.--[1ª ed.--
Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de
México, 2017.]
[269 p.; 23 cm.]--(Colección Premio Internacional de Narrativa "Ignacio
Manuel Altamirano").

ISBN: 978-607-422-836-6

1. Cuento argentino -- Siglo XXI.

Flavia
Pantanelli

EL EXTRAÑO LENGUAJE DE LAS CASAS



Universidad Autónoma del Estado de México

"2017, Año del Centenario de la Promulgación de la
Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos"

Contenido

Primera edición, agosto 2017

El extraño lenguaje de las casas
Flavia Pantanelli

Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote.
Toluca, Estado de México
C.P. 50000
Tel: (52) 722 277 38 35 y 36
<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional. Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Pantanelli, Flavia (2017), *El extraño lenguaje de las casas*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN: 978-607-422-836-6

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Presentación	9
Prólogo	11
Gurisa	15
Farallón	25
El hades	37
Cuerdas en beso	55
Cálculo probabilístico	71
Terencio invertido	81
Agramaticalidad del sujeto elidido	95
Sombras chinas	111
Moebius	123
Cámara Gesell	131
Maldita	141
Otras metamorphosis	147
Vuelta al mundo	159
Vórtice	175

Medusa	185
Embarrados	197
Binaria	211
Aterrizaje	233
El extraño lenguaje de las casas	243
Transparentados por el tiempo	257

PRESENTACIÓN

Juan Rulfo describió al pensador liberal Ignacio Manuel Altamirano (Tixtla, Guerrero, México, 1834-San Remo, Italia, 1893) como “la figura literaria de mayor relieve en su época, tanto por su obra personal como por su incansable labor en la ciencia y la cultura, así como por la influencia que ejerció en estimular a los escritores de varias generaciones”.¹

Altamirano cursó sus estudios preparatorios en el Instituto Literario de Toluca para luego estudiar Derecho en el Colegio de San Juan de Letrán. Liberal jacobino, defendió sus ideas políticas con sus escritos, pero también con las armas. Alguna vez dejó asentado que a él le hubiera gustado dedicarse exclusivamente a la literatura, pero su época y las circunstancias políticas de la naciente república mexicana lo llevaron a luchar política y militarmente en favor de la libertad, la república, la soberanía nacional y la educación pública.

Para la Universidad Autónoma del Estado de México es motivo de orgullo y de contento auspiciar el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, 2016-2017, pues este certamen, que va en su decimocuarta edición, tiene por objeto honrar a este héroe nacional e ilustre egresado de nuestra alma máter y, paralelamente, promover la creatividad

¹ Juan Rulfo, “Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)”, en Julio Moguel (coord.), *Altamirano. Vida. Tiempo. Obra*. México, Cámara de Diputados/Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública/Juan Pablos Editor, 2014, pp. 21-22.

literaria de los narradores de habla hispana, al tiempo de estimular el goce estético y el pensamiento crítico en los lectores.

La presente obra, *El extraño lenguaje de las casas*, de la escritora bonaerense Flavia Pantanelli, obtuvo una mención honorífica del jurado del concurso que conformaron los escritores mexicanos Héctor Orestes Aguilar y Anamari Gomís, así como por el narrador español Juan Arnau.

Deseamos que las voces narrativas de esta obra polifónica abra nuevos diálogos con críticos, estudiosos y lectores en general de todas las latitudes donde se habla español, y que su autora confirme el valor de su producción en ese coloquio infinito que sustenta la República de las Letras.

DR. EN ED. ALFREDO BARRERA BACA

Rector

PRÓLOGO

PALABRAS COMO NAIPES

Para protegernos de la amenaza, de los peligros de afuera, es que nos procuramos una casa, una guarida o reparo. Un lugar propio. Para comunicarnos con el otro, para cruzar las fronteras de la soledad, los individuos hemos desarrollado sistemas de signos, lenguajes, pautas de juego. *El extraño lenguaje de las casas*, título de esta nueva antología de la escritora argentina Flavia Pantanelli, nombra esta tensión entre nuestro territorio y el ajeno, entre lo personal y lo social; doble pulsión que nos atraviesa y define, que hace inevitable el intercambio.

Los cuentos aquí reunidos están habitados por personajes que viven con intensidad dramática la frontera entre el yo y los demás. El conflicto surge necesariamente de la dificultad, tan humana, de relacionarse. Conquistar el espacio extranjero, esa es la cuestión. No queda alternativa, las cartas están echadas y la contienda no dará tregua. La particularidad de estos enfrentamientos, que la autora pone en circulación con destreza de croupier, es que todos pierden.

Pierde la niña de *Farallón* porque siente culpa. No hay forma de hacer reales a las *Sombras chinas*. La posibilidad de *Aterrizaje* es abortada. El fracaso de las negociaciones deja su huella acre. No hay salvación. La redención no se baraja.

¿Dónde queda, entonces, el pozo acumulado, la ganancia de la banca? ¿Cuál es la gracia de ver desfilar tanta derrota, tanta mezquindad? El placer está en la forma en que se juega.

Y como se trata de historias escritas, la maestría está en la palabra. La ganancia es para el lector.

Versátil en el manejo de recursos lingüísticos, observadora aguda y eficaz narradora, Flavia Pantanelli captura la atención a tal punto que ingresamos de su mano en cada uno de los mundos, en cada una de las casas construidas con un estilo pulido y convincente. Tan hábil es, que quedamos dentro de la escena, muy cerca de los seres que pueblan sus relatos, a la par de ellos, como si estuviéramos en torno a una misma mesa.

Y es que los conflictos nos tocan porque despliegan una verdad originaria, ponen de manifiesto ese abismo que nos separa y a la vez es paso ineludible. Somos esa puja entre lo uno y el todo; lo nuestro es también lo extraño. No hay sociedad sin individuos ni individualidad por fuera de la comunidad.

La contradicción esencial que nos compone desata la acción, la pasión, el exabrupto. Los finales son trágicos, no por afán sensacionalista sino por sincerarse con aquello de donde parten. No se trata de tranquilizar ingenuamente. La propuesta es el sacudón, el toparse con la realidad sin veladuras. Los relatos son frontales, parecen chocar contra el papel, quedar estampados con la furia de una prosa sin concesiones. Imposible desentenderse, huir de la fascinación y el espanto.

La riqueza de la lengua y sus diversidades en el decir se deslizan ágiles, dan la falsa impresión de lo espontáneo cuando en realidad son fruto del trabajo y la experiencia, de la capacidad de una escritora que viene creciendo con prisa y sin pausa. Desde hace seis años que incursiona en el mundo de las letras y ya ha obtenido una cantidad de premios sorprendente y lleva publicados tres libros de cuentos. Admirable

estallido que como sus textos habla por sí, se hace presente con su voz firme y distintiva.

Volviendo a las tramas y sus efectos, el riesgo es siempre impactar de lleno en la vulnerabilidad en la que viven la mayoría de los personajes, quebrarlos, dejarlos en el borde del peñón, expuestos al empujón, a la caída, al desamparo. Máscara y desnudez alternan, conmutan, compiten. El vértigo es copiado por el lenguaje, por un manejo de la lengua como posibilidad y riesgo que la autora toma sin dudar en cada elección, con cada propuesta. Sale victoriosa porque cuida el tesoro máspreciado. Palabra por palabra, ladrillo por ladrillo, así se concreta la estructura precisa de cada uno de los cuentos.

El pacto que cada ficción genera en el lector resiste intacto de principio a fin. Suspense. Intriga. La partida inicia y Flavia es mano.

Bea Lunazzi, junio de 2017

GURISA

Agarrando por la Rocamora derecho se llega a la salida a Perdices, y de ahí se sale por la Aristóbulo del Valle, para el lado del sur. Imposible perderse porque está la YPF de los Samudio haciendo esquina. De ahí son justo treinta kilómetros, en cada curva, siempre para la derecha. Treinta kilómetros justo. Desde el puente del Cura muerto ya puede verse el techo de la casa si el día es claro, sobre todo a eso de las once de la mañana, que el sol pega en el molino y lo hace brillar. La tranquera principal pasa un poco desapercibida, tapada por los cafetos, pero no hay forma de equivocarse, en cuanto se pasa lo del Turco, ahí nomás se llega. Ahora son las dos de la tarde y en la casa hay movimiento porque han recibido gente de la ciudad, el patrón y la hija. El patrón-patrón, el padre del patroncito, y la hija, una gurisa* de unos quince, más o menos, que se hace la baquiana. Hay algunos movimientos en las casas a pesar de la hora y del calor que tumba los pájaros, cada tanto un ladrido que es como un lamento, algún caballo que relincha. Antes de verla por la senda, se escucha el golpe de los cascos en la tierra apisonada, es la gurisa que viene al trote en la alazana y eso que el hermano le dijo que no la monte, que es díscola y está mal herrada, y que no se anda un animal en verano a la hora de la siesta, que lo va a reventar, pero como dije, la gurisa tiene quince años y a más, se hace la baquiana y sale lo mismo en la yegua que le regaló el patrón padre para el cumpleaños. Mucha yegua. Mucha yegua para

* De la voz guaraní, gurí: niño, muchacho.

cualquiera, más todavía para una chica de ciudad. Colorada como el fuego. Altísima, la cruz más alta que la gurisa misma, fina de patas y dura de boca, mañera, nerviosa. No es bicho de campo esa alazana, que en cualquier vizcachera se le manca cualquier día. Lindo bicho, eso sí pero lo que tiene de lindo lo tiene de mañoso y retobado. Hace una semana el patrón chico la agarró a talerazo limpio y le gritó al Luis Montiel que la alazana está mal domada, que se la amanse, pero el Montiel alcanzó a atarla al palenque y trabajarla un poco a la sogá y la cosa quedó ahí, que hace cinco días que está en la comisaría, que molió a palos a la mujer. Ahí va al trote la hija del patrón en la alazana, los ollares abiertos como pozos, espuma blanca el cogote. Le trae la rienda corta, una en cada mano, como para andar en silla pero sin silla que le puso apero y de lejos nomás se ve que la cincha está floja y los estribos le quedan largos, y es claro que la gurisa en su vida supo ensillar, no entiende de mañas, que el bicho echa panza para que no le aprieten la cincha y después de dos pasos y un bosteo, el apero le baila para todas partes. Tiene el bocado mal puesto, y el cabestro descentrado. Y, es claro que hoy, domingo y para más es fiesta, no debe haber encontrado a Carlitos ni a Marín ni a nadie que le ensillen. Y como digo, el Montiel está en la comisaría y va a andar un rato largo a la sombra porque la Lurdes parece que esta vez no la cuenta. La gurisa no trae botas y también por eso acaba de pelear con el patrón chico, que le dijo que las serpientes, y los bichos colorados, y que la yegua está mal herrada y el calor de infierno que va a reventar al animal pero ella no le hizo caso, y ahora anda penando bajo el solazo en medio de la calle, se pasa un poco de saliva por las piernas, que las correas de los estribos le están quemando y con esa suela lisa, las zapatillas se le pasan dos por tres a través del estribo. Si por lo menos le hubiera puesto los

capachos, como le dijo el patroncito, pero la gurisa es terca, y le puso los estribos redondos que le gustan más porque están tachonados de cobre, y eso que ni siquiera son del hermano, son del Marín, pero ella los agarró igual, la empacada. Y, bueno, es claro que tiene a quien salir. Penan las dos, en ese trotecito, la yegua que quiere rienda, y la jineta que la trae cortita, el cuello doblado, la cabeza obligada para atrás, pero le hinca el talón cada rato, cuando la yegua no le camina y le revolea el talero en la cara, y la yegua, es claro, se confunde, saca los ojos para afuera, y el freno le corta la boca y otro trotecito. La jineta va incómoda, suelto como está el recado, rebota anca contra grupa, y el golpe le sube hasta la cabeza, lleva largos los estribos y la hebilla del correaje le da justo en la caña de la pierna y a cada paso le raspa y recién sale ya tiene quemaduras de roce, y en algunas partes empieza a brotarle sangre, por más saliva que se pase. Son las dos y cuarto, el cielo está bajo, como de cemento, ni los mosquitos se le animan a este sol blanco, y la gurisa en medio de la calle revolea el talero y grita arre, arre, que quiere llegar rápido al puesto de Montiel, a bañarse en el tajar nuevo, piensa meter el animal hasta la verija en el agua y jugar con la yegua como vio que hacen en las películas y es por eso que no trae botas, y lleva apenas un pantalón corto y una camisa anudada a la cintura, y tampoco trae sombrero, que se le cayó hace rato y no va volver a buscarlo, le parece que no lo necesita y ahí quedó nomás el sombrero, en medio de la calle, como un animal muerto. Dos y veinticinco, el sudor le empapa el cuero a la alazana que parece de puro cobre, le espuma el sudor en el cuello, la gurisa le da otro talerazo y la yegua bufa, y levanta los cascos, y la chica se sobresalta y le tira la rienda, más que nada para sentarse mejor, que estuvo a punto de caerse. La yegua muerde el freno, bostea, sacude las orejas, los ijares, siempre al trotecito.

Ahora siente el pie derecho completamente pasado a través del estribo redondo y eso le preocupa un poco porque sabe que no es bueno, aunque no sepa por qué. Solamente le dijeron, nunca los pies a través del estribo y ella ahora levanta la rodilla y sacude el pie pero no logra zafarse de ese estribo que es como un aro alrededor de su pierna, que le baila a cada paso que da la yegua, para arriba y para abajo, a la vez que siente un alivio porque la correa ya no le roza la piel que tiene en carne viva. Dos y media pasadas. Llega a la esquina del Turco y dobla para el sur, como hacia la Pesquería y ahí nomás encuentra, a la derecha, la tranquera del potrero de Luis. Maneja mal las riendas, de forma bruta, acerca el animal y abre apenas la tranquera; quiere aprovechar para sacar el pie atrapado en el estribo pero la yegua no se queda quieta. La gurisa pasa la tranquera y deja abierto, como le dijo el patrón padre que haga, que en un rato va a ir él también con la F100 al puesto de Montiel, más que nada a ver los álamos nuevos, que son lo único que puede crecer en esa tierra blanca. Así que el patrón viejo, tan duro como la hija, se va a dar una vuelta por la tierra blanca bajo semejante solazo, el patrón chico le dijo que haga lo que quiera, que con ese calor de locos él no sale de las casas hasta la nocecita. Cruza la gurisa el potrero en diagonal, directo al bajío donde está el tajamar, acaba de dejar abierta la tranquera y casi dejó también la rodilla contra el poste grueso, que la yegua, mañosa o cansada, o las dos cosas, pasó finito por el costado, sin cuidado de la jineta, y ese golpe la dejó torcida y mal sentada, le duele la espalda, la cintura, pero no le importa, total ya en seguida llega. El trote de la yegua es desparejo, viene pisando mal hace rato, a ella le gusta el campo traviesa, ver los hormigueros gigantes, los cardos altos como ella, la yegua puso la mano en un pozo y pegó un bufido y bajó la cabeza con una fuerza que casi le arranca un dedo a

la gurisa que venía mirando todo y abriendo la boca. Tres menos veinte. Ahora se escucha, en las casas, encender el motor de la F100, se ve brillar el techo blanco de la camioneta que avanza por el sendero. Levanta una polvareda de por lo menos dos cuadras, con la seca tremenda de este mes de febrero. Se baja a cerrar la tranquera principal que la gurisa dejó abierta, cierra porque piensa que si llega a haber terneros se le van para las calles, pero ahora los terneros están en el fondo del potrero, atrás de las casas, los mandó el patrón joven a la mañana, a que aguanten el día a la sombra de los paraísos, a riesgo de que coman revientacaballo, porque ningún animal, salvo los cebuces, es claro, pero el patrón no tiene cebuces, tiene angus, ninguno aguanta el calor de un febrero como este que venimos pasando, al rayazo del sol, que ayer le amanecieron dos terneros caídos. Avanza a todo lo que da el patrón viejo en la F100 y dobla en la esquina haciéndola colear jodido, que viene con la caja vacía y no sería raro que vuelque, dobla también él para el sur, para el potrero del Luis, y por un rato largo no se ve nada, tanto el polvo que levanta con los neumáticos nuevos que trajo, a ver si es cierto que tiene más agarre, pero es claro que esos inventos no son para acá, son para la ciudad, o para la montaña o para otro lado que no es acá, porque acá no hay agarre que valga cuando vienen las lluvias; esta tierra, que parece tan dura, que suena debajo de los cascos de la alazana como una madera, se hace manteca apenas caen dos gotas de agua, y salir para el pueblo es diez metros y a la zanja, diez metros y a la zanja y así los treinta kilómetros hasta el pueblo o pasar la noche colgado en la huella. Por eso el Carlitos y el Marín prefieren salir en el tractor cuando hace lluvia, aunque el patrón chico se enoje, y no vaya nadie a necesitar un doctor por una urgencia cuando llueve, que es claro que puede irse dando por muerto. Carlitos y Marín, esperan a que

el patroncito se vaya para la capital y se van en el tractor al pueblo, no importa que le gasten medio barril de gasoil. Tres menos cuarto, la gurisa está pasando por la plantación de álamos, quemados por el solazo y la seca, ya le falta poco para la cabecera del puente flojo. Escucha el motor a sus espaldas, se da vuelta y ve sobre el hombro avanzar la polvareda que levanta la camioneta a la altura de la tranquera, pero la gurisa cree que el que maneja es el patrón chico que viene a jugar con ella al agua y piensa correrle una carrera hasta el tajamar, a ver quién gana, así que se acomoda un poco en la montura, se agarra de la crin de la alazana, suelta rienda, clava talón y revolea el talero, grita, vamos Diabla. La yegua relincha y suelta el trote, la gurisa pasa la mano por el cogote del animal, se llena del sudor del cuero y piensa que no hay mejor olor en el mundo que ese, que el del sudor de un caballo, ella ve todo ese campo tan verde, el cielo tan intenso como si estuviera pintado, la margarita de gaucho, el trébol blanco, y al fondo el tajamar inmenso, la luz le hace brillar las olas que parecen cucharitas de plata, y ya se imagina, la gurisa, entrando al agua al galope, salpicando para todos lados esa agua que ella cree mucho más fresca, tanto más pura de lo que realmente es, y vuelta talón, y más rienda bajo ese solazo, la yegua galopa, la gurisa entra al puente flojo al galope sintiendo el aire caliente en la cara como un aliento afiebrado y grita, divertida, un sapucaí ridículo y falso, como le parece a ella que se debe gritar en situaciones como esta y el patrón viejo que ya está cerca escucha desde la F100 el grito que no entiende, y ve la montura ladeada y lo único que se le ocurre es pensar que la chica pide ayuda y toca la bocina para avisarle a la hija que ya está ahí que no se preocupe, ella, que cree que el que viene atrás es el hermano, vuelve a insistir con el sapucaí inventado y el padre toca dos, tres veces la bocina, y el ruido, o el calor de ese

motor espanta a la yegua, insolada y loca, que se para de manos, la gurisa pierde el estribo izquierdo, y se acuerda con miedo de que tiene el pie atrapado en el estribo derecho, el patrón viejo hace sonar otra vez la bocina como si quisiera hacer entrar en razones a la yegua loca a bocinazo limpio, acerca la camioneta al anca de la yegua, y baja la ventanilla grita so, soo, pero la yegua ve la mole blanca con el rabillo del ojo, y el rugir de ese motor, cocea y pega la espantada y galopa a campo traviesa, rápido, cada vez más rápido, los ojos salidos por completo de las cuencas, la boca abierta para ganar aire, galopa, galopa hasta desbocarse, la gurisa siente el cambio de paso que ahora es largo, infinitamente largo, tan espaciado y tan elástico que le parece que el animal midiera diez metros, o que estuvieran flotando, oye el aire que le entra en los ollares, y le sale con un golpe de esfuerzo con un golpe, las crines se levantan, quedan un rato infinito suspendidas en el aire y vuelven a caer como latigazos sobre ese cuello, rojo como el fuego, arado de sudor y polvo que se inclina para adelante casi en paralelo al suelo, y a la gurisa misma todo aquel aire caliente que le viene al encuentro se le aplasta en la cara, le seca los ojos y le arranca unas lágrimas que le corren hacia atrás, tiene la boca abierta, también ella, y se le seca, traga duro, no puede dejar de pensar en el estribo derecho rodeándole la pierna como una cadena, se agarra de la crin, y agacha un poco la cabeza, ahora ya no escucha el golpe de los cascos contra el suelo, no oye nada, ahora es como si la yegua volara, como si se hubiera transformado en una flecha, lo único que le escucha es el resuello. Se concentra en mantenerse arriba del apero, ve tanto campo por delante, todo ese espacio limpio, y se dice hay que esperar a que se canse, en algún momento la yegua va a parar, en algún momento se va a cansar y va a parar, pero lo que no ve, porque no conoce el potrero de

Montiel, ni los trabajos que se están haciendo, es el mandinga que el patrón chico hizo tender ahí nomás a unos metros, para que los terneros no se rasquen contra los álamos jóvenes. Tres menos diez la yegua roza apenas el alambre electrificado y recibe la descarga en el pecho, se clava en seco y la gurisa cae sobre el cuello del animal que traga aire como si fuera agua, después, furiosa, pecha a la izquierda y la chica queda colgando malamente en el flanco derecho, la yegua corre unos metros y se encuentra con el alambre, suelta un relincho y bufa y espanta de nuevo a la izquierda, porque la gurisa le pesa, colgando a la derecha pero se encuentra con el alambre de nuevo porque han llegado a la esquina del potrero; el patrón ve a la chica colgar del costado, la cabeza que se le sacude como un muñeco de trapo, y vuelve a tocar la bocina, aunque él después diga que no, que no quiso tocarla o que es mentira, y se acerca con la camioneta, la yegua relincha, resuella, se para en las manos y después cocea, se para y cocea, y la chica vuela y queda tendida en el alambre, las riendas entre los dedos de la mano izquierda, el pie derecho atrapado en el estribo, otro bocinazo del viejo que también va a decir que no tocó, que no tocó nunca, y la yegua que escapa con el recado vacío, girado, colgando del vientre, golpeándole a cada paso entre las piernas. Son las tres menos cinco y la gurisa tendida en el pasto. Tiene los ojos abiertos, no siente nada. Ni las púas del alambre en la carne del cuerpo, ni el tobillo roto ni el hombro dislocado. Solo tiene ojos para las olas plateadas que se dibujan en el tajamar, para el cielo tan amarillo como se está poniendo, y para el chorro de sangre que cae por la pierna y le llena como una taza la zapatilla. Alcanza a ver la trompa de la camioneta blanca, los cromos que brillan bajo el sol de febrero, la puerta del conductor que se abre y, a escuchar una última vez la bocina, justo ahora, a las tres en punto, antes justo de que algo se le apague, y se haga de golpe todo negro.

FARALLÓN

Sí, más vale que la empujé. Pero fue por su culpa. Porque la tarada de la Mariana siempre se quiere hacer notar. Siempre igual, la Mariana: se hace la pobrecita, la chiquita, todo el tiempo en el medio; y el papá dándole los gustos, si no, ya está abriendo la boca para gritar. La estúpida de la Mariana. Y la empujé, más vale que la empujé. No me quedó otra, si no se quería correr. Es por este lado el sendero, que tiene el punto rojo pintado en la piedra. Por acá, mejor, ir, que parece más playito. A la ida, el papá nos llevó por el borde aquel, de la piedra redonda que ahora le hace sombra la montaña, pero a la ida había más sol que no sé qué, y nos paramos a ver para arriba, si había cóndores, y yo dije chuy, mirá si hay una cobra. Pero no era para ella, para la Mariana, lo que dije; era para el papá. Para que se ría de mi chiste, y que se haga, como antes, el que sale corriendo y salta y levanta las rodillas como un payaso; pero apenas dije eso, lo de la cobra, ya estaba la tonta abriendo la boca y haciendo puchero, y el papá enseguida retándome: pero mirá que sos, ¿eh? ¿No te cansás más de molestar a tu hermanita? Es por este lado que conviene bajar, ahí está la piedra bola. Con papá, o la pasamos por arriba o por el costado. Ahora hay mucha agua, viene la creciente, y la piedra quema. A la mañana no quemaba, no le había pegado tanto el sol, todavía. Pucha lo que quema los pies, y yo sin las ojotas. Mejor me siento y la voy trepando así, despacito, apoyo la cola en la remera, y no quema. Soy macha yo y no lloro. Estuve tonta de tirar las ojotas al mar. Tonta. El papá siempre

me dice tonta cuando la Mariana llora; peor la mamá: mala, me dice; sos mala, te gusta hacer sufrir a la Marianita, y la otra, cuando la escucha, llora más; se pone roja como un tomate y abre la boca que se le ve el fondo de la garganta. Bosta de vaca me dan ganas de meterle adentro. Caca de perro. Pasto seco. Arena. Barro chirle, de ese, de fabricar ceniceros. Pero sin mica. Le saco toda la mica y le meto el barro. Nunca se quiere correr, la Mariana. Ni un poquito así. No suelta la mano de la mamá ni que la maten: que se cansa, que no puede, que le da miedo caminar sola por el borde. Pero si está el papá, sí que la suelta, ¿eh? Y cómo la suelta; mama mía cómo la suelta y sale disparada a agarrárselo al papá, que la mamá grita tené cuidado, Alberto, cuidado la nena. Y ahí la Mariana, la tarada de la Mariana, no tiene miedo ni se cansa ni nada; y corre a agarrarse del pantalón, de la manga, del papá. Y no se cae. Mentira que se cae. Y yo me quedo con la mamá, no hago ni un ruidito, pero en seguida me mira y me dice, andá con ellos, ¿querés? Dejame un rato sola. ¿No ves que estoy cansada? Siempre cansada está la mamá, conmigo. ¿Y por qué a la Mariana le hace upa y a mí no? Estás grande para upa. Grandulona. No seas pesada, se burlan los dos, con el papá. De puro celosa, dicen también, y se ríen y ahí no se pelean. Mala. Y la nonna una palabra que no sé lo que quiere decir: carroña. Andá con el papá, ¿querés? dice siempre la mamá. Dejame un rato sola, haceme el favor. Pero no lo dice así, como cuando uno pide por favor. Como nos enseñan las monjas de rezar: Señor, te pido por favor, o como le digo a la maestra: Señor, ¿puedo ir al baño, por favor? No dice así cuando me dice haceme el favor sino con aire de estar estufa, como estoy yo cuando me obligan a quedarme con la tarada, caprichosa, imban cable de la Mariana, a las tardes cuando vuelvo de la escuela. Ay, el borde este cómo raspa. Y me sale sangre. A ver

si se me sale toda la sangre. Hay que ponerse saliva en la lastimadura, dice la Boni. Las Tobas curan los hijos con la saliva, dice la Boni. Y ojo donde pongo los pies, que puede haber algún bicho. La Boni habla de los Tobas, siempre. Son su gente de allá. La Boni es buena siempre y ella nunca dice que el diablo me va a salir de debajo de la cama y me va a llevar de las patas. Hay olor a pasto mojado, a menta. Y a ruda. Y a sangre de mosquito. Y debajo de las uñas tengo piel muerta y sangre de picadura de mosquito aplastado. Y olor a saliva y a tierra. Y al salame de los sanguches que comimos recién. Y a pis, un poco, que cada tanto se me escapa un chorrito, y a la noche mojo la cama. Y eso que soy macha, yo, que a mí no me da miedo la noche ni la oscuridad ni nada. Muy macha, soy, no como la tarada que llora a cada rato. Después de la piedra bola está la cascadita de las mariposas y después qué viene ¿el tronco muerto? Tampoco el diablo que te lleva de las patas. La Boni no me reta si mojo la cama. La nonna en cambio saca el colchón a la ventana. Para que todos se enteren, dice. Si yo lo único que quería era ver cómo la ola golpeaba contra las piedras, que el papá decía que hacía la espuma de la cerveza, el mar ahí, y la tarada de la Mariana que no se corría ni un poquito, y por eso la empujé. No quería que se cayera. Es por acá el camino, eso seguro, porque ahí está el otro punto rojo pintado en el tronco y también por el nido de loros, caído del quebrachito. La picada ésta, agarro por acá, sí; por acá subimos, acá están tiradas todas las violetas que cortó la Mariana en la cascadita de las mariposas. Para qué las cortás, le dije, las vas a matar. Dejála en paz, me gritó el papá. ¿Qué te molesta? Dejala hacer lo que le parezca. No la podés ver tranquila ni un minuto. Y al final yo tenía razón, acá están, todas machucadas, la Mariana las tiró porque se cansó de y las mató; las hubiera dejado donde estaban, que son relindas las

violetas. Todo es lindo acá, la vacación acá es relinda, con la arena plumoncito de pollo llena de mica brillante. Son diamantes la mica pero nadie lo sabe, sólo la Boni sabe. Chuy como resbala. Ojo los tobillos, mejor sentarse y bajar sentada, aunque tarde un poco más en llegar a la mamá y contarle. Ojo los tobillos que no se tuerzan, bajar despacio, todo por acá, despacio, agarrarse de las raíces; las raíces son fuertes, las piedras, no. Las piedras sueltas se vienen abajo y me vengo abajo yo también. Decirle, que yo no quería que se cayera, sólo empujarla. Sólo empujarla. El camino me lo sé de memoria, no soy tonta yo para eso cumplí siete, agarro la picada hasta abajo, y está la cascadita de las mariposas y doblar para allá y se llega al riíto que cruzamos a la mañana por el tronco caído, que pasamos los tres en cuatro patas, para no caernos, pero igual no era muy alto, yo no me caigo, y si me caigo como mucho me mojo un poco y después seguir por la orillita hasta la tranquera verde de los gitanos y después el parque de la cabaña, que mamá debe estar tomando el sol en la reposera blanca, descansando. Que siempre está descansando, tan cansada, siempre. O si no durmiendo por la jaqueca. Y ahí la agarro y le digo que la Mariana se cayó, que yo no quise que se cayera. La mamá no me va a creer, y me va a retar por despertarla. Será de dios, va a decir, no me podés ver tranquila que ya me venís con algo. Pero es el papá que me mandó. El papá me manda. Es la última vez que vengo de vacaciones con ustedes, va a decir. Y no me va a creer que yo no quería que se cayera, pero es la verdad. Y si no me cree le digo: por esta. Y beso la cruz así y así, en el centro. O digo, por san Antonio que me fulmine un rayo acá mismo, como dice la nonna, que la Boni se enoja y le contesta, no tiene al destino doña Pina. Pero yo no miento, soy macha, y no tengo miedo a la noche y no miento: sólo la quería empujar para que se corra, para ver el agua que

golpeaba la piedra y la espuma, que el papá decía que era como cerveza y que le salpicaba la cara desde el fondo del acantilado. Dejame sola, haceme el favor, ¿no ves que estoy cansada? Andá con tu padre, ¿querés? Pero no se da cuenta que el papá ya está en la otra punta del campo, con la tarada de la Mariana siempre de la mano o a upa o subida a cococho que le da como rebencacitos, y que hace con la boca el ruidito que me copió a mí, como de caballos que pasan, y el papá que se ríe y salta y le dice ico ico caballito; pero si lo hago yo, el ruidito, con la lengua así contra el paladar, no dice nada. Corré, dice la mamá y mueve la mano como barriendo. Corré no seas vaga. Y ellos están relejos, del otro lado de los cardos o ya trepados al tronco caído, cortando las violetas que después la Mariana anda dejando tiradas, todas machucadas. Andá, ¿querés? Pero no quiero. No quiero. Que esta cansada. Como si yo no me cansara, también. Como si a mí no me pincharan los cardos o los piquillines igual, igualito que a la Mariana. Claro, como la otra llora todo el tiempo. Yo no lloro, la Boni me enseñó a no llorar, a ser macha. Para que no me digan soy llorona, que me hago la pavota. Ya sos grande, me dicen. Ya cumpliste siete y seguís llorona. Llorona, dicen y están de amigos la mamá y el papá. Y la nonna me dice otra cosa, lañosa. Pero si llora la Mariana, enseguida la alzan. Y lo primero me miran enojados y me preguntan ¿qué le hiciste? Y el papá, ¿no ves que es chiquita? Siempre igual, el papá, con que la Mariana es chiquita. Y la mamá peor: nunca la quisiste a tu hermanita, vos. Ahí sí que no se pelean el papá y la mamá. Ahí sí que están siempre de amigos. Que pasa el bichofeo, haciendo así con la cola. Bichofeo, bichofeo. Yo no me asusto del bichofeo, ni del cuis, ni de la araña pollito. Si viene la araña pollito la aplasto con esta piedra. Y los bicho bolita no dan miedo tampoco, se hacen así que parecen caquitas de cabra. No asustan a nadie los

bichobolita. Y los sapos, menos. Les meto un palo de escoba en la cueva, o les tapo la cueva con una bolsa de las de comprar pan. La Boni le dice bichofeo pero la nonna dice que se llama tijereta porque hace así con la cola, así, cuando vuela. Si alcanzo la rama esa, después piso allá. O sino en esta otra, que está un poco podrida pero es grande. Quiero agua para el gusto feo de la boca. La Boni dice que el agua del río se puede tomar. La que corre, que se pone blanca, se puede tomar. La nonna, que no, que no la tome ni loca, que después me da cagueta. La mamá: no hinchés más, eso es capricho, si recién salimos de casa, si tanta sed tenés, fabricá saliva y tragá. O que vaya con el papá, que le haga el favor. Y el papá, no hables de la sed que le das ideas a la Marianita. Mejor piso acá, en el borde este. O no, mejor me vuelvo a sentar y sigo bajando sentada. Y de paso hago pis en el agua, o mejor hago en la orilla, que el chorro hace un agujerito lindo en la arena; arena suave, plumón de pollo, el pis moja la arena y brilla la mica. La mica es un diamante. Un día voy y me pongo todo el pelo con diamantes y me hago la reina y yo bajo sentada, como dice el papá, hago culopatín, como hicimos hace mucho en la nieve, antes que nazca la tarada. Ojo al bajar, que subir es lo más fácil, dice siempre el papá, lo peligroso es la bajada, a ver si te mancás. La empujé, sí, pero no la quería empujar, aunque la mamá no me crea y el diablo sabe y no me va a venir a tirar de las patas. No quería. O sí. La quería empujar, sí. Pero no que se caiga. La mamá me va a retar, va a decir que soy mala. La Mariana, también. Ella se lo buscó; ella solita se lo buscó, por metida; siempre en el medio, siempre. La hubieran dejado en casa y esto no pasaba. No la dejan nunca en casa. Nunca. Si saben que no camina sola, si saben que se cansa y se pincha con los cardos, con los piquillines, si saben que llora todo el tiempo, ¿por qué no la dejan en casa alguna vez? Con la

nonna, o con la Boni, aunque más no sea, si es que mamá tiene la jaqueca como siempre, y quiere descansar. Ojito no me vaya a mancar. Como el caballo de don Ruiz, me puedo mancar, si no tengo cuidado, el anteaño que yo había empezado primer grado. Rayo. Nadie se acuerda de Rayo pero yo sí, que no soy tonta como mi hermana. No soy tonta ni mala ni estoy celosa ni nada y tengo siete y me acuerdo que Rayo se llamaba el caballo, que tenía una raya negra. Enterró de más la pata en la arena, el pobre, porque lo venían apurando; que se habría hecho pis encima la Mariana, seguro, o que se estaría durmiendo; si siempre se duerme. Un ratito a caballo y ya está frita la tonta. No, si es más aburrida que no sé qué. Yo ni loca me duermo, a quién se le ocurre dormirse en el caballo, digo yo, con lo lindo que es; sentir el vientito que te mueve el pelo en la cara, y ese olor que tiene el cuero; si todo es lindo en los caballos, hasta cuando bostean es lindo el olor de la bosta. Todo es lindo acá en la vacación, la bosta del caballo y la mica que son diamantes y las violetas de la cascada de la mariposa. Y el bichofeo. Es lindo el bichofeo que hace así con la cola, como una tijereta. Cómo se va a dormir a caballo. A la mañana había chuy de mariposas acá en la cascada, ahora no hay, se fueron a dormir, que es casi la noche. Nadie sabe dónde duermen las mariposas, ni siquiera la Boni, que por acá sabe todo. Y los Tobas tampoco saben si no la Boni me hubiera contado. La Mariana sí que se duerme a caballo, pero yo ni loca, por eso vi clarito cómo fue que se mancó el Rayo y sé que fue culpa de ella. Lo apuraron mientras bajaba. Nos habían llevado para la duna alta, de allá, de donde se terminan las casas, las piedras, todo, sólo la arena y el mar. Había mucho viento y lo apuraron al Rayo; volvamos, dijo el papá a don Ruiz, pero el Rayo estaba empacado por el viento, y le dieron el talerazo y el Rayo se espantó que justo tenía la pata toda metida en la arena, y se

cayó para el costado, con el papá y la Mariana arriba. Y todos corriendo, ay, la nena, la nena; corriendo todos, pero yo lo vi bien al Rayo, la pata la tenía como para atrás, doblada como no sé qué, como una rama vieja, la pata y después lo pararon entre todos y la pata no la apoyaba, la dejaba colgando como de trapo. No hacía nada el pobre, no se quejaba ni lloraba ni nada; yo tampoco lloro, porque soy macha y el Rayo no se quejaba, estaba quieto, con los ojos cerrados y mordía el freno. Lo trataron de traer a tiro pero no podía; no podía ni pisar, y al hijo de Ruiz, que meta y meta tironearle de la rienda, le dio un tarascón. Nunca había visto yo a un caballo morder, pero la culpa fue del chico que no se dio cuenta que le dolía mucho, por eso se puso así, malo. Malo, no. Es que le dolía, si no, ¿por qué iba a hacer eso, si era re manso el Rayo? Siempre bueno y hacía todo lo que le mandaban y nunca daba problemas. Y además estaría estufo también él, recontra recontra estufo de la Mariana, que todos estábamos podridos ya de que llorara. Y me la quisieron subir a mí en la montura. Ni loca. Y ellos: ya ves cómo sos, siempre igual, egoísta. Mala. Subila a tu hermanita, decía la mamá, que no te hace nada, Subila, que te fajo. Y la otra, meta patear y chillar, que menos mal que la llevó en el apero don Ruiz, que sí no. Y al Rayo lo dejaron ahí, solito, y nos volvimos; a la noche lo trajeron, el chico le sacó la montura y la colgó en el alambre y le dio las riendas al padre, que siguió para atrás del galpón. Relinchó dos o tres veces el Rayo, y después silencio hasta que se escuchó el disparo. No mancarse. Cuidado al bajar que toda la tierrita está suelta y por ahí me resbalo y me caigo sentada, que después duele un montón acá, el huesito dulce. Ya pronto se viene la noche. Uhú uhú, la lechuza. ¿Y si me manco como el Rayo? Hay olor a agua estancada. Y a camarón y a barro podrido. Arriba había olor a sal y a mar. Y a hinojo silvestre, y al salame de los

sánguches que estábamos comiendo cuando el papá dijo eso, lo de las olas contra la piedra y la espuma de la cerveza que te llegaba hasta la cara. Y yo, aunque la mamá no me crea nunca, lo juro por esta crucecita, diosito, por favor, por favor, que hago así y así y la beso en el centro, y san Antonio que me fulmine el rayo, lo único que quería era ver la ola que golpeaba contra la piedra, y sentir la espuma en la cara. Y tirar las ojotas para ver cómo la ola las llevaba y las traía. Y la Mariana, ¿por qué estaba parada ahí, eh? ¿Por qué? ¿Qué necesidad de ocupar todo el borde? ¿Y por qué no se corrió? Por qué siempre igual, eso de mirar fijo, y ponerse toda roja como un tomate y abrir la boca para gritar, y el papá que miraba las olas y sin darse vuelta ¿y ahora qué pasa? ¿Qué le hacés a tu hermanita? ¿No te cansás nunca de molestarla? Y yo la agarré del brazo, cállate, ¿querés? Y correte, correte, tarada. Hubiera sido mejor si se corría, no pasaba nada. O por qué no se quedó tranquila en el pasto comiendo los sánduches de salame que nos había hecho la Boni cuando el papá dijo cómo golpea la ola contra la roca, hace una espuma que parece de cerveza. Y yo, ¿a ver? Y antes que me levante, la tarada de la Mariana que me copia todo lo que digo ya estaba en el borde: a ver papito, upa, papito, a ver. Ahí, tan en el borde. Y yo: salí, correte, y ella empacada, abriendo la boca grande como un inodoro para ya gritar, y yo, correte, no veo, y ella como una bolsa de papa; y no se veía, no se llegaba a ver lo que decía el papá. ¿Y ahora qué pasa? El tronco muerto mejor pasarlo en cuatro patas como hicimos a la ida el tronco, cuidado de no resbalarse y no tocar los hongos naranjas. Los hongos naranjas no son para nada venenosos como dice la nonna. La Boni me dijo que son feos, eso sí, que no se comen, pero no son venenosos, para nada. La nonna le tiene miedo a todo, siempre, y está enojada con el papá andá a saber. No hay que tocarlos, eso sí, dice la

Boni, porque tienen un olor inmundito. Pero si los tocas no pasa nada, nada de llorar ni asustarte, te aguantás el olor si sos macha y listo, dice la Boni. Y yo soy macha. Re macha soy, y tengo siete años y las maestras dicen que parezco de diez. Tan seriecita, siempre. Ahí se ve la cabaña y la ropa que la Boni tendió en la cuerda, y la mamá puso la reposera en el pasto de adelante; ahí está la mamá descansando de la jaqueca, que se puso la remera negra y los shorcitos que me gustan, que algún día me los va a prestar o si no, ella los va a sacar de la cuerda sin decir a nadie. Ahora llego y le digo, que venga, que la empujé a la Mariana, pero que fue sin querer, que no quería que se cayera, que fue su culpa, le cuento todo, llego mamá, ya llego y te cuento la verdad, mamita, te digo todo, que el papá decía que el mar golpeaba la piedra y hacía una espuma como de cerveza que mojaba la cara y no soy mala, no lloro, soy macha, y me banco todo, mamá, porque tengo siete y todos dicen que parezco de diez y me vine sin las ojotas, que las tiré al mar para ver cómo las llevaba y traía la ola. Una ojota la vi golpear contra las piedras justo antes de que se cayera la Mariana. Correte, le dije, mamita, te juro que sólo le dije correte que no veo, pero ella viste cómo es, no es que no la quiera, no es que esté celosa, no soy mala, es que ella es empacada, la Mariana, es empacada y tarada y no se corrió ni un poco y por eso la zarandé porque tenía bronca, y ella empezó a chillar, por eso la empujé pero no quería que se cayera, se vino para adelante, y patinó en el borde mojado y se fue derecho al agua, por el acantilado y el papá se agarraba la cabeza, ¿qué hiciste, qué hiciste? Andá a buscar a la mamá, y saltó él también al agua, atrás de la Mariana y nada, después, nada, mamá, durante todo ese tiempo, nada, ni las ojotas, ni la Mariana, tampoco la cabeza del papá ni nada, sólo el agua que golpeaba contra la piedra, mamá, te juro, el mar que golpeaba la piedra y la espuma que subía y me mojaba la cara.

EL HADES

Las piernas se le hunden casi hasta la rodilla en el barro pegajoso y chirle de Entre Ríos. Ruido a almejas cuando se entierran y cuando salen, a sopapa. Ya no llueve. El cielo, ahora entreabierto, deja pasar un sol a rayos que recalienta toda esta sopa y llama a los mosquitos, a los tábanos, a una bacanal de sangre. Cubre mejor con la manta al chiquito, por las dudas, más que nada para que no chille, que no llore, dormidito tan profundo, pobre, que no se enteró de nada. Mira para atrás. La camioneta incrustada en el río, las ruedas al aire como una vaca muerta, patas para arriba. La cabina roja, aplastada, se hunde de a poco en el agua barrosa y, cada tanto, grandes burbujas, densas burbujas, por las ventanillas. Que no llore, que no chille, aunque acá, en este silencio de grises y marrones, nadie puede escucharlos. En esta época del año la pesquería no trabaja, el puesto de los Longo se pudre un poco más cada día, derretido de lluvia, de barro y moho hasta bien entrado octubre cuando empieza la temporada. Pero para octubre ella va a estar lejos. Ellos van a estar lejos: Mateo y ella. Mira al chico que duerme. Va a llamarlo Mateo, hace años que sabe que va a llamarlo Mateo. Le espanta un mosquito de la coronilla que asoma de la manta y lo tapa mejor. Y camina, sigue caminando, la succión del barro en los tobillos, la crema inmunda, negra, lombriz y bosta, pasándole entre los dedos de los pies descalzos, la inmundicia helada del barro abajo y la quemazón incisiva de los mosquitos arriba, en los brazos, en el cuello, en la cara. Pero aprieta el paquetito contra su pecho,

el cuerpo de Mateo, dormido tan profundo. En octubre van a estar bien lejos, cuando lleguen los Longo con los caballos, las redes, las conservadoras, la cruz para el carnero que preparan en la primera pesca del año, y que comen de parados como bestias, la grasa brillándoles en la barbilla, los dedos untuosos, mientras los peces saltan y boquean en las redes, peces barrocos que se retoban y se retuercen en la orilla, al sol, que les platea la piel esa de muerto que tienen. Algún baqueano les camina por encima, los remata con sus botas mientras mira con cuidado, buscando dorados, surubíes entre toda esa masa de pescados inútiles, y por más plateados que parezcan no valen nada pero lo mismo se resisten, se rebelan, pura escama y bigote, muertos antes de tiempo, destino de secadero y harina, destino de forraje vacuno. Ellos, en cambio, ella y Mateo, que Braian ni que Braian: Mateo, Mateo Saravia, van a estar muy lejos, no sabe dónde todavía, pero lejos de toda esa inmundicia cuando llegue octubre. Lejos, muy lejos, también, de las miradas odiosas que le clavan las mujeres en la cara, cada bendito día, apenas pisa el servicio. Esas miradas ciertas como flechazos, posesivas, de esas madres. Qué odio esas miradas. Qué odio esas odiosas madres siempre preocupadas, siempre preguntonas, impacientes en los bancos eternos del servicio de Pediatría. Y los chicos: insoportables chicos siempre enfermos, siempre ajenos, de esas madres, siempre otras, y también insufrible la sucesión de preguntas, siempre las mismas, de actos, prácticas, recetas y sellos, siempre idénticos, en el mismo exacto orden o variando apenas lo imprescindible. Lejos. Lejos de todo eso. Lejos, sobre todo y para siempre, del consultorio del doctor Frangiulli y de esas tiritas que, empecinadamente, se rayan sólo una vez en los test de embarazo, mes tras mes, desde hace ocho años, y que le hacen volver a experimentar la bofetada dolorosa, la herida lacerante,

de la rayita única, del fracaso. ¿Y qué le diría esta vez el eximio doctor Frangiulli? ¿Con qué nueva esperanza la mantendría viva sólo para que se quiera morir en la próxima menstruación, en la próxima rayita única, la cara abotagada, una sombra pertinaz de bigote en el bozo, el cuerpo hinchado, engordado, pinchado, cansado, inseminado, cansado? Cansado de sexo prescripto, de menstruar y esperar y volver a menstruar. Que se vaya a cagar el eximio doctor Frangiulli y sus tratamientos y sus estadísticas, que se vaya a cagar junto con las madres impacientes, con los chicos enfermos y toda esa gente inútil. Por momentos, el sol hace brillar las copas de los talas pero en seguida las nubes lo recubren. Ya alcanza a ver, si se pone en puntas de pie, el techo torcido y parte del alero desvencijado del puesto de los Longo, de la pesquería. Da un saltito para acomodar mejor el pañalero en el hombro derecho, Uocra, dice el pañalero. Lejos de todo. Lejos de la sangre, las hormonas, las agujas, las camillas, las ecografías, los reposos. Aprieta a Mateo contra su pecho. Tan quietito, tan blanco. Qué Braian ni qué Braian. Braian: nombre de negro. Braian, Shanaia, Dayana, todos esos nombres catíngas que tienen sus pacientes en el hospital. No señor, ningún Braian: Mateo, Mateo Saravia, tan seriecito, tan callado. Mateo Saravia, médico o ingeniero. Mateo Saravia, senador. Sale por un instante el sol, refulge a lo lejos el aspa de un molino en el puesto de los Cebada. La última vez que estuvo por acá ya estaba abandonado. Se le acalambra un poco el brazo. Quisiera estirarlo, desentumecerlo pero entonces cómo hace con el bebé, tan chiquito. La cabeza, que no se le bambolee la cabeza. Mateo. La fontanela abierta todavía, la mollerita tierna, su talón de Aquiles. Lo mira así, envuelto en la pañoleta de la nursery, blanco tiza. No recordaba que fuera tan blanquito, con su pelo duro, parado como paja brava, alguna enfermera encontrará que se lo

pele, los ojitos achinados de kolla o de toba, o qué importa, así cerrados parecen dos tajitos. Escucha el crujir de unas ramas. Algo se mueve a su derecha. Se sobresalta, contiene la respiración, muy quieta. Espera. Tensa. Todo parece suspendido, ni un ruido, nada. Siente los latidos de su corazón retumbar contra el cuerpito del nene. Con cuidado, da un paso más hacia adelante y una rata aprovecha para cruzar el sendero. Ve ese cuerpo consumido que no parece tocar el suelo, las orejas como hojas de tréboles, los ojos, dos botones aterrados y esa cola que arrastra, inconfundible. Corre la rata seis, siete metros y se detiene. La observa. El hocico husmea el aire, roe algo imaginario. Pasan hambre las ratas en esta época, no como en octubre cuando se hartan también ellas de los requiechos de la pesquería. Gordas, horondas con sus colas largas, satisfechas. Ahora no, ahora tienen que disputarle a los loros algún fruto, a los chimangos alguna carroña. Avanza un paso más. La rata escualida vuelve a la carrera, en zigzag, y de pronto desaparece en alguna cueva, alguna galería. Ahora ya alcanza a ver la chimenea del tractor de los Longo, pudriéndose también él, hundiéndose de a poco, como la casa, como todo, hasta octubre cuando llegarán los hombres con sus caballos y las voces y el olor nauseabundo a grasa de carnero y a pescado de río. Ella también va a desaparecer en alguna cueva, en este puesto abandonado, por ejemplo, abandonado hasta octubre, pero para octubre ellos van a estar lejos, en Brasil, por lo menos. Ahora, bajo los talas del montecito, por un momento pierde de vista la casa y el tractor. Y tampoco ve el molino caído que había la última vez ni el tanque australiano, pero en cambio escucha a los loros allá arriba, haciendo un bochinche infernal, alza la vista y ve los nidos que cuelgan como bichos canastos gigantes. Camina con más cuidado todavía de no tropezar con las ramas, con huesos afilados que

pueden lastimarle la planta de los pies o pedazos de botella de cerveza. En invierno no hay yararás ni tampoco toritos, que son tan ponzoñosos, pero vidrios siempre hay, huesos en punta siempre hay y espinazo de palometas, afiladas como cuchillas. Le duele la cabeza, mucho, por momentos ve todo amarillo, el pasto, el cielo, el río, la frente le pulsa, se pasa la mano y siente la hinchazón del golpe, la sangre seca. Mira hacia el río y ya no divisa más que algo de la rueda trasera de la camioneta y parte del caño de escape, el Uruguay se tragó todo el resto. Ya no se escuchan, tampoco, los burbujones, los eructos del río digiriendo los fierros retorcidos, la chapa doblada, la nafta tendiendo una piel iridiscente sobre la piel marrón del río, multicolor como la de los surubies, de los dorados que rebullen y resaltan en las redes de la pesquería, sobre todos esos peces grises y marrones, sin futuro a pesar de que el sol de fines de octubre los pinte de plata, baratos, carne de harina, de forraje. Aprieta un poco más al bebé contra su pecho, levanta el hombro y acomoda mejor el bolso pañalero. Allá en la camioneta, la ropa, su cartera, todo se lo está tragando el agua, su documento, la matrícula de médica, el celular, los zapatos que se le salieron de los pies con el vuelco, como dicen todos los manuales de emergentología: el reflejo de látigo del tensor, y los zapatos por cualquier lado. Los cadáveres descalzos, siempre. En la morgue, siempre descalzos. Todo se lo está tragando el río allá en la curva del Cura muerto, todo menos a ella, al pañalero espantoso que dice Uocra, y a Mateo. Avanza, cruza el alambrado caído. La cucha, vacía. Ni un perro. Ni un perro han dejado para cuidar la casa. Sólo el tractor como un guardián dormido, el Massey verde, del año treinta, motor dos tiempos, para arrastrar las redes, para que no revienten los caballos cuando salen llenas de esos condenados a muerte, directo a la secadora, a la moledora y al tufo, y a la

grasa rancia que se pega en la nariz a kilómetros a la redonda de la pesquería de los Longo. Cuando todo esto era de los Astese, no era mejor la cosa. Tampoco el puesto estaba mejor. Las ventanas, entablonadas; la puerta con cadena y candado. Le da risa ese candado en una puerta así, digerida completamente por la carcoma, el marco claveteado en la pared rajada por las raíces de los talas, por la molicie del barro que le lame los cimientos. Se acuclilla, deja con mucho cuidado a Mateo en el piso bajo el alero, bien envuelto en su manta, por los mosquitos, por la humedad y el frío. Se alza y desde esa altura lo mira. Santo. Casi ni se mueve. Apenas se queja, no llora. Deja a Mateo en el piso y empuja la puerta. No cede. Toma algo de impulso y golpea con el hombro. Duele, no es como en las películas, duele de veras, golpea nuevamente, esta vez cerca de las bisagras y lo único que consigue es que vuelva a manarle sangre de la frente. Estudia mejor dónde dar el tercer golpe y ahora sí, la puerta cede. O no, la puerta no, lo que cede es el marco que se desencaja de la pared de adobes. Apoya el pañalero en el piso, y entra a Mateo, en su incubo blanco, lo apoya sobre la mesa, pero la mesa está fuera de cuadro y se mueve cuando ella la toca. Lo piensa mejor: puede caerse de ahí y lastimarse a pesar de lo quieto que es, muy tranquilo, un angelito: saca una manta del pañalero y la extiende sobre el piso. Barre un poco con la mano la tierra, antes. Uocra San Justo, dice la manta. Montaldi conducción. Apoya a Mateo sobre la manta sin desarroparlo. Hace mucho frío, o le parece que adentro hace más frío incluso que afuera, es un frío húmedo y mohoso. Santito. No llora. No se ensucia. Nada. Un ángel. En el auto sí. Lloraba. Un poco. O será que ella estaba más nerviosa. Pero ahora no. Tan blanquito, tan dormido. Piensa que algunos, los de guardia 24 deben seguir en el festejo de Raquel. Ella salía del consultorio, todavía con el evatest

en la mano, una raya sola, otra vez, y la tomó de sorpresa el cumpleaños de Raquel. El cumpleaños de Raquel. Se había olvidado del bendito cumpleaños de Raquel. Pero qué le importaba a ella Raquel ni el mundo, escuchó las risas y el feliz cumpleaños y le dio un asco tremendo los cumpleaños y la alegría de toda esa gente que sigue con su vida. Náusea. ¿Cómo carajo la vida sigue? ¿Cómo carajo no se paran los relojes, cómo siguen girando los planetas cada vez que la tirita dibuja una sola raya rosa? ¿Cómo es que nadie se dio cuenta de que el mundo se había acabado y seguían festejando el cumpleaños de Raquel? Hace frío, hay que encender un fuego. Mira a Mateo. Qué se va a acabar el mundo, Matito. No se acabó nada. Nada. Esto recién empieza. Mañana nos vamos lejos, vos y yo, nos cruzamos en la barcaza de los Montiel, en tres horas estamos en Uruguay. O si no, nos vamos con el tráfico de patas. Con plata, esta gente te arregla lo que quiere. La plata, en la guantera. El celular, en algún lugar de la cabina de la camioneta, ahogado, sin señal. El río se engulle todo y eructa. Vomita bolas de aire y de barro por las ventanillas, y la camioneta baja otro poco, aplasta el ternero, los cascots, los cuernos, bajo el bloque del motor, ungido con nafta, con aceite lubricante y líquido de frenos. Mateo quietito, envuelto, ahí en el piso tan frío. Duerme como un santo, como un angelito. Va a preparar un fuego en la chimenea, total, quién puede verla. No hay nadie en cinco kilómetros a la redonda, claro que siempre están los crotos y los traficantes de patas, pero gente lo que se dice gente, lo más cerca es la Estopona, del otro lado de bajío. Y acá faltan siglos para octubre, para que venga alguien, todos ellos, los Longo, a levantar esta casa de la podredumbre, del barro y a cambiar este barro por el tufo a pescado muerto. Se acerca a Mateo, le toca la frente. Está helado, lo fricciona, le da algo de calor con su aliento. Le duele terriblemente la cabeza y le

cuesta un poco respirar pero tiene que hacer un fuego rápido, secarse ella y calentar al nene. A ver si se le enferma. Lo mira de cerca, le parece que, un poco, así tan blanco, se parece a su madre. No tiene fósforos. No tiene encendedor. Junta ramas y ramas y trae algunos troncos de la leñera. Hay una lata con algo de gasoil, pero con qué encenderlo. El nene duerme, quieto, tan blanco. Un amor, Matito. No salió a los Saravia, ruidosos, rebeldes. Lo encuentra más parecido a los Astese. Matito, tan blanco, tan dormido, acá está mamita. Lo acaricia. Se pasa la mano por la frente, se saca de la cara un mechón de pelo duro de sangre. Busca, encuentra sobre la chimenea unos fósforos húmedos, raspa contra el costado áspero de la caja, pero el fósforo a medio pudrir se desarma, la cabeza roja del fósforo se parte y se disgrega. Sigue intentando con otro, le tiemblan las manos, castañetea los dientes, sigue frotando, y uno, el cuarto o el décimo, enciende. El fuego prende rápido ayudado por un poco de gasoil, humea negro, denso. Ventea con un cartón para que el humo no le alcance a Matito los pulmones. Mamá te va a cuidar, para octubre vamos a estar lejos, en Brasil, donde nadie nos encuentre. Acerca la manta con el bebé al fuego. Para que no se le enferme. Tiene que buscar algo para darle. Agua tibia con azúcar aunque sea, tiene que tener algo preparado para cuando se despierte. Encuentra una pava ennegrecida. Sale al patio de tierra, hace palanca en la bomba que cruje y se queja y no saca ni una gota, oye el vástago oxidado contra los cueros secos y cuelga todo su peso nuevamente contra la palanca de la bomba. Hace fuerza, siente la sangre caer otra vez desde la herida de la frente, la sangre tibia sobre la cara. Cierra un ojo para que la sal de la sangre no le queme y sigue, bombea. Escucha ahora un gorgoteo bajo la tierra pero sigue sin salir nada. El brazo le duele, la cintura, todo, el aire entra y sale de su pecho con un

estertor que le preocupa, se palpa las costillas y por un momento no puede moverse, tan agudo es el dolor. Respira hondo y vuelve a recargarse sobre la bomba, recién al sexto, séptimo intento el agua sale lo suficientemente clara, pone la pava bajo el chorro largo para que se llene y se recuesta un momento sobre la palanca, a descansar. Está muy nublado, el cielo, el pasto, la casa, todo está de un gris indefinido. Tiene frío y sin embargo suda. Quisiera quedarse ahí, descansar, pero Mateo, Matito, lindo, está adentro, dormidito y espera. Secarse. Secarse es la prioridad y preparar algo caliente, agua con azúcar, si más no vale, para cuando Matito se despierte. Lo único que encuentra, sobre un estante es un frasco de miel, hormigas negras, culonas, muertas, pegadas a la miel costrosa. Alguna mosca, también, negra contra la costra blanca de la miel pura. Y allá, todos en el cumpleaños de Raquel. Y qué carajo le importa a ella el cumpleaños de Raquel. Graciela, de recepción le dijo, estamos en el bar, ¿viene, doc? Ella se le quedó mirando, hizo un esfuerzo para enfocar esa cara gorda, los lentes siempre engrasados, no entendía lo que le estaba diciendo, le miraba la boca, los labios se movían y decían algo de Raquel, el cumpleaños, en el bar. Le dijo que sí, que ahora iba, sin embargo caminó el pasillo hasta la otra punta. Subió por las escaleras dos veces, y volvió a caminar hasta la punta del pasillo, los tacos clavándose en el mármol frío de las baldosas, rebotando contra el frío de las paredes blancas, empujó la puerta con el hombro y las chicharras le confirmaron que estaba en el lugar correcto. El silencio era sólido pero las alarmas de los monitores eran un láser que lo rebanaban cada tanto. Se lavó perfectamente las manos hasta el codo y se secó con la toalla descartable. Empujando nuevamente con el hombro, entró a Neo. Un enfermero nuevo estaba terminando el turno, la cara de luna tostada tachonada de cráteres de acné.

El enfermero la puso al tanto de las novedades de la sala, confundíendola con la médica de guardia, su delantal decía Dra. Fernanda Saravia, pediatra. A la doctora Saravia le importaba un carajo lo que el tipo tuviera para decirle, caminaba de cuna en cuna, miraba esas manitas flamantes, las caritas arrugadas. A medida que avanzaba por las cunas iba leyendo Pérez, Herrera, Oroná, Lobos. Todos tenían dueño. Todos. Qué asco esos dueños. Tienen hijos como conejos. Y qué sabrán esos conejos de su rayita rosa, mes tras mes, tras mes, durante ocho años. Y si supieran, también, qué mierda les importaría. Pasada la mitad de la vida, sólo le queda la rayita rosa y ese llanto congelado, acá adentro. Se puso tan oscuro todo, ahora, tal vez esté por largarse otro chaparrón. Tiene mucho frío, se pasa las manos por los brazos, se acerca más al fuego que arde lindo, casi no humea, pero no logra entrar en calor. Se frota un pie contra el otro, descalzos, morados. Los zapatos, el reflejo del tensor. Los zapatos son lo primero que se pierde en los accidentes. Ningún cadáver nunca, calzado. Sólo los soldados, sus borceguíes. Sólo los soldados. Mañana va ir a la camioneta, a recuperar algo de la ropa, a ver qué pueda secarse al sol. Mañana, si es que sale sol. En esta época del año son más los días grises que otra cosa, por acá. En el hospital le pareció que los ojitos de Mateo eran grises, el enfermero le dijo, con su tonada peruana, todos los recién nacidos tienen los ojos que parecen grises, doc. Ella ni le contestó, le importaba un carajo lo que dijera el peruano, Mateo tenía los ojos grises, como los Saravia aunque ahora, así tan blanco, tan callado, lo encuentra más parecido a su madre, a los Astese. Le hizo un gesto al enfermero, para que la dejara sola, apagó uno de los monitores, sacó unas vías y envolvió el cuerpito con la sábana tosca de hospital. La misma sábana que todavía lo arropa. Dice HCGS, en una punta, todas las sábanas del Hospital dicen eso, por

Hospital de Clínicas Gerónimo Sepúlveda. Acomodó al nene bien envuelto en su brazo izquierdo cuidando de no bambolear mucho la cabecita un poco puntiaguda. El nene se quejó, fue algo como un maullido y abrió la boca, movía la cabeza, buscando algo que succionar. Ella puso en seguida su meñique sobre el labio, más que nada para que Mateo se calle. Mateo, nada de Braian, Mateo, se prendió a esa falange; succionó ese dedo seco, inútil y ella sintió una explosión en el vientre, como si una serpiente o un monstruo revivido después de tanto tiempo de confinación, de sometimiento, la mordiera con furia ahí donde nada, nadie había producido, jamás, nada. Las manos calientes, las piernas derretidas. Los pezones erectos, listos, los cabellos erizados como agujas, como flechas, a la defensa de ese ser que ahora con Mateo en brazos era doble y único. Tiró la cabeza hacia atrás, una lágrima le alcanzó la garganta. El impacto duró sólo un momento, lo que puede durar el ataque de una cobra, el golpe de un rayo, enderezó la cabeza poniéndola en control y abrió los ojos, pero algo ya no iba a ser nunca lo que había sido. Una grieta irremediamente abierta. Encontró esos ojitos un poco grises que la miraban. ¿Quién la había mirado así alguna vez? Nadie. Nunca. Las odiosas madres de la sala de espera, no. El doctor Frangiulli, menos. Ningún hombre, nadie. Nadie. Miró el cartel en la cunita. Brian Oroná. Miro al bebé otra vez, los ojos achinados, los pelitos duros. Mateo, dijo Fernanda. Mateo Saravia. Mientras el cumpleaños de Raquel seguía en el bar, la doctora Fernanda Saravia y Mateo salieron por la puerta de atrás. La camioneta en el estacionamiento. El tanque lleno, plata suficiente en la billetera, las tarjetas de crédito, el celular cargado. Ajustó al bebé con el cinturón de seguridad, acostado en el asiento de atrás, Madero, General Paz. El nene, atrás, berreaba, cada vez más fuerte, un llamado sólido,

sostenido, inacabable. Enseguida se le vino a la cabeza el puesto de la pesquería de los Longo. Panamericana. Encendió la radio, la puso al máximo. Ramal Escobar. No sabe por qué pero no se le ocurrió ninguna otra cosa. Ni mejor ni peor. Desvío Zárate. La lluvia, cada vez más fuerte, los baches en la ruta destruida, el Zárate brazo largo, isla Talavera, el puesto de gendarmería, Destacamento Islas, el otro puente, Destacamento Perdices, Bienvenidos a Entre Ríos, la lluvia cada vez más densa, dos kilómetros y entrar a la derecha donde está el transformador de luz, barro, la camioneta que colea, la doble tracción, bajar la velocidad, los huellones, la vaca que muge a la derecha contra el alambrado, el ternero que bebe en el borde del río, bocina, el pie en el freno, palanca de cambio, no frenar, no frenar, tarada, no frenar, la frenada, soltar el volante, soltar los pedales, el freno de mano, el barro manteca, el árbol, el pasto, los loros, el nene que llora, la zanja, el cielo abajo, la lluvia, el barro arriba, los vidrios. El agua. El agua que entra por las ventanillas. El nene, el bolso, el agua, más agua. La nafta, las ruedas que giran al aire, el ternero la pata estirada, el ternero en la orilla, la vaca que muge, el alambrado, el poste, el chajá. Chajá, chajá. Los pies en el barro, la inmundicia chirle entre los dedos de los pies, ruido a almejas cuando entran, a sopapa cuando salen. Descalzos. El manual de emergentología. Descalzos los cuerpos de la morgue. Matito, Matito apretado contra el pecho, la sangre en la frente, los mosquitos, un pie en el barro, después el otro. Ahora el fuego de la chimenea se está apagando, la noche va a ser larga y fría, hay unos troncos en la leñera, verdes. El bebé está empezando a moverse. Se queja. Hace frío. Los labios se le están poniendo un poco más azules. Se acerca a la leñera, le parece que algo se mueve, algo no sabe qué, no puede precisar. Se para en seco, mira con detenimiento la nariz de la chimenea, la leñera, el

dintel de la ventana. Todo parece quieto, polvoriento, muerto. Vuelve a inclinarse sobre la leñera, elige un tronco pero cuando lo va a agarrar su mano pasa de largo, sin tocarlo. El frío, el golpe en la cabeza, le deben estar afectando la coordinación. Intenta de nuevo. Su mano pasa por el centro mismo del tronco sin poder asirlo. Cierra los ojos, se los frota. El pelo de la nuca se le eriza. Hace mucho frío, mira a Mateo que arruga la carita, berrea, busca con la boquita algo que succionar, chupa la manta. Vuelve a intentar agarrar la leña esta vez con las dos manos que pasan a través de la madera como si fuera de aire. Suda, y un escalofrío la sacude. Se golpea la cara, duele. Siente la mejilla que le tiembla, que le pica, se tira del pelo, se arranca un mechón, se corre el cuello de la camisa, se lo desacomoda, sin embargo no puede agarrar la leña. El fuego se está apagando: gasoil, piensa, un buen chorro de gasoil: corre a la cocina, tampoco puede levantar la lata medio oxidada, el nene llora, chupa la manta y se ha dado vuelta, su boquita busca y busca, lame el piso lleno de tierra, de telarañas. Vuelve a la chimenea, hace aire con las manos para avivar el fuego, las brasas se van apagando, poniéndose grises. Se arrodilla cerca de Mateo, va a darle calor con su propio cuerpo, pero no puede levantarlo, sus manos pasan a través de las mantas, del ese cuerpito que se retuerce, que rebulle y boquea como los peces de octubre. Mateo, con mucho esfuerzo, levanta la cabecita y aplica los labios contra el piso, llora de un modo ahogado casi sin fuerzas. La doctora Saravia sigue intentando levantar al chico, sus manos atraviesan una y otra vez la pancita, los hombros, la nuca; pasan y siguen de largo sin producir ningún efecto, siente lágrimas por las mejillas, gotas gruesas de lágrimas, de moco, le mojan la cara y caen pero no llegan a mojar la manta. Tiene una intuición y no quiere hacerle caso, prefiere decirse que no sabe lo que le pasa, pero el ruido del agua,

afuera, que cae a chorros sobre la pava, le hace levantar la cabeza y entonces sí, por la ventana, ve su cuerpo, el cuerpo de Fernanda Saravia desplomado contra la bomba, la camisa de algodón chorreada de barro y sangre, la frente hinchada, monstruosa, los labios negros, abiertos como un tajo, las manos agarrotadas sobre la palanca el agua clara que cae y llena y rebalsa de la pava y le salpica los pies descalzos, amarillos ya, a pesar del barro y la sangre, y se mezcla con el agua de lluvia; agua de abajo con agua de arriba, en charcos barrocos donde no se refleja nada. Sobre el techo del tractor, un par de chimangos. Vigilan. La doctora Saravia corre hasta el patio, zamarrea el cuerpo de Fernanda, cachetea su cara, la agarra del pelo costroso de sangre, tira su cabeza para atrás, y sopla su aliento en su boca abierta, los labios negros, duros. El contacto con su misma boca helada, agria, el choque contra sus propios dientes, le repulsa y la emociona. Pasa una mano por su cara, por sus ojos abiertos todavía, grises, como los Saravia, ciegos, apuntando al cielo. Mateo, adentro, llora, berrea; Fernanda toca apenas la mano de Fernanda, acaricia sus nudillos blancos aferrados a la palanca, y camina despacio hacia la casa. Adentro, el nene no se rinde, se ha dado vuelta y en prono contrae su abdomen, las piernitas y consigue reptar hacia atrás, su boquita abierta besa el suelo acá y allá, busca algo qué chupar. Ella escucha los sonidos de Mateo, toda su energía empeñada en la supervivencia y se maravilla: el nene busca, tantea, reptar, llama, se aferra a la vida con lo único que tiene. Cada tanto, llora. Se deshizo de la manta que lo envolvía. Puede verle las manitas azules de frío, las manitas cerradas en puño, azules. Por el dintel de la puerta, por el borde de la chimenea, entre las patas de la mesa, ve pasar siluetas negras, escurridizas, colas largas. Ahora el nene encontró su propia mano y la chupa con desesperación. Lloro de hambre y de

frustración por esa mano que no produce nada. Lloro hasta quedarse dormido, llorando. Un dormir suspiroso, cada tanto hipa, pero duerme al fin, ajeno a la sombra que camina por el marco de la ventana: oscura, achatada, arrastra su cola larga. De a poco, las brasas de la chimenea se apagan, el viento remueve las cenizas, algunos papeles carbonizados, y van ganando espacio el frío y la oscuridad. Escucha un chillido agudo, corto, inconfundible. Mateo duerme, azul de frío. Ve, en las sombras, los bultos elásticos, que se paran en sus patas traseras para husmear mejor el aire. Husmean, chillan, y se desprenden hacia el suelo. Caminan por los zócalos, rápido, cada tanto se detienen. Buscan. Puede ver dos ratas cerca de la puerta, una en la leñera, tres entre las patas de la mesa. Despacio, los vientres pegados al piso se van acercando. Se arrastran tanto que es como si reptaran. Cimbran los bigotes, barren con las colas. Los ojos brillan en la penumbra, el chillido codicioso, los dientes roen el aire; huelen, buscan, se acercan a Mateo. La doctora Saravia hace lo único que puede: se arroja sobre el nene, lo cubre con su cuerpo; las ratas se acercan, tocan su piel con los hocicos helados, husmean la carne de sus piernas, de sus brazos, le horadan el pecho, caminan entre sus costillas, Fernanda siente sus vientres tibios arrastrarse por sus entrañas, ellas avanzan hacia la carne tibia, la leche agria; abajo, Mateo duerme, cada tanto suspira, las ratas empecinan sus hocicos, rechinan los dientes, golpean con las colas contra el piso polvoriento.

CUERDAS EN BESO

Hay un hombre en el hall lleno de gente. Podría decirse que aún no es un viejo pero la gravedad y más que nada el abandono ya se han ensañado bastante con su cuerpo, borro-neados ahora los contornos por los pantalones de corderoy, el delantal blanco hasta la rodilla y el gabán. El hombre camina entre la gente que tapiza el hall como en automático, no mira nada, no saluda a nadie, y enfila derecho por el corredor hasta el fondo, donde nacen las escaleras laterales. A medida que avanza por el corredor y a pesar de la blancura del mármol en las paredes, la luz empieza a ralear y el aire se va haciendo más húmedo y frío, y sus pasos, antes imperceptibles, ahora resuenan en ese hueco con autoridad. Las suelas, pie derecho, pie izquierdo, percuten el piso con una leve, levisima arritmia, y subvierten una nube de ondas acústicas, las arroja contra la piedra inmarcesible que forra las paredes y que las repele con una ferocidad helada, y así quedan, las ondas, a la deriva y sin destino. Las ondas que no encuentran forma de tramitar su potencia. El hombre se llama Fabián y después de un instante, respira hondo, coloca un pie sobre el primer peldaño de la escalera, se calza mejor el bolso al hombro y empieza a subir. Un pie, después el otro. Inhala, exhala. Administra el esfuerzo para llegar entero al noveno piso. Fabián detesta todo el ruido de aquella gente amuchada frente a los ascensores eternamente fuera de servicio, charlando y apretando los botones de llamada. Pulsan el botón que señala para arriba, y en seguida o al mismo tiempo, porque cada quien tiene su técnica y su cábala,

el que señala para abajo. Fabián, en cambio, un pie, después el otro, llega al entrepiso y como se siente fresco, todavía con aire, encara el nuevo tramo y sigue subiendo y vuelve a pensar en el hall. Día tras día ve el mismo descontento frente al ascensor, oye los qué desastre, los putamadre, que no cejan, que no cejan nunca, forman un fraseo sin solución de continuidad, porque apenas abandonan la espera algunos, ya otros llegan, nuevitos, frescos, y vuelta a pulsar los botones, cada uno a su velocidad; hay quienes oprimen los botones de forma pausada, otros como locos, y los más sostienen el botón apretado como para ganarle a algún competidor imaginario que esté llamando el ascensor en algún otro de los nueve pisos de la facultad de medicina; y toda la gente la mirada hacia arriba como en una misa pagana ofrecida al display del ascensor, tan mudo como un dios.

Entre toda esa gente está Carla, que estira la mano y pulsa el botón que señala hacia arriba. Pulsa una, dos, tres veces y también por las dudas pulsa el otro, el que señala hacia abajo; en su muñeca las pulseras plateadas chocan unas contra otras, tintinean haciendo un ruido cantarino y mersa. A los pocos minutos, una mujer que pasa dice, no se calienten, no anda, y por todos lados se escuchan puta madres entre la gente que charla y se desconcentra y hace lugar a nuevos recién llegados al hall del ascensor. Si hubiéramos estado hace diez minutos en la esquina de Junin y Santa Fe, hubiéramos visto a Carla bajar de un colectivo atascado entre otros colectivos, esquivar en zigzag las otras moles detenidas de cualquier forma, en cualquier posición, y caminar entre el calor de los motores que le da en plena cara. Carla es muy joven y su juventud se hace evidente en la humedad de la piel bajo sus axilas o sobre el arco de Cupido, el brillo del cabello, la lubricidad de los pliegues y de las articulaciones. Es casi linda, pero ella no se

siente linda. Detesta su nariz, el color de su piel y sobre todo el ancho de sus caderas. Después de bajar del colectivo Carla caminó por esas veredas a las que nunca da la luz del sol, entre canteros con la tierra al aire hasta la esquina donde, apoyando el bolso sobre el antepecho de una de las ventanas, buscó un broche para el pelo y se lo ató de cualquier modo, sin conciencia, pareciera, de la belleza de su nuca al descubierto, concentrada, en cambio, en un alfajor aplastado que sacó de su bolsillo y comió apurada, caminando lo más rápido posible, tragando con dificultad porque la caminata, o el alfajor, o las dos cosas juntas, le secaron la boca. Sonaban las cinco y media en el reloj de la plaza Houssay cuando Carla metía el hombro entre toda esa gente y empujaba hasta llegar al ascensor, y hasta este momento en que la mujer pasa y dice, a todos y a nadie en especial, refiriéndose al ascensor, no se calienten, no anda. Sólo desde muy cerca puede oírse a Carla que putea por lo bajo mientras se apura por el pasillo lateral hacia las escaleras del fondo. Al pasar por el kiosco de la fotocopiadora compra una botella de agua que está tibia y tiene gusto a plástico pero la bebe a tragos largos y casi la termina antes de llegar a la boca de la escalera. Se apoya en el pasamano, mira hacia arriba, respira hondo y empieza a subir al trote.

En el descanso del tercer piso, un muchacho tirado en los peldaños fríos de mármol fuma. Ya no es un chico pero tampoco es un adulto, es eso, un muchacho. Si nos acercáramos lo suficiente veríamos, en el ala izquierda de la nariz, la inflamación dolorosa de un acné todavía en actividad que le ha dejado la piel de la cara gruesa, enrojecida, llena de esquiras y cráteres que Gustavo, porque así se llama el muchacho, Gustavo, intenta ocultar en parte bajo una barba entre rubiona y colorada que parece suave y, uno presume, tibia. Gustavo, ahí tirado como al descuido, hace todo menos perder el tiempo.

Por el contrario, trata de ganarlo, de ganarle una al tiempo antes de que sea tarde, o sea, antes de que termine la cursada de Patología de la voz. Se lleva el cigarrillo a los labios y tira con fuerza y el calor llegándole a los dedos es lo que le avisa que ya está por quemar el filtro. Saca el humo en argollas parejas, equidistantes y las ve subir por la espiral de la escalera y a medida que suben, las argollas perfectas se agrandan, se debilitan y se retuercen, pierden consistencia para transformarse en lo que son, después de todo: nubes de humo. Gustavo aplasta la colilla. Unos pasos se acercan por la escalera. Muy escanciados aunque decididos. El oído entrenado para la batería de Gustavo, percibe una leve, levísima arritmia. Quisiera, pero sabe que no, que esos pasos fueran los de Carla: los pasos de Carla suenan distinto, su modo de subir es otro. Piensa esto y compone en la cabeza el recuerdo de todas las veces que la vio subir, casi a los saltos, el movimiento transmitiéndosele a los rulos como racimos, a los pechos, magníficos. Los pasos que se acercan, en cambio, son cansinos y arrítmicos y se acompañan de una respiración serruchada y trabajosa. Gustavo levanta su bolso, su campera y recoge sus piernas para dejar pasar a Fabián Cáceres, el profesor.

Fabián impreca por ese muchacho tirado en el descanso de la escalera. Le duele su juventud pero más le irrita su libertad, ese muchacho ahí, tirado, independiente de cualquier mirada porque es nadie, porque a quién le importa lo que hace o no hace un nadie, lo que alcanza o pierde, qué más da; y sin embargo, con su libertad de nadie lo obliga a seguir subiendo sin pararse a descansar si es que quiere aparentar todavía un mínimo de dignidad. Fabián trajina su cuerpo inmenso hasta el descanso del quinto piso donde se detiene a recuperar el aliento. Faltan cuatro pisos, se dice. Sólo cuatro. La sangre le golpea en la carótida, siente las yemas de los

dedos inflamadas. La luz entra blanda, como líquida, a través de los ladrillos de vidrio de la pared y se derrama sobre todo ese mármol que cubre escaleras, pasamanos, paredes, y que promete la asepsia pulcra de un lugar como este; Fabián escucha un murmullo, algunas risas que se acercan por la escalera, se acomoda un poco el delantal blanco que se le enrolla debajo del gabán y vuelve a subir, concentrado en las pantorrillas un poco agarrotadas, en la arena de las rótulas moliendo las tibias, los fémures, a cada paso; en la respiración diafragmática, controlada, y vuelve a pensar en toda aquella gente que, abajo, debe seguir amuchada frente a los ascensores, no la misma que vio él, porque se renueva constantemente, un fluir denso e inacabable de personas que hacen del hall una isla. Fabián conoce un hombre que piensa que una isla es un reservorio de futuros, el lugar donde todo nuevo comienzo es posible. El hall, entonces, no puede ser una isla, sino más bien una posta, un lugar neutral donde parar un instante y charlar de cualquier cosa, ejercer la función estrictamente humana de la palabra, y ejercerla con gratuidad, llenar el espacio de la espera con palabras que rozan los oídos, las ropas, y después caen al piso, tan inútiles como nacieron, sin haber producido nada verdadero; las aplastan los zapatos de cientos y cientos de peregrinos en el ir, necio y constante, a la meca del ascensor.

En el descanso del tercer piso Carla encuentra a Gustavo. Gustavo, cree Carla que se llama el tipo este que cursa con ella Patología de la voz aunque no está segura y prefiere no preguntar, fuma, sentado en el último peldaño, un Marlboro recién encendido. Carla contesta al saludo de él con un movimiento de cabeza y sigue subiendo, agitada, hace casi diez minutos que debe haber empezado la clase. Bancá, dice Gustavo, manotea sus cosas y se levanta de un tiro, ya perdida por completo la compostura y el aire de indiferente

casualidad que venía cultivando en los últimos cuarenta y cinco minutos, y empieza a subir con ella. Carla está apurada y Gustavo va haciendo su mejor esfuerzo para no quedarse atrás pero el cigarrillo y las horas de sueño que le faltan se le están haciendo notar. Cada tanto se cruzan con alguien que baja y Gustavo se corre a un lado, acercándose más a Carla y el perfume que le llega de su desodorante, debajo del cual se adivina el de su piel, eso sólo alcanza para desencadenarle un conjunto de mínimas reacciones, el hormigueo en la palma de las manos, el vacío en la boca del estómago, un destello eléctrico en la punta del glande, la leve erección del vello de todo el cuerpo. Mínimas, las reacciones; imperceptibles a ojos vistas, pero tantas y tan sólidas que, sumadas, le quitan claridad de pensamiento, lo dejan fuera de juego. Ya casi llegando al séptimo piso, la que se acerca a Gustavo, en cambio, es Carla, para pasar por la izquierda al profesor Cáceres, que sube agarrado del pasamano. Cáceres quisiera apurar un poco, le molesta que estos chicos se le acerquen y la posibilidad de que lo pasen así, como a un auto detenido en la banquina. Da dos o tres pasos un poco más acelerados, pero se agita y abandona la idea. Se siente un poco ridículo. Gustavo quisiera que Cáceres fuera más rápido, tardar más en sobrepasarlo, un instante más cerca de Carla, pero ya están a su lado, dos peldaños más y lo han dejado definitivamente atrás. Carla quisiera decirle buenas tardes profesor, al pasar, pero algo en el aspecto de Cáceres le indica que mejor no, así que aprieta el cuaderno y la botella contra el pecho, y pasa de largo con Gustavo atrás, pegado como una estela, y sin prestar atención alguna a lo que Gustavo le está diciendo, algo que pasa en el turno noche. Repasa mentalmente el tema del día de esta materia, Patologías de la voz. Lo tiene agarrado con alfileres, no tuvo casi tiempo de leer nada. O tiempo tuvo. No es tiempo

lo que le falta. Es otra cosa. Otra cosa que se le fue con Betina, cuando Betina se fue, que parece que con su ropa y los libros se hubiera llevado también la fuerza para salir de la cama a la mañana, el gusto de la comida, la luz amarilla que entraba por la ventana en las siestas de invierno, su memoria, la capacidad de concentrarse.

Séptimo piso, dos alumnos lo pasan en la escalera como a un auto estacionado en la banquina, Fabián les ve las mejillas algo enrojecidas, el perlado tenue de sudor sobre el labio de ella, una gota que está a punto de caer por la patilla de él, y siente esa humedad no como un síntoma de cansancio, como podría leerse una humedad así en un cuerpo casi viejo como el suyo, sino de la más pura y gozosa vitalidad, una turgencia que los rebalsa, que los atrae y los enlaza y los empuja uno contra otro, una juventud gozosa también en las redondeces de aquellos glúteos, las espaldas firmes, y en las voces redondas y consistentes a pesar del trajín de los cuerpos que suben y se adelantan como si no les costara nada. Fabián tose. Un día de estos va a tener que dejar de fumar. Había dicho que para los cincuenta. Quién sabe si, en cambio, para los sesenta, y, pie derecho, pie izquierdo, pie derecho, llega al noveno piso. Celebra, internamente, un pequeño triunfo. El de haber llegado una vez más. Se recuesta contra la pared y deja que el frío del mármol lo alcance a través de la ropa, del guardapolvo. Tiene taquicardia y por momentos ve negro. Le zumban los oídos, como si una colmena se le hubiera instalado en la cabeza. Se esfuerza por respirar hondo.

En el aula magna, Carla y Gustavo se detienen un instante al pie de las gradas. Gustavo enfila decidido hacia arriba del todo y al fondo. Sube unos metros, gira hacia Carla que se quedó atrás, parada en el rellano y la interroga con la mirada. Mueve apenas la cabeza. Indica una dirección. Es hacia arriba

y hacia el fondo, parece decir la mirada. Como en el cine. Las butacas de atrás, para la chica y el chico que van a todo menos a mirar la película. Ella sonríe pero hace que no con la mano y las pulseras vuelven a hacer el ruido mersa y plateado. Gustavo empieza a subir hasta la última grada; ella se instala, en vez, en el primer banco, saca del bolso un cuaderno, la birome, y se afloja un poco la bufanda, y entonces él, sintiéndose de verdad un pelotudo, baja por donde subió y se sienta en la primera fila, a dos o tres bancos de ella. Afuera del aula, la frente de Fabián sigue apoyada contra el mármol; cuando se siente un poco más compensado, se endereza, empuja con el hombro izquierdo contra el vidrio que dice en mayúsculas doradas Aula Magna, y entra al recinto convertido una vez más en el Profesor Fabián Cáceres, adjunto de la cátedra de Patología de la voz de la Facultad de Medicina.

Deja el bolso sobre el escritorio central y dice en voz alta, pero sin mirar a nadie, como desde hace dieciséis años, buenas tardes, alumnos. Dieciséis años como adjunto de cátedra y todavía Fabián no se acostumbra a todas esas caras colgando de las gradas, hablando, mirándolo a él. Buenas tardes, la clase, vuelve a decir, más alto y ahora de a poco las risas, las caras, los cuerpos, empiezan a asentarse. Y a medida de que se van asentando, cae sobre la tribuna un manto de expectación. Es el momento que a Fabián más le cuesta. El aula está completa, son ciento veinte pares de ojos clavados sobre él, sobre sus gestos y sus palabras y sus posibles equivocaciones, u olvidos o incongruencias, sobre su modo de rascarse la espalda o pasarse la mano por la barba candado, ciento veinte pares de ojos sobre el profesor adjunto Fabián Cáceres, por eso es que le gusta tanto el proyector.

Fabián no termina de dar la orden de encender el proyector y ya de los primeros bancos se levanta una mujer, se dirige

al proyector y lo enciende. Fabián ve el brillo de su cabello enrulado, que se mueve a cada paso que da la mujer, cortos, como cautelosos, las calzas negras le tornean las piernas y el pulóver largo le envuelve los glúteos redondeados. Gustavo ve a Carla encender el proyector y volver a su lugar. Quisiera que antes de sentarse lo buscara con los ojos, pero no, eso no pasa tampoco hoy. Fabián se pregunta si la mujer mirará cuando pase junto a él. De qué color serán sus ojos. Pero Carla no lo mira tampoco a él, camina derecho a su asiento, y Fabián, sintiéndose viejo por segunda vez en el día, empieza a dar la clase haciendo hincapié en los dos o tres ítems importantes de este tema que, se da cuenta ahora, repitió ya tantas veces, siempre igual, invariable, anquilosado, en estos últimos dieciséis años.

El proyector entrega una imagen estática. Por el ángulo de la toma, Gustavo puede ver solamente unos pliegues rosados con una línea que los separa o los limita, o los une, en vertical. Cáceres pregunta a nadie en especial, qué ven acá. Una vulva, quisiera gritar Gustavo, hacer la broma como si todavía estuviera en la escuela; siente una gran necesidad de hacerse notar, sin embargo se apura a contestar en voz alta, casi gritando: cuerdas vocales. Gustavo oye el sonido de su voz, el tono impetuoso y casi desesperado con el que habló y se odia, se daría un cachetazo, si pudiera; decide no volver a pronunciar palabra pero Cáceres lo mira y repregunta: Cuerdas vocales, ¿cómo? En posición de descanso, dice algún otro, ante el silencio de Gustavo, comprende ahora que perdió la oportunidad de lucirse con Carla. Cáceres pulsa el botón del proyector, que entrega en la pantalla un movimiento. Carla preferiría no tener que verlas, no se acostumbra todavía a esas imágenes orgánicas, a la tersura rosácea de una carne que ondula blanda, a aquellas concavidades peristálticas, con-

vexidades pulsátiles. La imagen muestra bandas mucosas que se separan en movimientos amplios, amables, para volver a juntarse en la línea media donde se acoplan suaves, se besan, antes de ser separadas nuevamente, ondulando de forma morosa, lúbrica y emitiendo una voz femenina y grave, casi un gemido. Betina. Carla piensa en Betina con ferocidad y siente un nudo en el sexo y la garganta. Fonan, dice Gustavo en voz alta y echa una mirada rápida a Carla, que tampoco ahora lo mira, pero la voz de Gustavo la sobresalta y ella se endereza en el banco y clava los ojos en la pantalla con un gesto abismado. Gustavo sigue de un tirón: aproximadas en línea media, eutónicas. Pero Carla no ve cuerdas, ve pliegues, dedos, ve lenguas, que se acercan, que se tocan. Ve a Betina. Lo que se llama cuerdas en beso. Gustavo dice esto último en voz baja mirando fijamente a Carla y se hace consciente de las tres o cuatro cabezas que están giradas hacia él, cierra los ojos, y calcula cuántos, detrás de ellos también los estarán observando, entonces lo inunda una tremenda vergüenza y se recuesta un poco en su banco, como para hacerse menos notorio, pero Cáceres ahora lo ha tomado de interlocutor y no va a soltarlo fácilmente. ¿Y acá? Pregunta y ahora el proyector muestra otra foto. Carla tiene los ojos clavados en el cuaderno, le da miedo mirar. Miedo de alguna imagen brutal: granulomas supurantes, laringes carcomidas por cánceres terminales, la foto de lo derruido y finiquitado. De lo que no tiene esperanza. Vuelve a presentársele el recuerdo de Betina; se pasa una mano por la frente y decide enfrentar la proyección pero la imagen, en cambio, es amable, rosada. Una de las cuerdas se encuentra en línea media, en proximal, se recuerda Gustavo. La otra, en cambio, la izquierda, se encuentra separada. En distal, va a decir después, cuando se le pregunte. Carla se da vuelta, y por primera vez lo mira. Pérdida de aire. Gasto de energía.

Carla anota dos o tres cosas y vuelve a mirarlo. ¿Qué más? Cáceres no lo larga. Gustavo no contesta, mira a Carla, a ver si le presta atención pero Carla abre la boca, empieza a decir algo, entonces Gustavo se le adelanta: modos sobrecompensatorios. Aja, dice Cáceres. Siga. Voz esfinteriana, y sin coloratura. Triste. Carla escucha esa palabra, Triste. Y asocia con cómo se siente ella, cada noche, en su departamento medio vacío. Escribe algo en su cuaderno y vuelve a mirar a Gustavo con ojos laxos, no parecen enfocarlo. Por un cierto tiempo la cuerda sana puede cruzar la línea media, hasta besar a la paralizada, hay dolor y fatiga extrema. A medida que va hablando Gustavo va bajando la voz, modulándola específicamente para la destinataria de este mensaje. Acarrea gran desgaste para la otra cuerda, que finalmente se rinde, exhausta. Betina se rindió. No tuvo coraje. Se rindió antes de empezar.

Fabián Cáceres mira al muchacho que habla, como si escuchara el tema por primera vez. Siente las palmas de las manos húmedas. Exhausta. Asténica. Las palabras rebotan contra su cerebro, insistentes una y otra vez sin penetrarlo, picotean hasta que pierden significado, deshilachadas hasta ser sólo una cadena de sibilancias y armónicos que no transmiten nada. Fabián mira la imagen del proyector, la cuerda pasando la línea media para besar, apenas, a la otra, inmóvil en distal. Tanta energía, tanto esfuerzo, piensa Fabián. Y ahora la cuerda asténica, caída al costado de la luz laríngea. Para qué. Tanto fracaso, finalmente. Carla mira al profesor que sigue con los ojos fijos en algún punto de la pantalla. Acaba de apretar un botón y la pared replica una y otra vez la secuencia de quince segundos de la cuerda que se esfuerza, que se agota, que se rinde. Que se esfuerza, que se agota. Que se rinde. Sin darse vuelta, Fabián habla en voz alta, se dirige a toda la clase: la cuerda sin tono, asténica, se rinde y ya no hay fonación posible. Sobreviene el silencio. Fracasa.

Dieciséis años, piensa Cáceres. Dieciséis años y todavía de adjunto y cada día el ascensor que no anda, y cada mes esperar hasta el veinte, a veces el veinticinco a que esté listo el cheque, y la humedad del mármol inmarcesible, y el dolor en el pecho, recién entre el octavo y el noveno piso y los alumnos, cada vez más jóvenes, cada vez más distintos a él, cada vez más extraños. Dieciséis años, también él, cruzando la línea media para alcanzar lo que no viene, lo que no se acerca. Fabián Cáceres gira sobre sus talones y enfrenta a la clase, ciento veinte pares de ojos clavados en su cara, en los movimientos de sus labios, de sus manos, en su respiración pesada y trabajosa. Fabián Cáceres, exhausto, mira al alumnado y hace un minuto de silencio mientras el proyector muestra la imagen de la cuerda antes móvil, ahora asténica, caída, hacia un costado de la luz laríngea. Siente el sudor que le perla la frente, un vacío en el estómago que puede ser también una náusea. Inspira hondo y enfrenta a la clase. Eso es lo que pasa, dice en un tono falsamente dramático, dispuesto a hacer por última vez la misma broma con la que termina, con la que ha terminado, durante estos últimos dieciséis años esta clase, una broma que antes le parecía pícaro y ahora le parece atroz, esto es lo que pasa, dice, cuando una parte no quiere, —y al decir esto apoya una mano en la cabeza de Carla, porque sí, porque está en el primer banco y porque la detesta en su rol de alumna eficiente, pero más que nada la detesta por joven, por linda, por ajena—, y la otra parte ya no puede, —y lo dice palmeando con gesto paternal, de consuelo, el hombro de Gustavo, porque sí, porque lo detesta, con toda esa juventud y toda la libertad de su anonimato que exhala cada uno de sus gestos, que le vio derrochar tirado en la escalera, fumando, hace apenas un rato—. Las gradas se llenan de murmullos y risas ahogadas. El profesor Cáceres camina hasta el proyec-

tor y lo apaga. Buenas noches, alumnos, dice Cáceres poniéndose el gabán, y sale del aula aunque falta una hora y cuarto para que termine la clase. En las gradas se murmura y se ríe. Alguien enciende la luz cenital. Carla no entiende cómo empezó a pasar lo que está pasando, este tipo, Cáceres, que les habla de cuerdas que quieren y no pueden; este pibe, Gustavo, que la mira de ese modo, como si quisiera matarla, escupirle en la cara, gritarle una puteada, mientras junta sus cosas de cualquier forma y sale por la puerta de emergencia, directo a las escaleras de Paraguay. Siente las mejillas calientes y si no fuera porque quedaría como una tarada, saldría corriendo y no volvería en lo que resta del cuatrimestre. Clava, en cambio, los ojos en el cuaderno, donde escribió una y mil veces la palabra Betina, y se queda en silencio mientras los alumnos vacían, de a poco, el aula magna. En su camino a la calle, Fabián Cáceres atraviesa en el hall de la planta baja donde una miriada de manos, de ojos, de pies, esperan, siguen esperando, en función continuada la gracia de los ascensores que no puede llevarlos a ninguna parte.

CÁLCULO PROBABILÍSTICO

Mientras espera a que se le sequen las uñas, en un tiempo de quietud forzada en que no puede evadirse de sí, no le queda más opción que darse cuenta: hace varios días que no suena el teléfono. Levanta el auricular, tomándolo sólo con las yemas de dos dedos de la mano derecha. Los otros tres dedos los deja tiosos, al aire, porque el esmalte está aún fresco y comprueba decepcionada que tiene tono. En la computadora, la bandeja de entrada no marca nuevos mails, ni tampoco hay ninguna notificación en su muro de facebook desde la semana pasada. Se manda un correo de prueba a su propia casilla, para corroborar que todo esté andando bien. Por un momento se entusiasma al sentir el aviso de la computadora, ese número uno entre paréntesis al lado del ítem de recibidos, pero enseguida se siente tonta y desanimada al comprobar que es ese mail suyo de prueba, al que le puso como asunto: ffdss.

Llama a una amiga, elige cualquiera del directorio del celular, pero le contesta una máquina; la voz impersonal dice: usted está comunicado con la casilla de correo de. Sigue luego un lapso vacío que su amiga no se preocupó en llenar con su nombre o con su apellido o con algo y el titití, la señal de que puede empezar a grabar un mensaje pero no deja ninguno para no molestar; en vez de eso, cuelga y marca de memoria el teléfono de la hermana que tampoco la atiende. A ella sí le deja mensaje porque tienen un código no dicho de salvataje mutuo: llamame por favor, graba, y cuelga. Deja el celular sobre la mesa y vuelve a mirarse las manos. Le parece que la uña

del anular izquierdo no le quedó del todo bien, un pelo se le adhirió al esmalte cuando manipulaba el celular y al sacarlo, una fisura, imperceptible para cualquiera pero no para ella, queda marcada en el rojo brillante. Pasadas las once, llama a su analista medio aburrida, medio preocupada, y el contestador la invita amablemente a que deje su nombre y número que la licenciada le contestará a la brevedad. Le pide que la llame en cuanto pueda, que está en una crisis de angustia y deja por las dudas grabado el número de su celular aunque sabe que la licenciada lo tiene agendado. Una crisis de angustia, así le dice, sabe que está exagerando un poco las cosas aunque las ganas de llorar la acechan hace un buen rato. Se pasa con suavidad un dedo por la uña del pulgar derecho, le parece que el esmalte está bien seco, ya. Toca con más fuerza: ninguna marca, ningún daño; el esmalte está perfecto, así que va al lavadero y busca la correa, abre la puertaventana del balcón y trata de engancharla al pretil de la caniche, con esfuerzo, porque la perra salta impaciente y dificulta las cosas. Finalmente sale a la calle a pasearla pero por más que camina unas quince cuadras, porque llega casi hasta la vía del Mitre, no se cruza ni un alma. Son las doce y media, casi, y con el calor de canícula, es lógico que la gente esté en las casas, a la sombra o al borde de la pileta o bajo algún aire acondicionado gentil y reparador. Esta idea le trae otra, así que gira en redondo y vuelve a la casa con la perra a la rastra que se detiene en cada árbol, en cada baldosa levantada o bolsa de basura, y a cada detenerse recibe en el pescuezo un tirón en el collar que la arranca de su festín animal y la hace adelantarse medio metro, pero al próximo árbol la perra vuelve a detenerse y es ella, entonces, quien recibe un tirón en el brazo que le llega hasta el hombro, y forcejean las dos, ella tironea, la perra gruñe.

Llega a la casa, pasada la una y cuarto, dispuesta a hacer lo que nunca le ha fallado en situaciones como la de hoy; se pregunta por qué no se le ocurrió esta idea antes: agarra la cartera y se prepara para cerrar la casa, para sacar el auto. Previo verificar que no hay mensajes ni de la hermana ni de la analista ni de nadie, sube al auto y enfila hacia el oeste, proa al shopping.

El auto resbala por las calles desiertas, encharcándose en el asfalto derretido bajo el sol de enero. Abre la ventanilla y acelera; esa libertad le despeina la melena y el aire caliente le da la tranquilidad de saberse viva y despierta a pesar de ese lapso de irrealidad, de inconsistencia. Llega al shopping y comprueba que no se equivocó, la gente parece estar toda ahí y eso le da un momento de alegría genuina: tantas personas, una pequeña multitud que llena los pasillos, disfruta del aire fresco o se prueba la ropa que le gustaría llevarse de vacaciones. Se respira el aire fantástico del verano, una vez pasada la locura de las fiestas, cuando a otro ritmo, más calmo, uno sí puede pensar en qué le gustaría comprarse, con qué cosas a uno le gustaría vestirse o, incluso, y por qué no, jugar a disfrazarse, a ser otro, ahí, en el anonimato de los probadores, en la soledad de las multitudes de esta ciudad de quince millones de habitantes; ser otro, otro lo más distinto posible de lo que se es todos los días. De todos modos, ella no mira las vidrieras, ni se prueba nada, sino que lo que le atrae es estudiar a la gente que pasea a su ritmo, caminando de a ratos, las pieles algo tostadas, las camisas livianas, y ese andar acompasado que sólo puede traer el enero de nosotros, en la ciudad vacía de la que casi todos —los suertudos para algunos, los ansiosos para otros— han desertado. Camina entre toda esa gente que le pasa por al lado y se siente tibiamente acompañada, se deja inundar por el entusiasmo ajeno; un entusiasmo concreto y febril, que consiste, básicamente, en tener

cosas. La música funcional es agradable y ella se siente algo más motivada pero después de un rato el crescendo cíclico de una canción promocional que culmina nombrando una y otra vez al shopping empieza a abrumarla y el párpado derecho le empieza a palpar. Pasado el primer momento de fascinación o de deslumbramiento, nota las plantas rigurosamente artificiales, las hojas desecadas cubiertas de polvo. Un polvo crónico formado, piensa ella, de cenizas de cigarrillos apurados hasta el filtro, de caspas y psoriasis resistentes a cualquier tratamiento, de pelusas de algodón arrancadas subrepticamente del fondo de los bolsillos, de migas de galletitas aplastadas y de partículas ínfimas desprendidas de las millones y millones de suelas de zapatos que, calcula, se gastan frente a las vidrieras inútilmente. Una promotora rocía perfumes en tarjetitas rojas y blancas y las ofrece a los paseantes, promotoras jóvenes, aburridas de mirar el reloj como para calcular cuántas horas les quedan todavía de estar paradas, quietas como las plantas disecadas, a la entrada de las perfumerías, de las casas de alta costura, o de computadoras, con la sonrisa siempre atornillada, siempre peinadas, siempre lindas, jóvenes, flacas. Y la música que machaca y machaca y su párpado que late al compás del crescendo y el ojo que le duele como si fuera a saltársele del cuerpo. Así que, roto definitivamente el hechizo, entre toda esa gente y ese decorado bizarro y a causa del estribillo contumaz y los gritos de los chicos que se retuercen y protestan y patalean encerrados en sus cochecitos con globos plateados de happy faces o delfines violetas que no llegan a ver, a pesar de las miles y miles de conversaciones telefónicas que imagina surcando ese pasillo, —un entramado de ondas de radio que se tejen y se frotan, que se acoplan y se aman y se desencuentran o se abandonan en el cubo de aire que ella intenta respirar en este mismo momento—, a pesar

de todo, digo, siente un silencio sólido, una ausencia pétrea consistida en que nadie, absolutamente nadie repara o choca o se dirige por ningún motivo, a ella.

Se alisa la ropa. No se siente muy bien vestida: está todavía con el pantalón de gimnasia y las zapatillas no tan limpias con que sacó a pasear a la perra hace un rato. Pero tiene, en cambio, las uñas recién pintadas y el pelo arreglado y eso le devuelve una cierta confianza. Se alisa el flequillo estirándolo con dos dedos y mete la mano en los bucles de la nuca, para airearlos mirándose en una vidriera y controlando que recuperen su volumen. Se estira bien la remera, se endereza el collar, agarra fuerte la cartera y camina hasta el café de la glorieta.

Ahora está frente al café de la glorieta y decide sentarse a tomar algo mientras hojea algún diario. Siempre es reconfortante que a uno le sirvan algo rico y tal vez escuchar la conversación de otras mesas. Revisa el celular. Tiene batería y tiene señal, sin embargo, nada: ningún mensaje, nadie ha contestado. Bien ubicada en la mesa de la esquina, donde todavía reina el gigantesco árbol de Navidad, a pesar de que casi es la mitad de enero, piensa en los panqueques de manzana que sirven en ese café, en cómo le queman la cobertura de azúcar con un hierro, dorando a fuego el caramelo. Piensa en un té de jengibre y cardamomo y en un panqueque dorado de manzana. Con un copo de crema, también. Por qué no. Levanta la vista para llamar a la moza, y entonces la ve pasar: hace mucho que dejaron de verse, pero está idéntica. Se pregunta qué estará haciendo, Genoveva, en el shopping ya que sabe positivamente que vive afuera hará no menos de doce años. Pero allí está, de pronto, parada a pocos pasos de su mesa y ella siente un sosiego como si Genoveva fuera, de pronto, un ángel de la guarda. La embarga una especie de emoción que no comprende; no es que la quiera tanto, la verdad; después de todo, no

fueron más que amigas circunstanciales mientras los chicos fueron chicos: consumieron juntas las horas muertas de la adaptación al jardín, del pelotero del shopping en las tardes interminables de domingo lluvioso, y algún estreno de cine 3D, y aún así no compartieron nunca, realmente nada: recetas para que los chicos comieran las verduras o dónde conseguir buenos zapatos al mejor precio. No más que eso. A ella, la hija de Genoveva le pareció siempre remilgada y melindrosa, y sabe, porque se lo dijeron, que Genoveva hablaba pestes de los suyos, sobre todo del más chiquito. Pero le parece increíble que, después de tanto tiempo, esté ahí, tan cerca de ella, entre ese gentío indiferente, justo hoy que se siente así, tan sola. Lo piensa como una señal; una señal del cielo, llega a decirse, incluso, y la hondura del momento no la deja reflexionar sobre el dramatismo ridículo que le está confirmando al asunto. Se para con la mano en alto para hacerle un gesto, pero le es difícil llamarle la atención a través de los mozos que transportan bandejas, cafés, tortas, licuados; tickets, dineros, vueltos. A través de madres hastiadas, de niños agotados en cochecitos con globos plateados, de abuelos que leen diarios, o hacen que los leen, mientras miran durante horas enteras esa vida pasar. Levanta el brazo y lo sacude una y otra vez, saludando, sin embargo Genoveva, en medio de la multitud, no la advierte y coloca un pie en el inicio de la escalera mecánica. La escalera como un túnel del tiempo, como un aparato sin vuelta atrás. Genoveva está apoyando un pie en la escalera mecánica que sube y sube y aleja sin cesar todos esos pedañitos de la planta baja donde está la cafetería y la mesa en que ella está sentada. Grita, entonces su nombre: Genoveva, dice, Genoveva. La mujer se agarra del pasamanos negro y su cuerpo empieza a inclinarse hacia adelante, doblado a la altura de la cintura, coloca entonces el otro pie en la escalera

mecánica, justo cuando ella vuelve a gritar, con toda su fuerza esta vez, y agitando las dos manos. Tres veces dice Genoveva, y a la tercera se para y se aleja un poco de la mesa, con la intención de acercarse a la base de la escalera, pero lo único que consigue es enganchar la punta del mantel que se mancha con el agua del florero del centro, y tirar la silla en la que está sentada, que cae haciendo un ruido metálico que se repite dos, tres veces, en cada rebote del respaldo contra el porcelanato italiano alto tránsito. Mira alrededor, siente que la cara le hierve de vergüenza, y sin embargo no abandona: está por llamarla una vez más cuando un hombre que no había notado, parado a la derecha de Genoveva, y que evidentemente la acompaña, le comenta alguna cosa mientras le pasa un brazo por el hombro y le señala algo a su izquierda. Genoveva mira hacia ese punto que el hombre señala y que ella no llega a ver, y ambos se ríen y después se besan. Así, muy abrazados, salen de la escalera mecánica y se pierden en el hall del primer piso del shopping. Y ella, parada en medio del café de la glorieta, en ese desierto multitudinario de gente, mira a Genoveva que vuelve a salir de su vida mientras se sienta y pasa, indecisa, una mano por el mantel como si quisiera corregir alguna cosa.

TERENCIO
INVERTIDO

Hombre soy, nada de lo humano me es ajeno

(PUBLIO TERENCEO)

El estruendo de la mula al despeñarse en la hondonada no lo detiene. El rebuzno asmático de ese animal contra natura va haciéndose más agudo a medida que se lo traga el abismo. En su caída arrastra las últimas botellas de agua, cincuenta metros de cuerda, un calentador que nunca se usó, todavía embalado en su caja de origen; un botiquín de primeros auxilios, la petaca de whisky, una tienda de campaña, ese conjunto de varillas flexibles y telas engomadas dobladas de cualquier modo; dos bolsas de dormir y la brújula. No lo detiene tampoco la pérdida de estas últimas cosas, ni siquiera le preocupan las latas de comida, porque para Orlando todos esos objetos carecen de valor, no tiene idea de para qué sirven ni de cómo usarlos. Ni un segundo se demora, clava los dedos ya sin uñas en la piedra cortada a pico, afirma su pie, sangrante y casi descalzo, en una saliente aguda, y sigue. A pie, más solo que nunca, siempre arriba, vertical, pegado el torso, el abdomen, contra la piedra lavada, pura, como le gusta a él, la cara hacia el cielo virgen, hacia todo ese aire diamantino; ansioso y casi feliz porque ya la sombra del cóndor le ha cruzado la frente dos veces.

La idea le ronda la cabeza hace años, sin embargo partió de la estancia hace una semana. Llevaba con él sólo tres cosas,

un rollo grueso de billetes, producto de la venta de todo su ganado; su diario personal y un amuleto de cristal de roca, con la forma de un cóndor que había tallado malamente según el modelo impreso en la heráldica (nunca fue bueno para nada manual, le costó siempre todo, incluso atarse los zapatos, tal vez por la costumbre familiar de hacerse hacer hasta lo más mínimo por la odiosa servidumbre). En la cinta que usó para ceñirse el amuleto escribió, contradiciéndolo o a modo de un Terencio invertido: “hombre no soy. Todo lo humano me es ajeno”. Partió, entonces, con esas únicas cosas: el amuleto colgado al cuello, su diario personal escondido entre la ropa y el rollo de billetes, el mismo que se terminó llevando el guía, ayer a la tarde cuando desapareció. Mejor viajar lo más liviano posible, se había dicho, y lo que necesitara, iba a contratarlo por el camino, o lo robaría si fuera necesario.

Orlando siempre fue, dicen quienes lo conocieron, un ser clavado en sí mismo. Por algún tipo de miedo, de esos que crecen en los humedales de infancias retenidas por abuelas, o por aversión a la gente, que es también otra forma de nombrar el mismo miedo, o quizás conociendo con lucidez el poco valor que tenía para el mundo, creció, siempre según dichos, concentrando todas sus fuerzas en el preservarse y el durar. Defendido del exceso de vitalidad de cualquier otro chico, pero también de un perro, de un maestro y en fin, de cualquier otro ser que pudiera arrasar con su deseo o con su ímpetu su pobre escualidez, se había retirado desde la infancia a una soledad contumaz, y vivido, en rigor, una existencia estéril. Como un tronco que arde suavemente bajo una capa gruesa de ceniza en lugar de entregarse al abrazo de las llamas, para Orlando, como para muchos de su familia, los Siano, lo importante, lo único y más importante, fue la preservación de sí; una preservación a toda costa; más importante, mucho más, que la banal

perpetuación de la especie. Por otra parte, qué podían ofrecerle a la especie, nada más que una deformidad que los distinguía y condenaba. De modo que Orlando, como la mayor parte de los suyos, se supo mantener, desde chico, lejos de cualquier contagio, de cualquier golpe, caricia o palabra. El amor, como todo otro comercio, fue para él simplemente una amenaza, porque todo fue siempre una amenaza para el débil Orlando Siano. Era sabido por todos, a pesar del esfuerzo con que se intentara ocultarlo, que su familia portaba el mal congénito y hereditario al que el vulgo suele llamar Eje Fallado y que no es otra cosa que una atrofia en el desarrollo del eje horizontal del Alma, lo más seguro un gen frágil, y se piensa como muy probable en un brazo del cromosoma X del par 17, un gen dominante a juzgar por la frecuencia como se dio en el caso de los Siano.

El día que Orlando al fin se decidió, plantó todo y se fue. Pero decir todo no expresa mayormente la realidad porque para Orlando, todo, igual, era ya muy poca cosa. Casi un resto de lo que podría llamarse una vida. Una escoria. Sin embargo, mientras abría la tranquera principal, que iba a quedar abierta para siempre, y avanzaba por el camino, se dijo en voz alta, sintiéndose un prócer: parto al encuentro de mi historia. Y así lo escribió después, ya en el tren, en su libro de memorias, ese, que dio en llamar el Tratado. No cerró la tranquera, ni siquiera la casa: no estaba en sus planes la idea de volver. Se fue de madrugada, solo. Solo como había estado siempre.

Quienes lo conocieron, viejas sirvientas, proveedores agropecuarios y algún que otro vecino, dicen que a simple vista nomás, se le notaba lo del Eje Fallado en el hecho físico de que faltaban a su cuerpo todos los colores del deseo: la gama completa de los rojos y parte de los amarillos. Las institutrices y las amas de leche sostienen que padecía, como todos ellos,

algo así como un daltonismo de espíritu. Su cara cianótica y ojerosa, donde reinaban los azules y verdosos, era la marca de su filiación y la prueba de una tendencia reconcentrada y prevenida, consecuencia, como dicen Altman y cols en su Manual de Genética Límbica, de *la hipertrofia del Eje vertical del alma, que crece desmesurado, consecuencia de la atrofia o agenesia de su antagonista, el horizontal*.

Casi nadie le conocía la voz, aunque su ama de leche sostiene que la tenía disfónica y como gastada, de muy baja potencia. Raramente hablaba. No es que no pudiera, por el contrario, podía hacerlo perfectamente. Incluso, además de su castellano natal, del que abominaba por desnaturalizado y burdo, había sido entrenado por su abuela, la materna, a la que llamaba *la Férrea*, en la comprensión de los sonidos de varias lenguas de raíz sajona, y en el dominio de las estructuras lingüísticas de esos idiomas, antes bárbaros y ahora considerados cultos, compuestos de leyes tan complejas como inestables. No obstante, es sabido que Orlando casi no hablaba. O, más sencillamente, no usaba el lenguaje para comunicarse porque, claramente, no veía el para qué de la comunicación, función, como es sabido, primordial y constitutiva del eje horizontal del alma. En las pocas ocasiones en que se encontraba con gente, fijaba la vista en algún objeto y callaba, reconcentrado sobre sí mismo, tolerando como le fuera posible todo aquel ruido que salía de las bocas, los movimientos exagerados de las manos, las exhalaciones bruscas y rítmicas a las que llaman risa, o *laugh*, en otro idioma más onomatopéyico y primario, y así se quedaba hasta que le fuera posible escurrirse hacia la soledad y el silencio.

Por todo esto fue que nadie que lo conociera hubiera apostado un peso a que Orlando Siano soportaría esos kilómetros en el Estrella del Norte y ninguno pensó volver a verlo.

Así que con su partida las sirvientas procedieron a retirar las sábanas, dar vuelta al colchón, airear el cuarto, y cerrarlo con llave. Después abandonaron la estancia como si nunca hubieran pertenecido a ella y no volvieron a poner un pie en esa casa, que terminó cediendo al trabajo del tiempo: las raíces adventicias levantaron su pavimento, los árboles cayeron sobre su techo alguna noche de tormenta; las alimañas y algún ladronzuelo se habrán encargado del resto.

Sin embargo resistió.

Hacinado entre campesinos sudorosos y bagayos de viajeros, resistió.

Llegando a Salta o a Santiago del Estero se apeó. Siguió viajando en colectivos, camionetas desvencijadas, carreta y a lo último se sirvió de la mula, esa, la pelandrosa y raquítica, que ahora mismo está despeñándose ante a la indiferencia de Orlando.

Le horrorizó la sola idea del acompañarse del guía de mulas. Esas noches en la intimidad donde el determinismo del silencio obliga al contacto y a la charla, le provocaban un sentimiento básico de horror. De modo que se alegró cuando el truhán aquel desapareció llevándose su rollo de billetes y sus borceguíes, dejándole esta mula pelambrosa que rebuzna al despeñarse y rebota contra los farallones, torpe incluso hasta en su muerte.

La mula cae. En su caída desprende piedras, nieves, raíces; crea un pequeño tumulto, desesperado y urgente. Una dislocación inadmisibles de la quietud, de la fijeza sagrada de las altas cumbres, el reino del Cóndor. Orlando mira hacia el precipicio, ve ese conjunto de patas y arneses y bultos y pelos en picada, envuelto en rebuznos. Se alivia cuando ya no puede distinguirla, cuando la nieve la engulle en su garganta algodonada. Entonces, gira sobre sus talones, apoya la palma

de la mano en la piedra lavada, tantea, busca con los pies una moldura, una saliencia, algún pedazo de raíz; empecina en él la punta de sus pies, el abdomen consumido pegado a la pared limpia. Los dedos nudosos, desprovistos ya de uñas, se clavan en cualquier pequeña arista. Orlando se afirma, hace palanca, y entonces, liviano, libre de todo, enérgico y finalmente solo, vuelve a ascender.

Se cuenta que todos los Siano se fueron extinguiendo de uno en uno. Extinguirse, en el caso de los Siano, es la palabra justa porque se fueron apagando suavemente, tan suavemente como supieron vivir todos aquellos seres defectuosos en el eje horizontal del alma. Se apagaban. Amanecían apagados una mañana y las sirvientas procedían a despachar los cadáveres a la bóveda familiar, airear las piezas, dar vuelta los colchones y cambiar las sábanas. Después cerraban ese cuarto con llave, hasta que de a poco toda la casa fue una pura llave cerrada salvo, claro, la habitación de Orlando, con su baño, y la cocina. Para Orlando no significaban gran cosa esas muertes. Íntimamente se sentía aliviado de la presencia de ruidos al masticar, olores en el baño, la odiosa costumbre de hablar en la cena. Tal vez esas molestias fueron las que dieron origen y nombre al escrito monumental en que se había transformado su diario: *Tratado de la importancia del ruido y la iatrogenia de las palabras*. Llegó el día en que Orlando quedó último en la estancia de la familia, ahíto de silencio aunque asfixiado por el océano verde de todo ese campo circundante. Despidió a todo el personal, conservando sólo a dos sirvientas que tenían orden expresa de no hacerse ver, y por un tiempo se sintió feliz. Asfixiado de campo, sí; ahogado de naturaleza, sí; de barro y de polen, también; pero a salvo de cualquier persona.

La tranquilidad, sin embargo, no duró mucho. Rápidamente se instaló en él una etapa más avanzada de la enferme-

dad: una mañana cualquiera, al despertar, sintió un hambre imperiosa y con ella no le quedó más que tomar conciencia de las imposiciones de su cuerpo, caprichosas, irrenunciables. Sintió el fulgor del odio: Se daba cuenta ahora de que su cuerpo, su propio cuerpo también podía avasallarlo con pedidos, exigencias. Acaso corría el peligro de quedar expuesto a su tiranía. Ahora que estaba solo y a salvo de los deseos ajenos, corría peligro de quedar a merced de los deseos de la carne. Pero no lo que comúnmente se conoce como los deseos de la carne, esos que son más propios del eje horizontal del alma, sino los deseos de la carne básica y elemental: hambre, sed, evacuado.

Ahora una ráfaga de viento lo embolsa. Orlando se detiene, pega la caja torácica, el abdomen, su sexo flácido contra el farallón y espera. Todo su cuerpo hace presión contra la piedra, sabe que cualquier resquicio puede dejar paso al viento que, como una cuña, lo separaría de la piedra madre, arrojándolo al vacío. Piensa en la mula, su lomo hundido en la nieve, las patas al aire.

Los otros deseos, los que solemos comúnmente llamar de la carne, aquellos más eróticos y tendientes a otro cuerpo, nunca habían tenido lugar en la vida de Orlando Siano: las mujeres no eran para él más que entes húmedos, pletóricos de secretas palpitaciones. Oscuras y cavernosas, lejos de desearlas, las aborrecía. Los hombres, los mancebos, los niños, los animales, le parecían, por otra parte, supinamente molestos e inútiles. “Últimamente, mi cuerpo ha comenzado a resultarme repugnante. Hediondo, rastrero. Necesariamente biológico e Inferior. El hecho de que yo, mi ser, viaje en este envase animal, este esclavo necesario, no evita el malestar de esta obligación inmerecida” —escribió en su *Tratado*—. Comenzó a cultivar, entonces, con fervor, lo más limpio y

puro que poseía: su mente. Y con fuerza de voluntad y algunas técnicas orientales: el iching y la cábala, yoga, fue irguiéndose sobre su biología negándose cualquier satisfacción.

Orlando espera a que el viento amaine pegado a la piedra, los ojos bien abiertos. Sigue con la mirada la trayectoria de la sombra del cóndor, enorme, en cruz, que se desliza como un ángel grisáceo por la ladera del pico vecino. No llega a ver al cóndor, ni puede levantar la cabeza, por el viento que lo arremete, se conforma sólo con ver su sombra, con fantasear el momento esperado del encuentro. Cuando cree que el viento para, se lleva la mano al cuello, toca su talismán, verifica que siga ahí: *Humani totum a me alienum puto*.

La técnica consistió en negarle sistemáticamente todo a su cuerpo. Esto lo hacía sentir íntimamente empoderado. Y a medida de que se iba consumiendo, Orlando se sentía más vital, más energético y decidido aún a pesar de haber quedado reducido a un andamiaje de huesos que sostenían su necesaria cabeza, y la cabeza misma no fuera más que un cuero reseco que envolvía la calota, y del que colgaba, como pendiendo de dos tornillos, su mandíbula desdentada, y luego, coronando todo, una nariz curva y tan filosa que parecía cortar el aire y dos agujeros en cuyo fondo se removían, febriles, los ojos. En esas pobres condiciones emprendió Orlando su viaje, el brillo de su mirada por todo combustible. Nadie hubiera apostado a que sobreviviera el viaje en tren.

Y sin embargo es increíble hasta donde llegó.

Y es entonces cuando una ráfaga aparece de improviso y se cuela entre su cuerpo y la montaña, embolsa sus ropas. Orlando lleva una mano al cuello. Corrobora el estado de su amuleto. En efecto, sigue ahí su talismán en forma de cóndor y la sentencia. Decide, debido a la hora, que no puede esperar a que la tormenta pare, desentumece un poco

los brazos, las piernas y vuelve a trepar, el viento le llena las orejas, los agujeros de la nariz, de arena y nevisca. Le lloran los ojos. Se lacera los dedos contra las puntas afiladas. Los brazos llenos de rasguños, de cortes coagulados, que cada tanto resangran. Nada lo detiene. Tampoco esto. Su cuerpo, su odioso y servil cuerpo no va a detenerlo. Orlando sigue subiendo, insensible, escala más y más. Una mano acá, un pie allá, casi desnudo, la ropa un puro fleco, cada vez más limpio, más solo, cada vez más puro. *“Revisando antiguos libros de contabilidad y escudos heráldicos, remontándome a los estadios más embrionarios de mi genealogía, va tomándome la certeza de que mi familia materna ha venerado ancestralmente un animal totémico y que éste no puede ser otro que un Cóndor”*—anotó el dieciséis de junio de hace un año en su Tratado—.

Ha subido, creo, más de setecientos metros desde el punto en que se despeñó la mula. Hace rato que ya no hay una raíz, ni un liquen, ni una mísera araña. Orlando sube rítmico, decidido. Se detiene un momento a mirar el paisaje y aprovecha a recobrar la respiración.

Aquel día, cuando descubrió el escudo de la heráldica entre antiguos títulos de propiedad y libros contables, fue un nudo en su vida, como si todo lo anterior hubiera sido sólo un preámbulo, fue el día en que la Verdad, así, con mayúsculas, escribió en su Tratado: La Verdad, le había sido revelada. Y desde entonces se abocó a estudiar cuanto estuviera a su mano sobre el Cóndor, los tótems, la historia familiar: toda esa genealogía de militares, gobernadores, terratenientes y capataces que habían abierto la tierra a filo de arado y fusiles Remington y después la habían suturado con alambre de púa y postes de telégrafo, siempre padeciendo, ocultando y padeciendo, lo del gen frágil del cromosoma X del par 17, del que en su momento no supieron, como ahora tampoco

Orlando sabe, y hablaron, entonces, del Cóndor, se conformaron o consolaron o se explicaron con lo del Cóndor. Desde ese día, su mente afiebrada, víctima de la imaginación o del ayuno, deseó cada vez más intensamente las alturas, la lejanía, las nieves puras y eternas donde el Cóndor reinaba. Ese aire de diamante que lo mantendría, Orlando se imaginaba, a salvo de todo lo espurio y lo corrupto. *“De noche sueño con alcanzar las cimas de las montañas, donde el Cóndor es el rey del espacio y del silencio. De día también sueño despierto con huir de este mar vegetal y abyecto, de este cuerpo animal y sucio y, rectificar el error en mí cometido, o tal vez la broma de algún genio maléfico que se divierte confundiendo los destinos...”*

Apoya el pie en una laja afilada que le abre un tajo en la planta, la sangre untuosa, caliente, hace que resbale. Cae. Orlando derrapa unos metros, arrastrando pequeños fragmentos de piedra, detritos, arenilla. Se escucha un sonido soplado, agudo, que puede confundirse con un grito. Nada es seguro, el viento ruge colándose entre los picos, silba al pasar entre dos piedras levemente separadas. Sin embargo, podría asegurar que ha sonado en algún lugar un grito. Orlando consigue aferrarse con la punta de los dedos y afirmar el pie sano en un hueco y con eso deja de caer. Cuelga malamente del farallón, sostenido con una sola mano y un pie. El pie sangrante pendula todavía en el aire. Si mirara, si pudiera mirar hacia abajo, vería las gotas de su sangre caer a la nada, desintegrarse en el aire antes de tocar fondo tantos metros más abajo, allá en lo profundo, donde la nieve se está digiriendo a la mula. Pero no mira hacia abajo, no tiene por qué. Pegado a la piedra, como un líquen, mira, en cambio, a su alrededor: el valle a pico, las otras montañas nevadas, el cielo, tan diáfano, y toma conciencia de la soledad pura, prístina, del lugar. A pesar de lo incómodo de la posición, del tajo en el pie y la pérdida de

sangre, el viento está empezando a amainar y se tranquiliza un poco. Cree entonces, vuelve a creer, que está en condiciones de revertir aquella tremenda injusticia, o tal vez no una injusticia sino una felonía que sobre él y los suyos, pero más que nada y fundamentalmente sobre él, se ha cometido: la felonía atroz de haberlo mezclado entre todas aquellas gentes, seres bajos y espurios, adoradores del calor, de la carne, de la palabra y el sexo. *“A mí, proveniente del prístino linaje de los Cóndores, reyes de la altura, y el silencio. Custodios de lo superior y de lo eterno; a mí, intentar revolverme en esos barro infectos”.*

El pie no lo siente, no lo usa; busca con el otro, tantea y hace fuerza y al elevarse arrastra esta otra pierna como un peso muerto. El viento no da señales de dar respiro, Orlando escala con esfuerzo, pegando mucho el cuerpo a la montaña, limitando el espacio por donde pueda clavarse el aire, abrir una brecha y arrojarlo al vacío, a la hondonada. Avanza clavando las manos en el hielo azul y arrastra su cara por las huellas de su propia sangre, esas que dejó impresas hace un rato, en su caída. Se siente increíblemente bien, no obstante: desafiado pero libre. Sin miedo, ya, ni odios. Sin asco. La lucha contra la naturaleza lo reivindica porque siente que este espacio es el suyo, sus reglas. Respira. No como en el campo que se asfixia de verde y de polen. Acá respira este aire liviano, escaso en oxígeno. Respira, el aire entra puro a sus pulmones, lo llena, se siente todo él lleno de aire, y a la vez liviano, como hecho él mismo de aire. Calza el pie en la última saliente, empuja lo más que puede. A la altura de sus ojos, la planicie blanca de la cima. Ríe. Respira y ríe y mete una mano dentro de su pantalón. Palpa y confirma con alegría que las hojas de su Tratado, aunque percutidas y ajadas, han sobrevivido al viaje. Estira los brazos en la nieve y busca, palpa. Hunde las manos en el hielo hasta dar con una piedra saliente, cava. Barre la nieve y clava los dedos en una grieta de la piedra. Tira. Tira, tira, pura

fuerza de los brazos, el viento sopla y arremolina los flecos de su ropa, desprende la alpargata de su pie sano, embolsa su camisa, la desprende y la lleva. Como una vela, el harapo cae. Pasa la sombra del cóndor sobre la planicie blanca, y Orlando aprovecha un momento sin viento y tira con toda la fuerza de sus brazos.

Nadie creyó que sobreviviría siquiera al viaje en el Estrella del Norte y veamos, en cambio, hasta dónde llegó.

El cuerpo va subiendo un centímetro y otro, los dedos acalambrados, azules de frío y golpes. Sube hasta quebrar la cintura en el borde y tira más y, sube otro poco y ahora logra calzar la rodilla y ya está ahí y ya alcanza a acostarse en la planicie de la cima y rola, una vez y otra, hacia el centro, lejos del precipicio. Rola una vez más y ahí se detiene, no siente el cuerpo quemado de viento, de piedra y de nieve, no siente el cansancio, no siente nada más que eso, adentro de su cabeza y tal vez algo nuevo en su pecho, algo que no tiene palabras para nombrar.

Queda un rato ahí, quieto sobre la nieve, acostado boca abajo. Parece que duerme pero no. Descansa, piensa. Ya no ríe, se diría que cada tanto llora aunque tal vez sea una falsa apreciación. Hacia el crepúsculo se da vuelta y el azul del cielo le inunda los ojos y la mente. Mete nuevamente la mano en el pantalón y saca las hojas de su diario, las que sobrevivieron. Las mira, las hojea una por una. Huelen, a su pesar, a orina, a sudor. Acostado en la nieve, abre los brazos en forma de cruz. Respira con libertad por primera vez en mucho tiempo. Respira en el hielo virgen de las alturas y en cada bocanada aspira con gozo la limpia muerte.

Antes de apagar su fuego, los ojos alcanzan a divisar al cóndor. Orlando levanta los brazos, y le ofrece su talismán. La sombra en cruz lo atraviesa en un segundo infinito. El cóndor abre y cierra el pico. Un ruido a hueso se pierde en el hielo.

AGRAMATICALIDAD DEL SUJETO ELIDIDO

Porque lo que pasó hoy fue diferente. Tengo, tenemos, mi hermana y yo, cincuenta años. Vivo, ella también, en una ciudad de quince millones de habitantes, así que siempre es una sorpresa toparme por casualidad con mi gemela en alguna esquina imprevista de Buenos Aires: una alegría desconcertante que me deja un momento congelada, dudando de mis percepciones. ¿Soy yo? ¿Es un espejo? ¿Es Mónica, justo aquí mismo? Después el saludo, el abrazo y su voz ¿Lorena? Voz que es casi la mía, casi, pero no lo es, recomponen la imagen y las cosas vuelven a su espacio y tiempo y a la normalidad anormal de dos personas que muy en el inicio fueron sólo una. No es fácil de entender un vínculo así, y menos explicarlo. Hubo una vez, en el principio, en nuestro bigbang privado, en que Mónica y yo fuimos una. Pero hoy la cosa fue distinta porque no era Mónica la que me esperaba sentada en el living de casa sino yo misma. Dos minutos que una se distrae y pasan estas cosas. Dos minutos, no hace falta más, el tiempo que se tarda en ir de raje al chino de la vuelta que es chico pero surtido, en dos patadas lo recorro completo y arreglo más o menos la comida. Me entusiasmé en el chino esta vez, eso es cierto, y traje demasiado. Papas, mandarinas. Huevos. Yogur descremado que termina siempre poniéndose verde, igual que la gelatina dietética. Chocolate. Pan. Pesadas, muy pesadas las bolsas. Vine despacio por la vereda, pie derecho, pie izquierdo, cada tanto parar, un descansito. Pesadas las bolsas, y las mandarinas amenazando con escaparse por un agujero que se abría a cada paso.

Venía lento por las bolsas pero también rumiando una frase que me había sorprendido, escrita en un paredón de la esquina: Te mato. Así nomás. Te mato. Me quedé un rato largo, parada, mirando la frase, imprenta mayúscula, aerosol rojo. Te mato: predicado, pensé, deformación profesional, resabio de saberes de otra época. Te mato: te: objeto directo: a vos. Mato: núcleo verbal. Sujeto tácito o elidido: yo. Fácil elidir un sujeto, pensé. Basta con no ponerlo, con matarlo. Una cosa es pensar esto y otra, bien distinta, dilucidar a quién va destinado el mensaje. La frase tenía un autor material que había empuñado el aerosol rojo para escribir. Tenía también un emisor, coincidente o no con el autor. Casi nunca coincidentes el autor y el narrador, me dije, ni aún en las autobiografías.

Ahí estaba esa frase del paredón, reforzada en el paratexto rojo de la pintura chorreante, una mera enunciación o promesa o amenaza de un acto de supresión de otro, inespecífico por el momento. Y estaba yo. Descabecé una de las baguettes crujientes que compro cada día, siempre con la misma excusa: para los chicos. Los chicos que al final nunca comen pan. Me lo termino comiendo todo yo. Y mientras la boca trituraba despacio, reflexioné sobre la enorme eficacia de una frase así, corta, chorreante, fraguada en la intimidad de la noche y expuesta victoriosa sobre el amanecer de una ochava de barrio. El destinatario podía ser cualquiera, podían ser todos, vos, él, incluso yo. Yo misma como otro yo opuesto a aquel, tácito, de la frase. Tan tácitos uno como otro pero diferentes, era el mío un yo de otro orden, un Yo objeto de esa enunciación y pasible de muerte. Mucho más eficaz, pensé y sigo pensando, tanto más eficaz como frase, el decir Te mato que decir Los mato a todos, que decir Miguel, te mato, que decir Te mato, Lorena. Mucho, pero mucho más que decir Te mato a piñas, Te mato a besos, Te mato sino me pasás la cuota

alimentaria, Te mato porque. Te mato. A vos y a vos y a vos y a cualquiera que lea. Por esto y por lo otro y por lo que cada uno siente que le debe a alguien, a la vida, a sí mismo. Y a cada uno que pase y lea, pum: *te mato*. Y cada uno, colectivo individual desgranado, solo en la soledad de su conciencia, haciendo cuentas, revisando el debe y el haber de su deuda con el mundo o con el cosmos, rastreando, rebuscando a quién, qué y desde cuándo, que pueda resultar, al fin y al cabo, en el mentado sujeto elidido que lo apunte tan asertivamente con su matanza. Y el lector, sólo, restregándose las manos en una secreta angustia, en la débil desesperación de pensarse aludido.

Miré para los costados, para atrás. En la calle no había nadie, sólo un vigilador durmiendo su mañana en la casilla de la esquina y su perro, tomando agua del cordón de la vereda. El sol se iba fortificando de a poco sobre los techos de las casas, poniendo a brillar el rocío sobre las tejas, y estiraba las sombras de los robles, de las encinas, sobre la vereda, quebrándolas contra la bajada del cordón en tres o cuatro partes, para después enterrarlas en los baches del asfalto. Levanté las bolsas que había dejado en el suelo. Miré la frase por última vez: Te mato, y seguí caminando, casi las diez, dios mío, cómo se va la mañana, pie derecho, pie izquierdo.

Con las migas del pan en la pechera del buzo, entré a casa, agotada. Recién cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, con un susto de muerte, la vi. Mónica, pensé. Pero no. Imposible confundirla, no era ella, sino yo. Yo misma la que me miraba tranquila, con mis ojos redondos y serenos sentada en el sillón del living. Me miraba y yo la miré a mi vez con los míos que a veces son como un periscopio, cuando me quedo así, tan quieta, la única parte de mí que se mueve registrando el entorno. Ella no se sorprendió, como es lógico, ni se sobresaltó. Compasión, tal vez, del susto de

muerte que me estaba provocando y también algo de vergüenza por encontrarme así, peor de lo que se hubiera imaginado. Te mato. Quién. A quién. Te mato. Cuándo. Por qué. Circunstanciales de lugar, de tiempo, de causa, que le faltaban a aquella frase bimembre que lo decía todo y no decía nada, una frase que se me quedó pegada como los kilos de los embarazos que todavía no puedo sacarme de encima. Y de yapa, ella, esperándome en mi living. Yo misma afuera de mí, yo, sujeto bien explicito, para nada elidido, y en la otra punta yo, genuflexa depositando las bolsas en el piso para que no se rompan los huevos, paralizada, sujeta bien fuerte a la cartera como única arma, boleadora, y dentro de la cartera algunos pesos y el documento de identidad, Lorena Filippis DNI dieciocho millones, casada, sujetando la identidad como podía parada frente a mí misma, instalada en mi living. Suyo también, el living, pero que yo siento mío y no de ella, de ella que lo tomó por asalto. ¿Mónica? dije, haciendo todavía un último intento. Negó apenas con la cabeza para hacerme saber lo que era tan cierto: Mónica, no: yo misma. Lorena.

En cuanto pude deshacerme del aire que se me había atorado en los pulmones y de una miga de pan atascada entre dos muelas, me enojé por su impertinencia:

Estas cosas no se hacen y menos sin aviso. Hasta el asesino de la vuelta, avisa. Y vos entrás así, como Pancho por mi casa.

Para ponerle más énfasis a la protesta tiré con fuerza la cartera en el sofá. Cayeron unas monedas al piso y cuando me agaché a recogerlas vi que, además, la turra tenía puestas mis botas nuevas. Las botas nuevas. No le alcanzó con haber agarrado la camisa de seda, ésa que me queda tan bien, que hace que los hombres me miren las tetas pero sobre todo que me miren las mujeres, no las tetas sino la seda, el fulgor dorado

de esa seda, con un dejo entre fascinación y envidia. Pero hubo algo que fue más allá de cualquier límite: lo verdaderamente imperdonable era que se hubiera bañado, literalmente bañado, en el *ange ou démon*, cuando me queda tan poquito y no hay forma, cerrada como está la importación, tan cerrada como la canilla por donde alguna vez entró dinero a esta casa, de comprarme un frasco nuevo. La maldita estaba preciosa y no pude menos que compararme conmigo misma, con la facha que tenía después de llevar los chicos al colegio, los cuarenta y cinco minutos de caminata recetada por la osteoporosis y a ver si bajo de una vez los kilos estos, y después el súper, el jogging flojo y el pelo atado de mala manera con un gancho sobre la nuca, ni siquiera una cola de caballo decente; la cara lavada, las manos nudosas, reseca por el frío.

Mis botas nuevas, la camisa de seda.

Me dolió reconocer que hubo una época en que yo me veía como ella todos los días. Otro tiempo antes de este, doméstico y amancebado.

Ella seguía ahí, me miraba en silencio, de una forma casi materna. No recuerdo que mi madre me haya mirado así nunca, y sin embargo es materna el único adjetivo que puedo usar. Ahora bien, vuelta a la deformación profesional: materna, acá, sintácticamente, ¿qué vendría a ser? Maternalmente sería, estoy segura, circunstancial de modo, pero materna, ¿cómo calificar esa palabra? Complemento ¿qué? Hay cosas, gestos, actitudes, en la vida, que no se pueden describir, sobre todo si no se tiene la vivencia directa, la memoria del cuerpo; menos todavía analizar. Pero quiero poner así, materna, no quiero escribir maternalmente, circunstancial de modo, no me gusta abusar de las palabras terminadas en mente.

Ella, entonces, materna, palmeaba en silencio el sofá y con eso me invitaba a sentarme. Me sirvió vino. Mi vino. Había

descorchado un *Rutini*, nada menos, la guacha. Me sulfuraba bastante esto de que me usara la pilcha que dejo para salir, para nunca; pero que encima me ofreciera mis propias cosas, esas que guardo para las visitas, que cada vez vienen menos; que me trate en mi propia casa como a una invitada, eso sí que no. Parece que me leyó la mente porque me dijo, sarcástica

Bienvenida.

Y yo supe, porque conozco la enorme cabeza que tengo, mi propensión a la verdad descarnada y a la charla profunda, que ésta no iba a ser una conversación fácil. No me hizo falta buscar los pañuelos de papel, ella ya los tenía preparados. Me sirvió vino. Se había propuesto joderme en toda la línea porque había abierto el bargueño y sacado, además, los copones de cristal alemán.

Las dos sabemos, me dijo refiriéndose al *Rutini*, que si no es así, es probable que este vino no hubieras llegado a descorcharlo nunca.

No pude sorprenderme de su lucidez porque es la mía propia pero me descolocó que semejante habilidad estuviera dirigida a mí misma, porque yo en general carezco de un otro que me propine esos crosses de derecha que a mi vez le doy a mis cercanos; crosses que por otra parte me hicieron, en otro tiempo, ganar una cierta fama en varios órdenes, primero profesional y también personal, propiciándome clientes, alumnos y amigos fidelísimos, aunque también algunos enemigos acérrimos.

¿Mucho tiempo más vas a seguir así? me preguntó

¿Seguir cómo? Me contesté, haciéndome bien la boluda.

Así.

Y me alcanzó, atenta y previsoramente, el pañuelo para contener las primeras lágrimas que en un segundo me iban a empezar a salir.

No sé por qué, le dije con una voz que sentí extraña, aguda, como un chorro a presión, Por qué me estás diciendo esto, acá, en mi casa, donde vivo con mi marido, con mis hijos. Es mi mundo, lo construí yo, para mí. Acá juego de local. Tengo mis amigos, tengo mis perros. Mi laptop. Acá no estoy de invitada. En todo caso la intrusa sos vos.

Ese es nuestro mayor don.

Me hablaba de modo tan complaciente que me dio ganas de rajarla a patadas.

Un don y una desgracia, como todos los dones. Y volviendo al punto: Sí, estás.

Estoy ¿Qué?

Ya sabés.

No, no sé.

Así.

¿Yo?

Era la hora de que se me cayeran, al oírme, dos lágrimas que me iban a llegar hasta la comisura de la boca. Vi con espanto que en su cara serena empezaba a trazarse un surco negro, seco, en el mismo, exacto, lugar por donde corrían en mi cara las lágrimas, dándole el aspecto de un payaso mal trazado. Coqueta, se arregló en seguida y volvió a quedar espléndida, como hace tanto tiempo que no me veo.

Me levanté del sillón, agarré las bolsas de la compra y las llevé a la cocina. Desde allí la miré. Seguía en el sofá tomando mi *Rutini* y jugueteando con el pie en el aire, podía ver la capellada de mi bota doblarse y estirarse a la altura de su tobillo. Volvió a palmear el almohadón. Volví al living con el control remoto del aire acondicionado: en esa parte de la casa de pronto hacía un frío tremendo. Apunté hacia el aparato como si fuera a disparar un revólver y dije Bang al tiempo que apretaba la tecla de encendido. Después le soplé la punta,

y me acomodé, con él, un sombrero de vaquero imaginario. Ella me miraba, sonriente. Bangbang, dijo, y sopló la punta de su dedo. Le guiñé un ojo y revoleé el control remoto antes de hacer que lo guardaba en la cartuchera de mi cinturón, como cuando jugábamos, Mónica y yo, y Claudio y Fernando, y el Colo. E Inesita y las hijas de la maestra y toda la barra de pibes, a los vaqueros, en las veredas de nuestra infancia.

No sé por dónde empezar, admití mientras me acomodaba debajo de la cortina de aire caliente. Me arreglé la remera adentro del pantalón de jogging. Me dio vergüenza que ella llegara a ver la mancha, ínfima pero mancha al fin, de lavandina en la pierna izquierda.

Ella terminó el vino de mi copa y yo acomodé mi colección de piedras. Agarré la rosa del desierto, pero la dejé, indecisa, por la geoda de amatista y la di varias vueltas en mis manos, embobándome con su iridiscencia. Se acercó a mí y me tomó de las manos.

Ya es hora, nena, dijo.

Me quedé mirando la piedra que ella había vuelto a poner en su lugar y pensé

Ya es hora. Ya: complemento circunstancial de tiempo; es: verbo intransitivo; hora: predicativo obligatorio. ¿Qué significa ese es, solo? ¿Qué es ser? Nada, si no viene adosado a alguna cosa que le dé sustancia.

Ella buscó en la cartera. La piba estaba usando la *Jackie Smith* negra que me regaló Laura para Navidad. Buscó y buscó y buscó. Sacó todo: mi billetera, el estuche de los cosméticos, y los anteojos; mi juego de llaves. A medida que lo sacaba, iba dejando todo sobre la mesa.

Menos bulto más claridad, se rió, y siguió revolviendo en mi cartera nueva y sacando cosas, clips de pelo, tickets de supermercado, monedas sueltas.

¡Ah!, acá está, dijo al fin y sacó una tarjeta un poco doblada; me la mostró con gesto triunfal.

¡Tará!, cantó.

Me quedé de brazos cruzados. No pregunté qué era, ni de quién, ni hice siquiera el ademán de agarrarla, así que la apoyó sobre la mesa ratona.

Creo se ofendió un poco, lo noté más que nada en el gesto brusco con que iba tirando billetera, anteojos, todo, otra vez al fondo de la *Jackie*. Nos quedamos un rato largo las dos calladas, mirándonos. Sacó del bolsillo un atado de *Marlboro* y me ofreció. ¡Hace tantos años que me prohíbo fumar! Doce, por lo menos, desde el embarazo de. Encendió uno y me lo pasó. No lo acepté: Quise encender el mío propio, agarré el atado y el encendedor. Ella me miró mientras daba la primera pitada, asentía, como acompañando mi gesto. El aroma del tabaco, la primera bocanada, el aire negro se abrió paso hasta los bronquios, haciéndoles casi daño, despabilándolos, como mis crosses a la mandíbula, tan dolorosos y tan necesarios. Tantos años sin fumar y este *Marlboro* fue la gloria misma y otra vez las ganas de llorar y ella agarrando pronto los carilina para proteger su maquillaje, sus ojos redondos, sus pestañas arqueadas y tratando de mantener la sonrisa que le arremanga la cara, haciendo fuerza. Terminamos el *Rutini* en un silencio merecido. Agarró de la mesa la tarjeta y me la puso en la mano.

Hace meses que está esperando que lo llames, dijo.

Terminala, la corté brusca. Te dije que no sé por dónde empezar.

Ella no contestó, ni se mosqueó por el tono de mi voz, ni siquiera me miró. Como si no me hubiera escuchado. En vez de eso, aplastó su cigarrillo contra el cenicero de cristal, volvió a agarrar mi cartera, metió la mano y sacó un sobre oficio

con tres o cuatro formularios para llenar. No hizo falta que dijera nada: vi el membrete rojo y negro en el ángulo superior izquierdo.

Vence en tres días, dijo. Y después la entrevista de admisión, pero eso es pan comido.

Puso los papeles sobre la mesa y encima la tarjeta.

¿Lapicera o birome? preguntó revolviendo el cajón de la mesita del teléfono. Esta anda, dijo y me dio una birome azul con el capuchón blanco todo masticado, señaló con el dedo la línea de puntos para llenar con mis datos: Acá, dijo. Pasó la hoja: y acá. Y pasó otra más: y acá y acá y acá. Y después firmás acá. Y claro, la entrevista. Pero eso va como por un tubo, ya te dije.

No.

¿No, qué?

Que ni pienso. Es una locura.

¿Qué cosa es una locura?

Todo es una locura, Lorena. Todo. ¿Y Darío? ¿Y los chicos?

¿Qué pasa con Darío, con los chicos?

Que no puedo. No puedo. Ellos me necesitan.

Ella agarró el porta retratos que estaba sobre la chimenea. Una foto del último verano, en Las Toninas donde estamos los cuatro. Yo, como siempre un poco más atrás que el resto, abrazando a los chicos que ya están casi tan altos como yo, por eso no se me ve el cuerpo. Trajo otra, en el Egreso de Jerónimo. Estoy parada atrás de mi hijo y de mi suegra. Se me ve la cara de alegría. El cuerpo no. Y en Aeroparque, despidiendo a Gabriel. También atrás del nene y su valija. Tampoco se me ve, casi. En ninguna de las fotos se me ve completa.

Miralos Lorena, dice, y señala el bigote que sombrea sobre el labrio de Gabriel. ¿Te necesitan?

¿Vos viste el programa? ¿La carga horaria? ¿Viste lo que es esta casa?

¿Qué decía mamá, nena? Echa a andar el carro, que los melones...

Recordé la frase y sonreí.

Ella también sonrió y me acercó los formularios.

Salí con esos papeles, casi grité. Te digo que no.

Tiró los formularios sobre la mesa, se puso de pie de un salto y se colgó mi cartera al hombro.

Hacé lo que te parezca, dijo, mosqueada. Ah, te aviso: tenés una salpicadura de lavandina, acá. Y otro acá, por si no lo habías visto. Y acá también. Apoyó el dedo en las manchas pero estoy segura de que lo hizo sólo para palparme el rollo de acá al costado, la grasa de mi pierna, hacerme notar lo caído que tengo el culo. Después se acomodó el cuello de mi camisa de seda y se pasó la mano por el pelo brillante, sedoso.

Mirá qué tarde se hizo, dijo con un tono de asombro de lo más falso.

Tardísimo, mentí yo también, no me iba a quedar atrás.

Nos miramos en un silencio mortal, enconadas. Las dos respirábamos trabajosamente, hacíamos un esfuerzo por mantener las formas, que la sangre no llegara al río.

Hora de ir saliendo ¿no? Preguntó mientras abría la puerta.

Frase rara para analizar: verbo: Ser. Elidido. La seguí. Atravesamos el jardincito de adelante y caminamos juntas hasta la reja. Las dos sacamos nuestros llaveros al mismo tiempo. Mi llave chocó con la de ella en la boca de la cerradura y a pesar del momento nos reímos.

¿Quién abre? Preguntó ella.

Dejá, contesté. Abro yo.

Me pareció que la última frase quedó ahí, reverberando en el silencio de la vereda. No pude menos que pensar: Abro: verbo transitivo. Sujeto explícito: yo.

Caminamos juntas unas cuadras, ya mediodía, el sol alto, transparente, en la puerta de un jardín de infantes las madres esperaban a los hijos. Oímos al pasar recetas de buñuelos, nombres de pediatras, precios de botines de fútbol. Atravesamos ese mar de madres y niñeras y abuelas y alguno que otro padre también, y seguimos hasta la parada del cincuenta y nueve. Íbamos hombro con hombro, sin hablar, nuestros pies acompasados pisaban baldosas simétricas, en un ritmo único. Pensé en el riesgo que corríamos de encontrarnos con algún conocido, de que nos vieran caminando juntas, y decidí que si alguien preguntaba le diría, sin mentirle, que tengo una hermana gemela que se llama Mónica.

En la parada del colectivo nos despedimos. Vi mis botas subir los tres peldaños, vi su mano cuidada acercando la tarjeta magnética al lector, vi a los hombres mirarle la camisa, las tetas que la camisa le marcaba. Se sentó cerca de la ventanilla, desde ahí me guiñó un ojo, en tono conciliador, y vi su boca moverse para decirme, aunque no la oyera, por el vidrio: te está esperando. Y después: tres días. Y a lo último: cagona.

Dijo algo más pero ya no alcancé a ver.

Mientras volvía caminando recordé que en el placard de mi cuarto, en el estante de arriba, detrás de las valijas estaba la caja de cartón violeta, y que adentro, en un tubo plástico, enrollado, mi diploma y la medalla de honor. *Tres días.* ¿Y si no estaba? ¿Si no estaba la caja? ¿Si se había perdido en la mudanza? *Tres días* Apuré el paso. *Te está esperando.* Pasé por la puerta del supermercado chino. *Hacé lo que te parezca.* Hacé: vos. Modo imperativo. Lo que te parezca: a vos. *Te está esperando.* Tendría que cortarme un poco el pelo, ¿qué se

haría ella para tenerlo tan sedoso, tan brillante? Quién sabe si la camisa de seda todavía me cerraba. Doblé la esquina. No me fijé si Te mato seguía todavía ahí, chorreando todo su rojo sobre el paredón de la ochava.

SOMBRAS CHINAS

La única resistencia que podemos ejercer es la de los recuerdos. Recostada sobre todas las almohadas, con este sol como de primavera entrando por la ventana, casi diría que me siento bien. Es todo suave en esta tarde de invierno, el golpe del pájaro el contra el vidrio, el paso del aire en los pulmones, el de los recuerdos, de la culpa. La mujer de al lado, por ejemplo, pasa las tardes con un recuerdo almidonado. A la hora de la siesta se gira hacia la pared del fondo, y cuchichea con esa hija suya. Charla y ríe con su hija enmoñada toda la tarde y mueve los brazos, y después a mí me quiere hacer creer que reza. Hay que darle tiempo, ya se le va a pasar. Yo la miro por esas sombras chinas que dibuja con los brazos contra el blanco de la pared; yo la miro y me divierto, qué se le va a hacer, es tan poco lo que puede divertirla a una acá, donde todo está destinado a durar, a lo fisiológico y lo vegetal, tan poco para divertirse, yo la miro y veo en la pared del fondo, a veces caballos resollantes, y otras veces muertos en sus trincheras y antes de ayer, incluso, me pareció ver a Sari y tal vez sea por eso que hoy veo gatos, y más gatos, gatos mansos, gatos erizados, gatos con nombre y sin nombre, gatos recién nacidos, gatos muertos, y recuerdo todo aquello que empezó sin que sepamos cómo, que empezó como empieza casi todo, por azar o por un descuido, alguien había dejado la leñera abierta y una gata cualquiera se había metido para tener cría, y entonces, ahora, de la noche a la mañana, Sari se había encontrado al ir a cambiarle el agua a los diamantes del jaulón, con un gatito

ciego, y hambriento, abandonado por aquella gata inmoral, gata desamorada y por eso mismo profundamente inmoral, en la leñera de la parrilla del fondo del patio. No habíamos tenido nunca gato en casa, bastaba ya con los perros viejos que habíamos sostenido hasta el final y los treinta diamantes que mamá había dejado en el jaulón, y papá, en ejercicio pleno de su potestad, me prohibió siquiera acercarme a la leñera, por aquello de la toxoplasmosis, la rabia, y creo que también la sarna, y todo el manual de infectología que para eso papá era un médico reputado. La toxoplasmosis te dejaba ciego, decía el nonno, que por algo había sido químico, y Sari en cambio, más doméstica y concreta, reforzaba la idea con la advertencia de que a los chicos desobedientes se les aparecía Añá de debajo de las camas a media noche y se los llevaba de las patas al infierno. La toxoplasmosis y la sarna y por si fuera poco Añá que te llevaba de las patas, así que, el gato, ni de cerca. Ni de cerca ver a ese gatito, pero sí imaginarlo como en las láminas de los libros ¿Cómo sería? Negro, todo negro. El pelo brillante y los ojos verdes y yo le pondría un collar y él me defendería como una pantera feroz, pero conmigo sería suave, el gatito, lo más suave del mundo, o un poco suave y un poco áspero como este aire que ahora me raspa apenas al entrar a los bronquios, este estertor cuando respiro que es casi un ronroneo. Lo primero fue la decepción, nada de negro, el pelo de un gris indefinido, deslucido, emparchado; me miraba con unos ojos perplejos y temerosos, pero pasado ese primer momento me dejé encantar por su tamaño, tan minúsculo y el aspecto tan desvalido, tan raquítrico que era de enternecer, así que metí la mano en la leñera con toda la intención de agarrarlo, pero él tiró un zarpazo, maulló de una forma ridículamente amenazadora y después, agotada su batería de armas, corrió a esconderse entre los leños. Feo, deslucido y arisco,

entonces, aquel gato, pero posiblemente domesticable, según Sari, a base de queso crema y picadillo. El gatito. Abandonado por la gata inmoral. El huérfano. El nonno, que antes había propuesto ahogarlo en un balde, ahora se ofrecía tirarlo en la vía del tren. Pero papá dijo que los gatos mantenían lejos a los ratones y cuando papá se pronunciaba sobre cualquier tema, el asunto se zanjaba en ese mismo momento, y el gato se quedó nomás. Sin nombre, eso sí, dijo. Ahora que baja la tarde, el sol suave que entraba por la ventana se va dejando desplazar por una luz sucia y alargada que se filtra entre las copas de los árboles; la mujer de la otra cama sigue hablando en voz baja con su hija primorosa. Alza apenas el brazo, lo estira y remeda una caricia. Dice Inesita. Inesita. Sin nombre, el gato, igual que los diamantes del jaulón. Incivilizado, siempre arisco, siempre ajeno. El huérfano. Ni siquiera un entonado. A medida de que anochece, estos flecos de sol que se abren paso como pueden entre las ramas de los árboles, a través de las cortinas pesadas, lamen, apenas, el aire, van perdiendo la capacidad de recortar las sombras del cuarto, de separarlas de la negrura en la que pronto se van a fundir completamente. Y con la negrura, se clausurarán los ruidos y los movimientos, el desfilar de tanto guardapolvo blanco y también, por hoy, la función de sombras chinas. Pero falta para eso, falta mucho, todavía tenemos que enfrentar el inevitable ritual de la comida. La orden férrea de papá era no alimentarlo, porque gato con guantes, pero Sari, en el, diría, único acto de rebeldía que le conocí, salía al patio cada tarde con una lata de paté en la mano, la golpeaba con la cuchara para alertar al gato, vaciaba la lata, y esperaba, inútilmente. Sólo cuando ella volvía a la cocina, él llegaba, sinuoso, vigilante, y comía rápido, en estado de alerta, como robando. Ya escucho los primeros ruidos, lejanos, en el pasillo; los primeros movimientos de una sinfonía que se

repite, idéntica, cada tarde. Son ellas, que vienen. Al principio son rumores mínimos, que pueden parecer casuales al oído no experimentado, cada tanto un tintineo, y después otro que se suma al anterior, que se enlazan y organizan, se preparan para atacarnos primero con el olor del pollo hervido, y en seguida el arreciar del frufú de los pies de las mucamas en uniformes celestes hollando apenas el flexiplas del piso y las voces y los golpes en las puertas y toda la munición gruesa, todo, comida, uniformes, jeringas, pastillas, chatas, sondas, formando una muralla sólida que se acerca, el ejército de la sanidad, armado hasta los dientes para la batalla de la cena, y en seguida cómo le va abuela, mientras corren las cortinas, qué buena moza se la ve, y levantan la cama, no sabe la comida rica que le prepararon hoy, y todas las mentiras repugnantes, necesarias, para soportar la vida acá, para resistir otro día más en este lugar, nosotras sin remedio, y ellas también sin remedio. Después es el turno de las enfermeras, al mando de la Caba que marca el paso: un ejército eficiente y blanco que avanza por los corredores, armadas con sus jeringas, con sus chatas y los termómetros tomando por asalto los cuartos, violándolos con su vitalidad falsa y sus uniformes almidonados y sus sonrisas pintadas, y otra vez buenas abuela, cómo le va abuela, abuela de quién, de qué, abuela tu abuela, y toda esa energía aséptica, profiláctica, y de nuevo las mucamas celestes, levantando colchones, sacudiendo sábanas revoleando caspas y seborreas, venteando su olor a orines, a antibióticos, cambiando pañales, denunciando hasta las más íntimas vergüenzas, aniquilándolas, porque no hay lugar para vergüenzas acá, hasta eso nos sacan, queda sólo el campo yermo de lo vegetal. Aquí llega, ya están acá, todo el ejército de voluntades, la hermandad del caldo de pollo con su himno de bandejas chocando, metal contra metal, contra el parante de los carritos. La sopa de pollo y el puré

aguachento y grisáceo, la sopa viscosa, primigenia, recocinada y el puré entristecido, y el jugo de ciruelas, porque todo en este lugar es funcional y recetado. Si la vieras a la estúpida de la mujer de al lado, deja de hablar con la hija y se endereza casi contenta, ordena y aplana las sábanas con la palma de la mano y recibe su bandeja, agradecida como una huérfana, ya se le va a pasar, ya se le va a pasar, le doy una semana, no más. Todo útil y terapéutico y fisiológico, acá. También el puré. También el jugo de ciruela. Y todo bendecido, ungido, por la compota de manzanas, como una hostia, como el cuerpo de Cristo. Pero a quién puede gustarle la compota de manzana. Cómo olvidarlo. A ella le gustaba. A ella sí. A la amiga de papá le encantaba. La amiga de papá, que cada vez venía más seguido, tan bien sentada, ella, tan compuesta en el sillón verde de pana, en medio del living como un adorno, siempre sonriente. A lo último había empezado a venir también a tomar el té entre semana, casi día por medio. A ella sí, a ella le encantaba la compota de manzana. Nunca la llamé por su nombre, nunca. Pisístrata le decíamos en secreto con Sari. Aunque Sari le decía Pistrita y se reía con su boca abierta y los ojos de lago, sin terminar de entender lo que yo tampoco podía explicarle, porque tampoco yo sabía lo que significaba aquella palabra, pero que era sonora como un insulto y que más de una vez se la había escuchado decir a mamá. Pisístrata, entonces, de un día para otro instalada en el sillón del living, con su sombrerito redondo y el sempiterno collar de perlas, y aquel gato de Java, una bola suave, tan blanca y tibia, siempre en el brazo izquierdo, y la boquilla en la mano derecha, y la sonrisa dura, tan roja, clavada en la cara, la boca aquella tan carnosa, tan roja y tan húmeda pero tan dura, y su voz perfecta, modulada y perfecta y dura, y cada dos minutos su lengua rosada, su pequeña lengua rosada repasándose los dientes para que no se le

mancharan de todo aquel rojo. La pequeña lengua rosa, ella, en su boca, y la pequeña lengua rosa, su gato, en las patas. Una y otra vez. Y otra vez. Y yo nunca la llamé por su nombre. Nunca. Y una tarde le dije corista, que también lo había escuchado alguna vez, y papá me dio un sopapo, y la prohibición de retirarme de la mesa, la obligación de permanecer con el sopapo puesto y el cuarto oscilante como un mal de mar, y la voz de ella modulando aquella palabra: coreuta. Coreuta, querida, coreuta, dijo a través del sopapo, con su sonrisa roja, y se sirvió otro poco de té y miró por la ventana mientras volvía a acariciar a su gato todo blanco. Y reía. Y papá reía, también, por todo y todo el tiempo, olvidado del humo y de que era doctor, olvidado por completo de la toxoplasmosis y de la ceguera, de la tuberculosis y de la sarna y olvidado sobre todo de mamá. Reía con la coreuta y jugaba con Alphonse. Porque ese gato tenía nombre, ese gato sí tenía nombre: Alphonse. La mujer de la cama de al lado sorbe la sopa con ruido y con fe. La sopa, esa mezcla de comida y remedio. La sopa ruidosa, con fe. Traga después el puré religioso. La redención de todo mal por obra y gracia del puré y la compota. Es una creyente y se entrega a la liturgia del alimento. Hay que darle tiempo. Yo le doy una semana, no más, para que empiece a flaquear su devoción, a devolver la bandeja como vino, y a organizar, como casi todas, un tráfico clandestino de galletitas desmigajadas, facturas aplastadas y tartas de zapallitos, que algún familiar trae de regalo alguna tarde, entonces sí va a dar gusto verla roer con las encías lisas las facturas viejas, las galletas de agua, rápido, antes de que venga la caba, como robando, juntando la migas con miedo, siempre en falta, como el gato, que no bajaba así como así del techo, Sari decía que qué dulzura se podía esperar de un gato como ese, abandonado a su suerte, sin ni siquiera un nombre. Alphonse en cambio, hay que ver

cómo comía, como la mujer acá al lado, comía, con deleite, con parsimonia, sobre la mesada de la cocina. Debe haber sido el calor de diciembre, pienso yo. Un calor de infierno como este que ahora sale del radiador de al lado de mi cama. Sí, debe haber sido el calor tremendo y Sari entonces debe haber dejado la ventana de la cocina abierta. Eso, y que Alphonse se debería sentir, ya, tan dueño de casa. Yo estaba sentada en el silloncito del patio, vi las piernas de Sari que caminaban hasta el fondo y vi el ruedo de su pollera levantarse cuando ella se agachó dejando al aire sus piernas gordas, llenas de nudos, y vi sus manos gruesas, puro cuero, vaciar la comida del gato en la lata, golpear la cuchara contra el borde. Su boca no la vi, tapada por el pelo que le caía sobre la cara, pero se debe haber abierto apenas para decir como cada día gato, gato. Vi al gato en el techo de la parrilla y vi la bola blanca que era Alphonse salir por la ventana, lo vi caminar satisfecho, orondo, y pasar con toda su pompa, una pata delante de la otra, una pata delante de la otra, la cola en alto, no como la del gato, que era una advertencia, un arma, sino de otro modo, esa cola era puro gozo, una lujuria. Vi a nuestro gato expectante en el borde del techo de la parrilla, lo vi mirar a Alphonse que se acercaba a su plato, lo vi examinarlo con su cara de piedra, estudiar la forma en que Alphonse bajaba el morro, olía la pasta suave, nauseabunda, del pescado, lo sentí atento al vibrato en el pecho de Alphonse, seguir con atención cada suave lengüetazo que Alphonse daba al paté con pequeños maullidos de satisfacción, moviendo la cola, un retorcerse voluptuoso y plácido. Y vi mis piernas dar un salto, llegar hasta Alphonse, y vi mis manos agarrar esa cola, y me vi dar una vuelta, dos, en redondo, un pie al lado de otro, muy juntas las rodillas, envarado el cuerpo, las dos manos apretando fuerte aquella cola blanca, yo giraba como un trompo con un brazo

extendido, Alphonse como una prolongación de mi brazo, y otra vuelta más, Alphonse que maullaba y no había nadie para socorrerlo, *tomá*, pensaba para mí, y una vuelta más, más rápido, más alto, se retorció Alphonse en la punta de mi mano, *para que aprendas*, volvía a pensar y giraba y giraba y frente a mis ojos pasaban como en continuo, Sari, la parrilla, el gato, la puerta del patio y otra vez Sari y siempre Alphonse agarrado de la cola, como una mira, como una bala, *para que aprendas a no*; Alphonse me clavó las uñas, abrí la mano y lo solté como si quemara y fue a dar con toda aquella fuerza contra la pared del fondo, la cabeza hizo un ruido hueco al golpear contra el ladrillo, un ruido hueco con un reverbero raro, y después, después de un tiempo que me pareció mucho más largo de lo que esperaba, cayó contra las baldosas haciendo otro sonido, inolvidable, mezcla de trapos mojados y ramas secas. Me llevé la mano a la boca, y me vine al suelo, caí muy cerca de Alphonse, nuestras cabezas casi juntas. Todo me daba vueltas. Vomité. Miré hacia el techo de la parrilla, nuestro gato había desaparecido y Alphonse seguía ahí tirado, tan cerca, sin moverse, sólo una burbuja sanguinolenta se le inflaba, se le desinflaba, en el morro cada vez que respiraba, tenía los ojos cerrados, un diente le asomaba torcido, como un cuerno. Ya nos ganó de nuevo la noche, la ventana ahora es un cuadrado negro que no puede ofrecernos nada. y acá dentro nos esperan las horas inacabables de la gotera insistiendo en algún lado, el golpeteo delicado de un insecto en el zócalo; lejana, en alguna parte, la risa ahogada de una nochera, un timbre urgente en algún cuarto, cada tanto, para lo inevitable, y los sonidos del cuerpo, el rechinar de las camas, cada tanto una queja, un suspiro, algún bisbiseo, alguien que reza, *ora pro nobis*, la ventana un cuadrado negro y las luces del pasillo que terminan de apagarse para que la hija almidonada, Sari,

Alphonse, y todo aquello se vaya fundiendo, irremediable, en la negrura de otras sombras.

MOEBIUS

Si yo tuviera mis piernas, ahí sí te quiero ver; si tuviera mis piernas de antes la cosa sería distinta: cualquier día iba a estar tirado yo acá, meándome encima porque la Lucía no me lleva al aseo y el mocoso de la Lucía, como buen hijo de puta, para lo único que sirve es para joder; al menos éste todavía no se le fue, no como la Patricia que vaya a saber por dónde anda, dicen que cruzó la frontera, que hay que ser tonta para cruzar la frontera a los catorce, pero bueno, tonta siempre fue y tan puta como la madre, puta y tonta, encima, porque la madre por lo menos, cobra; pero, ah, si yo fuera el de antes, la Lucía no se pasearía todo el día con las tetas al aire, buscando clientes, caminando adelante, atrás, mirando a los tipos así como los mira que es casi un ruego, ofreciéndose para que la gocen por dos pesos, todos los de acá del pueblo en mi propia cama y se cagan de risa del viejo podrido que soy, se gozan a la Lucía en mi propia cama y es lo mismo que me estuvieran gozando a mí, y ya van dos veces que le digo hoy al Juancito que me estoy meando encima y se hace el sordo el muy hijo de puta, y cada tanto le tira un pedrazo al Lobo, que está más viejo que yo, a duras penas se mueve, y que si le llega a errar me parte la crisma, y para mí que el mierda lo hace a propósito, porque sabe que no puedo moverme, así como estoy con medio cuerpo podrido, que cuando veo caer la piedra me cago todo y lo único que me queda es rajarle una maldición al chico, que igual, le resbala, como si hablara otro idioma, y corre, y a mí me vienen ganas de llorar y se me caen los mocos,

y más vale que le va a resbalar la maldición si es chico, no sabe lo que es estar así, muerto en vida, qué va a saber el pibe lo que es la muerte y tampoco lo que es la vida, sólo sabe del polvo de este pueblo perdido, y de hambre, y del olor de los tipos que se revuelcan en mi catre con la madre; ahí viene otra vez la piedra y yo me cago todo y lo puteo y él se queda quieto, viendo si le pega al perro o le erra y le da al viejo podrido, en este banco todo el día al sol y a la sombra, con olor a meo, que no puedo ni espantar las moscas que me vienen a caminar por las llagas y él, atento, viendo volar la piedra, y para mí que debe apostar para adentro si me pega o le erra y debe decir: pucha, yo creí que esta vez sí, que esta vez le rajaba el mate al viejo, que ahora está ahí dando lástima pero bien que era un reverendo hijo de puta cuando estaba sano, que me cagaba a palos si no limpiaba la casa, bien que me molía a leñadas cuando a la noche no traía nada; como si las billeteras, como si los viajantes, los borrachos, como si los clientes para la mamá llovieran de los árboles en este pueblucho; Pago Seco, le pusieron; Pago Seco; y sí, qué otro nombre ponerle a esto y la mamá, que si consigue un tipo me hace dormir afuera y si no consigue nada me tiene con las tripas vacías, y encima ahora, desde que llegó el gringo no tiene ojos para ningún otro tipo y casi que no trabaja y corremos la coneja que da gusto y digo yo si no es mejor el sargento Cernadas que el gringo este, más vale que el sargento es gordo y grasiento y tiene el ojo virocho, pero paga aunque paga poco y mientras culea con la mamá, yo me pruebo sus botas, y después deja la plata, me palmea la cabeza, me saca las botas de las manos y dice Juancito, algún día vas a ser colimba como yo y vas a tener las tuyas propias; dice eso pero yo sé que piensa otra cosa, yo sé que piensa: un pobre indio este Juancito, tarde o temprano me va a caer preso; ahora porque es pichón y corre

como el demonio y con el calor que hace no hay quien quiera seguirlo dos cuadras por una billetera mugrienta o un par de anteojos, pero en un tiempito nomás, oíme Lucía, es cosa de poco tiempo, que el Juan empieza con la tranca y ahí sí, cae; ahí sí, te digo, que cae como caen todos, borrachos, o drogados, reventado a palos por el yanqui al que le afanaron unos dólares, o cagando sangre de la culeada que se dejaron pegar por una línea de coca, por una jeringa; o peor, aparecen fríos, verdes, en el fondo de alguna acequia, oíme Lucía, escuchame, que yo sé lo que te digo, es cosa de un tiempo nomás que al Juancito se le acaba la buena suerte; así le digo yo, pero la Lucía ni bola, se tira en la catrera, abre las piernas y mientras yo me la monto, ella silba y mira el techo, y cuando le acabo se lava enseguida y me fuma un cigarrillo, o se queda con dos o tres o todo el paquete y se viste de nuevo para volver a salir, Lucía, le digo, vas a salir otra vez a trabajar a esta hora y ella me mira y no dice nada, en general no dice nada, a veces dice, oíme Cernadas, las cosas como son, media hora, y te vas; no te me vengas a hacer el padre que ya tengo uno, ahí afuera, no me vengas a hacer el marido que yo marido ya tuve y bien muerto que está, y con vos me las entiendo porque mucho no queda: el gringo que en siete meses no me dio nunca la hora, y alguno que otro viajante, de los que quieren cosas raras, pero pagan bien; y ojalá me diera algo de calce el gringo pero nada, siempre ahí, en la ventana del hotel, fuma y mira, fuma y mira, y cada tanto lo llama al Juancito para que le haga algún mandado, y sigue ahí, guardado, ese tiene algo con la ley, y para mí que los que llegaron hoy tienen algo con él, algo les debe, porque éstos no vinieron ni a ver a la virgen ni buscando putas ni a jugar en el casino; andan dando vueltas desde la mañana como perro en celo; perro en celo, ojalá perro en celo, que mis buenos mangos me haría yo, sólo de ver los relojes que

traen, las cadenas de oro; estos tipos me huelen mal y el gringo que no aparece en la ventana desde el mediodía y mirá las cadenas que tiene aquel que habla con el viejo, con esa pinta de macró que se cae, y bien que el Juancito se daría maña para sacarle la cadena o al menos dos billetes de la cartera si me lo consiguiera llevar a la pieza, pero qué va, éstos no vienen a eso, andan oliendo el aire como carroñeros, pero bien que el Juancito les sacaría algo, claro que después yo tendría que correrlo medio día para que largue el bulto, o cocinarle arroz con leche o guiso de lentejas, y entonces sí, después del arroz con leche y un poco de upa, que el grandulón todavía quiere cada tanto que le haga upa y con eso le saco cualquier cosa, se ablanda, si es un pibito, no tiene ni ocho todavía, es un pibito, tierno, no como dice Cernadas, es un pibito, yo a mi hijo lo conozco, se me sube a upa y me toca el pelo y me pregunta ¿vos me querés mamá?, ¿me querés?, mirá lo que conseguí, se lo saqué al blanco que vino en el sedán a la mañana, le preguntó al abuelo por un tal Estíven, que para mí que es el nombre del gringo, y el abuelo le contestó algo, viste cómo habla, que no se le entiende nada, y levantó la mano y señaló la habitación allá enfrente, quién sabe por qué, no creo que ni le haya ni escuchado la pregunta al blanco, pero viste al abuelo, que se la pasa todo el día sentado ahí como una planta con los ojos clavados en la ventana del gringo, como te digo: bajó el tipo del sedán y el Lobo se le vino encima y el coso ese le metió una patada en el costado, y el abuelo dijo dos o tres pavadas de las que él dice desde que quedó tullido y señaló la ventana; el tipo cruzó la plaza y entró al hotel, y yo me fui por la parte de atrás, porque ahí iba a pasar algo gordo, que por algo el gringo me había mandado a traerle la otra noche un bulto que estaba escondido en la iglesia, atrás de la eucaristía, dos pesos, mamá, me dio, y me dijo que si se lo llevaba sin abrir, me daba tres

más; ahí iba a pasar algo gordo, si hoy no me encargó ningún mandado, ni cigarrillos me mandó comprarle, pero yo sé que estaba ahí, atrás de la persiana cerrada, yo sé, estaba ahí. Iba a pasar algo, y no me equivoqué, mamá: entré por el patio de atrás y cuando la Polaca se fue al baño, me metí por la cocina, salté la ventanita del lavadero y me llegué hasta la pieza del gringo; lo vi tirado en la cama, de bruces; al principio pensé que dormía pero estaba tan quieto que me dio susto, me acerqué y lo zamarreé y estaba frío, pesado; le pegué un grito a la Polaca y lo dimos vuelta entre los dos, y ahí vimos que no era el gringo, que era el blanco: tenía un balazo en la frente y la camisa llena de sangre; del gringo ni noticias y en eso entró Cernadas y me hizo sacar, sacámelo al chico, Polaca, llévaselo a la Lucía, que me trajera con vos, y ya no me dejaron ver nada; lo que sí, mamá, yo me apuré, que el tipo tenía bastantes billetes en la cartera, y el reloj este que parece bueno, mirá mamá, y también tenía esta cadena al cuello. Mirá cómo brilla, ¿ves mamá?, ¿ves?, no es como dice el abuelo, el mocoso de la Lucía, como buen hijo de puta, para lo único que sirve es para joder, y yo, acá, meandome encima, porque la Lucía no me lleva al baño y el chico de la Lucía tampoco y eso que ya le dije dos veces, al mierda, que me estoy meando, pero, ah, si yo tuviera mis piernas, cualquier día me iban a ver acá tirado; si fuera el de antes, ahí sí te quiero ver; la cosa sería distinta.

CÁMARA
GESELL

La enfermera Griselda Figueras vuelve a repasar los instructivos frente a los dieciocho Aspirantes a El Puesto. Lee en voz alta cada uno de los ítems, marcando con énfasis las sibilantes y fricativas, en una sobrecompensación forzada, una imitación casi perfecta de la tonada capitalina, siempre atenta, Griselda, a disimular su origen provinciano, sobre todo ante desconocidos. Lee entonces los ítems y deja perfectamente en claro que los Aspirantes a El Puesto que están en libertad, así dice, y pronuncia la palabra libertad en voz algo más alta y más aguda, cargándola, a su pesar, de una cierta emoción; están, entonces, los aspirantes en total libertad de solicitar la suspensión del Procedimiento cuando lo consideren necesario y a su solo criterio y para eso bastará con pulsar un botón que se les va adjudicar. Una vez aclarado esto último con particular detalle, que se encuentran en libertad de solicitar la suspensión del Procedimiento, a su solo criterio y cuando lo consideren necesario, distribuye los contratos de consentimiento informado, y cada uno de los Aspirantes a El Puesto firma al pie del formulario, luego de lo cual se da inicio formal al Procedimiento. Ignacio Belancich, el Ingeniero a Cargo del Procedimiento, coloca sobre la cabeza de cada aspirante una vincha con electrodos, a través de la cual se monitorearán las funciones corticales superiores, después de él, Griselda aplica con buena mano, decidida, una aguja butterfly debajo de la piel de cada antebrazo, perfora de modo seguro la piel, alcanza la vena y deja la aguja que quedará instalada durante todo

El Procedimiento para extracciones periódicas de sangre, a fin de evaluar y controlar los niveles de cortisona y serotonina, Belancich en tanto, recorre la fila de Aspirantes, revisa, chequea los cables, los electrodos, los transductores, y le adjudica a cada uno de los Participantes una perilla con un botón rojo, hecho lo cual las luces del recinto se apagan por completo. Los Participantes se miran entre sí, sus cabezas coronadas por las vinchas del electroencefalograma, sus rostros iluminados por el tenue resplandor que proviene del otro lado del vidrio de la Cámara Gesell. Así, delineados los contornos por la luz mortecina que atraviesa el muro vidriado, los rostros adquieren unas connotaciones monstruosas que no tenían hace apenas un momento. O tal vez, piensa la enfermera Griselda, las connotaciones monstruosas sean dadas por el gesto decidido de cada uno de los Participantes a resistir hasta el final, a vencer por El Puesto. Cuando los ojos de todos se acostumbran a la penumbra, los Participantes pueden reconocer del otro lado del vidrio unidireccional, los muebles baratos de un cuarto de hotel. Una cama, la mesa de luz, una araña de falsos caireles. Todo remite a una Buenos Aires decimonónica y afrancesada. Griselda piensa que esa reminiscencia no es casual y que es uno de los elementos pensados por el Ingeniero del Proyecto, Ignacio Belancich, que más tallan en el diseño del estímulo, para mayor amplitud de respuesta. En medio de esa escenografía, se distingue sobre la cama un bulto alargado que permite intuir la presencia de alguien que duerme, pero su quietud es tal que nadie puede darlo por seguro todavía. Los Participantes saben sólo una cosa con total seguridad, que tienen total libertad, la sola palabra los desconcierta, de suspender, no abandonar, suspender, El Procedimiento a su solo juicio, pero no saben a ciencia cierta en qué consiste el tal Procedimiento ni qué se espera de ellos. Sí

saben que el vencedor será nombrado para El Puesto, aunque no saben tampoco cuánto durará El Procedimiento, en qué consiste vencer y, lo más preocupante para todos, aunque ninguno vaya jamás a confesarlo, es que tampoco saben qué pasará con los vencidos, aunque lo intuyen. Ignacio Belancich pronuncia unas palabras que ningún Participante alcanza a escuchar y Griselda ríe por lo bajo y su cuerpo se agita debajo del uniforme. Belancich aprieta un botón, baja una palanca y algo comienza a transformarse en el cuarto contiguo. Es una transformación tan sutil que nadie percibe, al principio, qué es. Sólo un crujido y un filo de polvo que cae del techo y por un instante, silencio y calma. Los Participantes se miran con disimulo entre sí, temerosos de no haber percibido algo que otro tal vez sí haya notado, desconcertados frente a lo que se espera de ellos y lo que vendrá. Las especulaciones se interrumpen por otro crujido y el cuadro, una imitación de Gauguin, cae al piso, despertando con el ruido de vidrios rotos, a la mujer, ahora pueden ver claramente que se trata de una mujer, que duerme sobre la cama. La mujer se despierta sobresaltada y se sienta en la cama. Su pecho sube y baja agitado y ella estira la mano para encender el velador. Es una anciana, los Participantes pueden ver ahora con claridad que es una anciana, edad estimada setenta y cinco, obesa. Algún Participante nota la falta de tres o cuatro piezas dentales en la arcada superior, otro, la dificultad de movimiento de los dedos de la mano derecha, anquilosados por la artrosis. La anciana lleva su blanco hacia atrás de las orejas y se frota los ojos legañosos. Mira a su alrededor, tratando de comprender lo que pasa, el tintineo de los caireles la hace fijar la vista en la lámpara de centro, imitación Luis XV, que se mueve como si hubiera un terremoto. Pero en la llanura no hay terremotos, lo cual aumenta la confusión de la mujer que saca sus piernas por el

costado de la cama, y en un acto automático y cotidiano aun se hace tiempo para enfundar sus pies en las chinelas de peluche rosado y se cubre con el deshabillé, otro crujido, y una enorme porción de cielo raso cae como un peso muerto sobre la cama, haciendo rechinar los resortes, exactamente en el sector del colchón donde la anciana dormía hasta hace un momento. La vieja ahoga un grito y corre a la puerta, pero por más que se esfuerza no consigue abrirla, tira y tira del picaporte hasta quedarse con la perilla en la mano. Ahora tiembla y se frota los brazos y llora en silencio. Los Participantes se miran entre sí, cada uno tratando de dilucidar qué es lo que piensa el otro, qué es lo que deberían estar pensando, qué deberían hacer, estar haciendo, la enfermera Griselda imprime cintas de electroencefalogramas y extrae la primera muestra de sangre y rotula las probetas de dos centímetros con el número del Participante, y una leyenda, muestra 1. Belancich da comienzo al segundo paso, oprime otro botón y el cielo raso comienza a descender sobre la cabeza de la anciana que, recostada contra la puerta para recuperar el aliento, mira ese movimiento sin comprenderlo del todo. De pronto su boca desdentada se abre como un pozo y los Participantes la oyen gritar un dios mío mientras se persigna. La anciana corre a la ventana, intenta abrirla y luego de verificar que está soldada, rompe un vidrio con su puño, la sangre corre, generosa por su antebrazo. Del otro lado del vidrio asoma una pared ciega, de la cual cuelga un paisaje de ciudad. La vieja arranca la tela con el paisaje y golpea la pared de ladrillo compacto, el cielo raso continúa su descenso llevándose por delante la campanilla del timbre, las molduras de yeso que caen y se destrozan contra el piso de roble espina de pescado, la vieja golpea y pide ayuda, por favor, ayuda, por el amor de dios, y a cada golpe la sangre de sus brazos salpica hacia todas partes, algunas gotas caen

sobre la pared espejada que hace de límite con la Cámara Gesell, alguno da un paso hacia atrás, dice algo en voz baja, pero Catorce se lamenta por la pérdida de visual debido a la mancha de sangre en el vidrio. La vieja, con el paisaje en la mano, comprende el engaño y da vuelta sobre sí misma, tiene los ojos abiertos como platos y se lleva una mano agarrotada a la boca, el cielo raso continúa bajando y la golpea en la cabeza. La mujer va en cuclillas hasta la pared espejada y la golpea. Los Participantes tienen ahora una visión directa de la cara de la anciana, ven esa lengua cómo se abre paso entre las mandíbulas sin dientes para decir, ayuda, por favor ayuda, estoy atrapada, alguien que me ayude, por el amor de dios, y cada Participante, desde donde está parado, tiene la ilusión de que le habla a él, a cada uno, directo a los ojos. Griselda observa los electroencefalogramas, toma otra muestra de sangre y rotula: muestra dos. Tres, Quince y Seis han comenzado a presentar síntomas corticoadrenales, les sudan las palmas y tienen palpitaciones. Ocho, Once, Nueve, Dos, Siete y Cuatro presentan palpitaciones, sudoración intensa y aumento de la segregación gástrica. Tres, Siete, Cinco y Trece, además, han comenzado con flatulencia y síntomas extrapiramidales. Ninguno ha apretado el botón todavía. Belancich baja otra palanca y ahora la pared del fondo comienza a acercarse, aplastando las plantas que decoran el rincón y clavando la poltrona provenzal contra la cómoda hasta que el tapizado revienta y salen disparados los elásticos del relleno. El cielo raso continúa su descenso, hace presión sobre la cama, rompiendo la cabecera y una de las patas, Tres oprime, indeciso, el botón. Luego, al ver que los otros continúan atentos a la imagen, parece que se arrepintiera, pero ya es tarde, la vincha con electrodos ha dejado de transmitir en el acto, la enfermera Griselda se apresura y le retira los cables y la butterfly del

brazo y le ordena que salga en sumo silencio por el corredor del fondo. Tres se retira de la sala por el corredor que nadie sabe a dónde comunica. El resto se mira con recelo y con temor, alguno siente el sacudón de un escalofrío correrle por la espalda; toman aire, tragan duro, se preparan para seguir. Varios de ellos han elegido pensar en otra cosa, Uno se repite la tabla del nueve, Doce realiza un dibujo mental del plano de una casa que supo visitar en la infancia, Ocho trata de recuperar el recuerdo de su amante mientras lo masturba. Del otro lado del vidrio el cielo raso continúa su descenso y el elástico de la cama cae sobre el cuerpo de la anciana que buscó allí abajo un inútil refugio y que desde donde grita, sigue gritando hasta el final, por favor, por favor. Por favor. Con el último por favor, agónico y débil, Cuatro, Dos, Nueve y Once, Seis y Ocho, oprimen el botón casi al mismo tiempo y Cinco, se saca, por sus propios medios, la vincha, se inclina en un rincón y vomita. Mientras se limpia, avergonzado, la boca, extiende la vincha a Griselda y arroja el botón al piso. Es el único que sale por esa puerta con aire ofendido, los demás rehúyen la mirada de la enfermera, y se miran entre ellos con la solidaridad mediocre de los vencidos. Salen por el corredor, amuchados como colegiales, dispuestos a enfrentar lo que sea que se halle del otro lado del corredor. El resto de los Participantes da signos claros de estrés y fatiga, todos, salvo Catorce, que permanece incólume, su trazado electroencefalográfico es impecable, no presenta síntomas de alteración hormonal ni reacciones vagales. Igor sospecha de alguna estrategia de evasión psicológica, se acerca a Catorce y le solicita que narre lo que ve. Catorce entonces achica aún más sus ojos, se inclina para lograr una mejor perspectiva de lo que está pasando y describe con voz fría y eficiente, cómo el cielo raso oprime el elástico de la cama contra el cráneo de la anciana, describe el

largo, angustioso grito a ras de piso y los crujidos que, él deduce, pueden deberse a maderas que se quiebran pero también han de incluir el de los huesos largos al quebrarse. Transmite las palabras que pronuncia la vieja y una antigua canción de cuna, en francés, que la vieja debe estar confundiendo con un rezo, luego informa del silencio súbito, y describe, grosso modo, la cantidad y el aspecto del líquido oscuro que comienza a fluir desde la pequeña luz que ha quedado debajo de la cama. Habla con calma y con precisión matemática, su electroencefalograma muestra sólo un aumento de actividad en las zonas del lenguaje y frontales, nada en el tálamo ni en el parietal. La enfermera Griselda informa que no se evidencia aumento de palpitaciones ni síntomas de estrés alguno. Pasadas las tres horas, treinta y cinco minutos, el Ingeniero Belanchich da por terminado el Procedimiento. Se encienden las luces, sólo Once, Dieciséis y Uno, además de Catorce han llegado hasta el final, aunque salvo Catorce, los demás se encuentran exhaustos, dos de ellos lloran en silencio, uno se está comiendo las uñas y el otro presenta una enorme mancha en su pantalón, ha perdido el control de esfínteres. Se les solicita a estos participantes que se retiren, aunque por una puerta lateral, no por el corredor del fondo. Los tres suspiran aliviados, aunque saben que nada es seguro, no saben qué los esperaba en el corredor oscuro y tampoco qué los espera detrás de esa puerta. Tampoco saben si haber llegado hasta el final es bueno o es malo ni si lo que acaban de presenciar no es, en verdad, más que una puesta en escena. Belanchich le dice a Catorce que permanezca en la sala, se encienden las luces del cuarto contiguo, Catorce ve a los dos operarios que entran al cuarto y retiran el cadáver. Uno de ellos pisa mal, tropieza y el cuerpo se le cae de los brazos, su cabeza aplastada cae y rebota dos veces contra el piso haciendo un ruido hueco

y sordo y salpicando el vidrio espejado de sangre y sustancia gris. El Ingeniero Belancich y le enfermera Griselda Figueras ocultan la ventana de la Cámara con un cortinado y le informan a Catorce que se presente al día siguiente a las ocho en punto en la oficina de Recursos Humanos para la firma del contrato, ha sido seleccionado para El Puesto.

MALDITA

¡Se lo van a gastar en remedios! Mamá lanzó la maldición al aire, sin saber dónde poner los ojos en todo ese revoltijo de trapos y vajilla rota. Las cosas que faltaban, la tele, la radio, la carabina del nonno que colgaba de adorno sobre la chimenea, dejaban un hueco en la casa, una ausencia sólida en medio de todo ese desastre. Parada sobre el basural que eran ahora nuestras cosas, vi a Paulina restregarse las manos y hacer algo con los ojos, como un pestañeo cuando mamá volvió a lanzar la maldición, esta vez en voz muy baja pero que en el silencio retumbó como un trueno: se lo van a gastar en remedios.

Habían puesto la ganzúa, decía indignada mamá, en el lugar exacto, en la ventana justa. Era claro, dijo, que conocían la casa, que “sabían”. Mamá tenía esa inteligencia tan suya, que ella llamaba “ojo clínico”, que para ser una buena médica, decía ella, lo que más importaba, más que los libros, más que todo lo estudiado, era eso, el “ojo clínico”. Y ella, con su famoso ojo clínico, en dos minutos ya se había dado cuenta cómo habían entrado, qué faltaba, y por dónde habían salido. Incluso arriesgó más: tres, dijo que habían sido. Después cambió de idea. Dos. Habían sido dos. Le brilló el odio en la mirada y mientras levantaba un pedazo de loza de la jofaina que había sido de su nonna, volví a oír la maldición: se lo van a gastar en remedios, y se besó la punta de dos dedos puestos en cruz. Paulina se santiguó. Después agarró la escoba y empezó a barrer en silencio.

Mi madre no quiso conservar nada que hubieran tocado los chorros, que le daba asco, repetía, asco de tocar siquiera lo que ellos hubieran tocado. Se lo ofreció todo a Paulina, pero ella no aceptó ni las sábanas, ni las toallas, ni nada. Mamá le insistió varias veces, aprovechó usted, le va a venir bien, Paulina, le decía, y Paulina que no, que no quería, y que no, así que al final mamá hizo un atado enorme, manteles, cortinas, cubrecamas, y después de comer lo llevó para la iglesia. Yo aproveché y me acerqué a Paulina con mi muñeco que encontré roto, el cuerpo en una mano, la cabeza en otra, a pedirle que me lo arreglara. Ella miró el muñeco, en silencio. Se puso pálida y volví a verle aquel gesto en los labios, como de estar hablando sola, despacito para dentro, o rezando. Dejó de lavar los platos, se sentó en el banquito de tiento y retorció el cuello de la muñeca contra el agujero del torso una y otra vez. Parecía que ya entraba y no, el cuellito se zafaba del agujero y había que volver a empezar. Agarraba fuerte la cabecita con esos dedos torcidos, gruesos, que tenía y la cara de la muñeca se achataba en la frente, se deformaba en punta, se hundía la parte de la boca para adentro como si hubiera perdido todo el maxilar. Los ojitos de vidrio se abrían y cerraban como locos. Intentó muchas veces porque el cuello tenía un reborde duro que no podía doblar, las manos le temblaban, renegaba, hasta que al fin el cuello se torció sobre sí mismo y de alguna manera se metió adentro del cuerpo. Dijo algo que no escuché y suspiró mientras me alcanzaba el muñeco, le había quedado la cabeza un poco abollada por la fuerza con que la había apretado y le arreglaba con la mano los poquitos pelos que le quedaban. Era muy tarde esa noche cuando se fue. Subida a la pirca, la vi alejarse por el atajo que cruzaba la vía muerta hacia el lado de Vaquerías, y yo seguí viendo sus alpagatas blancas brillar en medio de la noche como dos fantasmas cuando ya

casi toda ella se había hundido en la negrura de esa calle que era una boca de lobo. Al día siguiente volvió temprano, como de costumbre y al otro Chichí se cayó con la noticia de que a Paulina la hija más joven se le había muerto de parto y que a la pobre vieja le quedaba el chico, sietemesino, para criar. Mamá me dijo que me vistiera inmediatamente, que íbamos a ir a darle el pésame. Yo no quise. No quise, no quise y no quise. A pesar de que el vestido se me enganchaba en las ramas, me había trepado al pino y desde la seguridad de ese refugio le dije a mamá que no pensaba ir. Disuasiva primero, amenazadora después, me gritó insensible, malcriada y desagradecida, que me dejara de historias y que la acompañara sin chistar al pésame. Y yo, que no. Y ella, que ya iba a ver yo lo que me pasaba si no bajaba inmediatamente del árbol, y también que guay con que se arruinara el vestido nuevo con la resina del pino y al fin, mientras se iba sola, tremó que más me valía poner las barbas en remojo para cuando ella volviera, que tarde o temprano iba a tener que bajar del árbol, y ahí sí que iba a saber lo que era bueno. Tremaba. Tremaba, no hablaba, tremaba. Igual no fui. Me agarré del árbol y no bajé. No podía ir, me sentía triste y aplastada por una sensación parecida a la culpa pero culpa de qué. Vi a mamá alejarse por el camino, dar la vuelta en la curva hacia el pueblo con una canasta llena de cosas para Paulina, comida, latas. Le llevaba también un rollito de plata para lo que la criatura fuera a necesitar en esos días. Leche. Pañales.

Remedios.

No era ninguna tonta, mi mamá. Era tan inteligente, tan, tan inteligente con su famoso ojo clínico de médica pediatra, y sin embargo, de todo aquello no entendió nunca nada.

Nada de nada, entendió.

Nunca.

OTRAS

METAMORPHOSIS

Al despertar, Reynaldo Mamani amanece reducido a un par de ojos. Aunque decir un par de ojos es un poco faltar a la verdad, porque todavía un rudimento de boca y un muñón de oreja penden a través de un hilo de carne de su ojo izquierdo.

Reynaldo cree que no son ni siquiera las siete porque la mucama de la casa alta de ladrillos a la vista no sacó todavía a Olaf a hacer pis a la vereda, pero tienen que ser más de las seis, porque el diario ya pasó. Es una linda mañana, no siente ni calor ni frío. Luminosa. Por las franjitas de ventana que quedan libres de las hojas de diario con las que lo enmascara, pasa un sol amarillo. Reynaldo bosteza e intenta desesperarse y es entonces que se da cuenta del cambio producido en él durante la noche. Qué lástima, se dice, y piensa que va a extrañar el par de manos que todavía lo acompañaban, si bien no tan eficientemente como en una época, sino de modo torpe y acalambrado, pero fiel.

Se mira en el espejo de la garita, instalado especialmente para tener visión de la retaguardia sin necesidad de girar la cabeza. Estuvo bien el Supervisor, piensa, en hacer esa modificación: la verdad es que el Supervisor no escatima en gastos para hacerle el trabajo lo más confortable posible.

Ahora se mira otro poco en el espejo, presta especial atención a la conjuntiva de su ojo derecho, un poco enrojecida, tal vez por el sueño. El sostén de su teléfono sin manos, siempre conectado, línea directa con la Central por cualquier eventualidad, le queda un poco grande, se le resbala si se mueve

bruscamente. Así que decide casi no moverse, solamente los ojos, dentro de las órbitas de los párpados, y usar al máximo el sistema de espejos instalados cuando perdió el abdomen y parte de la caja torácica, que le dan visión de trescientos sesenta grados sin necesidad de moverse. Estuvo bien el Supervisor, vuelve a decirse. Siempre pensando en que el trabajo sea más cómodo y eficiente.

Pero, ¿cómo es posible? Están doblando la esquina los obreros de la casa blanca. Entonces tienen que ser aproximadamente las ocho. Reynaldo los ve llegar, con sus camisas a rayas, los pantalones planchados, los mocasines marrones, un poco gastados, lustrados con pomada. El pelo enrulado largo, les cae por la espalda, peinado con raya al medio. Pasan por delante de la garita, caminan despacio, se acomodan cada tanto sus bolsos al hombro, marrones o negros, rectangulares, manijas cortas. Hablan en voz alta con toda la impunidad del guaraní. Reynaldo, en su casilla, lo ve todo, lo escucha todo. Pero es un analfabeto del guaraní: ese continuo de sonidos apurado y lleno de acentos no le dice absolutamente nada. Los obreros pasan, tiran los cigarrillos en la vereda, tocan el timbre en la casa blanca. Mientras esperan, se cuelgan de la reja, miran las pantallas de sus celulares, comentan algo en ese idioma y se ríen. La risa, Reynaldo la entiende. La risa es un idioma universal. Reynaldo recuerda todas las formas de la risa, las inflexiones, todas las cadencias, las declinaciones: la risa ingenua, la avergonzada, la risa de calentura y la envidiosa. Todas. El portón automático de la casa blanca se abre, y los obreros pasan. Por el momento, Reynaldo los pierde de vista pero sabe que en un rato van a volver a salir.

Pero entonces ¿qué hora es? Durmió más de la cuenta. Y durmió profundo, se ve. ¿Y qué va a decir el Supervisor si se entera? Podría contestarle que no le pasa nunca, que no

sabe esta vez qué fue lo que le pasó. Escucha a los obreros reír a carcajadas. Salen a la vereda con baldes, con fratachos, las cabezas envueltas en las remeras blancas. Los obreros. No es la hora que él piensa, entonces, tienen que ser muy pasadas las ocho. Durmió tan profundamente que no oyó a la mucama pasear a Olaf. No es posible. No escuchó tampoco las puteadas entre dientes que la gorda le grita al pobre bicho cuando cree que nadie la ve. Es lógico que no se dé cuenta que él sí: hace tanto tiempo que está en esta garita, tan quieto con su juego de espejos, mirando todo, vigilando todo, que es de lo más natural que ella se olvide de su presencia. Eso es eficiencia, se dice, Reynaldo. Haberse vuelto por completo invisible. Pasar desapercibido y desde ahí, verlo todo, conectado a la Central con su teléfono sin manos. Perro del demonio, dice la mujer con los dientes apretados, las venas del cuello hinchadas como várices; dice perro del demonio y dice también yo te voy a enseñar, cochino del carajo, casi a los gritos cuando el pobre se dispone a cagar, y ella le tira de la correa y camina con esfuerzo porque pesa mucho. Pesa mucho ella, y pesa mucho el perro, es un San Bernardo, le dijo el Supervisor. La gorda tira de la cuerda y el bicho se arrastra, ya el anca inclinada hacia el piso, ya la cola alzada; ella lo arrastra hacia la calle, para que no ensucie en la vereda y el bicho va, arrastrado por el collar, las orejas gachas, los ojos caídos, blandos, gimiendo. Los obreros preparan algo de mezcla, o clavan el pico entre las baldosas de la vereda.

A Reynaldo le gusta tanto verlos trabajar. Le trae buenos recuerdos, de sus primeros trabajos, cuando recién llegó de Jujuy con el sueño de probarse en Boca: el fresco de la madrugada, las brasas del asadito preparándose en una parrilla baja, las chispas de la amoladora cortando los hierros T, la promesa de probarse en Boca y los fines de semana, jugar a la pelota en el campito.

La mañana que se despertó sin piernas, Reynaldo estaba haciendo de sereno en una obra del bajo. Llegaron los muchachos, tocaron el portón varias veces pero tardó casi dos horas en bajar a abrirles: la escalera era empinada y con el cemento rústico del contrapiso se raspaba los glúteos, el miembro. Estuvo bien el Capataz, muy comprensivo: no le descontó las horas de retraso y lo puso a revolver mezcla, a llenar baldes. No lo mandaban nunca a la fila de pasar ladrillos porque como era más bajo no los atajaba y le podían pegar al de atrás en la canilla. Así, sin piernas, a Reynaldo le quedaba el miembro arrastrando, desproporcionado, y los muchachos, por broma o para subirle el ánimo, lo empezaron a llamar el Pijudo. A pesar de todo era fachero, el Pijudo, o por ahí se había vuelto la leyenda de los bailes porque las chicas, nada más al verlo llegar sobre esa tabla con rueditas que le había armado el cuñado, se le acercaban de a tres, de a cinco, para darle charla. Fue una buena época, piensa Reynaldo: la obra, los asaditos, los bailes, las risas de las chicas en el estacionamiento, en el baño, o debajo de los árboles del fondo de la bailanta.

El Pijudo, le decían en aquel entonces y no, todavía, el Lisiado.

Ahora ve salir a la mucama de la casa del abogado. Lleva la billetera en la mano y va a paso rápido, lo más seguro es que le falte alguna leche, un poco de pan, y va de un tiro a lo del chino de la vuelta. Pasa sin saludar, sin mirar siquiera para la garita, como de costumbre. Reynaldo aprovecha su invisibilidad para mirarle las pantorrillas, cómo se hinchan y se alargan a cada paso que da, la firmeza de los muslos que asoman de su delantal corto, los tobillos finos, las uñas de los pies rojas, en las ojotas sin medias. Reynaldo se pregunta si alguna vez esta chica le habrá pagado un fernet en el baile, o si lo habrá invitado a estar a solas, un rato, en el estacionamiento. Cree que no,

no se hubiera olvidado fácilmente de esas piernas de yegüita joven, pero eran tantas, fueron tantas, y tantos los fernets, que no puede estar seguro nunca de nada. Buenas épocas, esas, piensa Reynaldo, como siempre, llegado a este punto, y mueve un poco los dos ojos, a derecha e izquierda con una cierta melancolía, aunque hoy trata de ser mesurado en el movimiento, por las dudas de que no se le caiga el teléfono sin manos que le cuelga del muñón de oreja. Buenas épocas, se contenta con decir, sin casi mover la cabeza, y la voz le sale comprimida y achatada por ese cartucho reseco que es ahora su boca, blanca por la falta de aire. Vuelve a pensar con nostalgia en la época en que lo llamaban el Pijudo, y en más atrás, cuando recién llegaba de Jujuy, para probarse en Boca. Cuando se terminó la obra, no pudo conseguir ni siquiera una changa. La cosa estaba difícil, le decían y le palmeaban el hombro. Después de varios días de aburrirse en la casa de la hermana, salió a la calle a tomar el fresco, en el carrito con ruedas que le había armado el cuñado. Estaba parado en el semáforo de Independencia cuando algo lo golpeó en la cara con una fuerza que lo tiró de la tabla. Se refregó la mejilla dolorida y después miró al piso. Ahí había una moneda de dos pesos. Mientras se estaba inclinando para agarrarla, dos monedas más cayeron de la ventana de un auto, y en seguida, mientras intentaba subirse nuevamente al carrito, de otro auto, un billete de cinco, y escuchó, fuerza, hombre, mientras el auto se alejaba. En dos horas juntó trescientos pesos, más, mucho más de lo que era un jornal. Así empezó la racha esa, que Reynaldo recuerda como una época dorada. Ahora, el sábado en el baile, era él el que invitaba a las chicas con cerveza, con fernet. Y no digo siempre pero cada cuatro, cinco días paraba alguien a darle charla y en tres oportunidades, mujeres caritativas y bienintencionadas lo subieron a su auto para que

él tuviera la oportunidad de corroborar, en el estacionamiento vacío del shopping o debajo del puente de la autopista, que, efectivamente, era merecedor del apodo de el Pijudo. Fue una época magnífica. Las señoras de la zona, tan atentas, tan dedicadas todas: una le regalaba siempre ropa de marca, o perfume que traía de los viajes. Y otra, quién sabe lo que habrá sido de esa señora, lo llevó en una oportunidad a pasar un fin de semana a la costa, todo pago. Fue así que Reynaldo conoció el mar, desde la ventana del hotel, si trepaba al antepecho y estiraba un poco el cuello y lo ponía así, en esta posición, llegaba a ver clarito las olas rompiendo contra la escollera de Mar del Plata, toda esa espuma que saltaba para todos lados y era tal cual, tal cual como se veía en la tele, en los programas de verano. Se sentía muy, muy, afortunado Reynaldo por ese tiempo, y así se siguió sintiendo durante casi dos años hasta el día aciago, en que después de una noche de pesadillas bruscas, se despertó sin pija.

Chuuuuuy! dice uno de los obreros que trabajan en la esquina y se frota los ojos, lastimados de la flor de plátano que trae el viento. Porque ahora, de improvviso, se levantó viento. Y el viento arremolina las hojas en la entrada del garaje de la casa del dueño del frigorífico. Reynaldo se fascina viendo esas columnas cortas, como tornados de juguete que se forman con las hojas secas, colillas de cigarrillo, papeles de caramelo. El viento trae, también, la lluvia de flor de plátano y así a contraluz le parece como si nevara. Reynaldo conoce los tornados de verdad y la nieve de Jujuy. Los tornados arrancan arena de la montaña y hacen volar arbustos secos. La nieve es nieve de verdad, de la que entra en las sandalias, de la que quema los dedos de los pies. La mucama de la casa del abogado pasa de vuelta con la compra. No ve lo que trae porque la acompaña el chico del verdulero con la bicicleta. Anselmo, le

parece que se llama el chico. Porque ella, al pasar justo frente a la casilla, una vez, le dijo, pero no, Anselmo, son tres horas y media, nomás. El pibe que parece que se llama Anselmo tiene la cara redonda y el pelo lacio y una sombra de bigote sobre esa boca gruesa que lo afea tanto. Cuando llegan al portón, el chico saca las bolsas del canasto de la bicicleta y la piba, a la que nunca le pudo averiguar el nombre, lo saluda con un beso en la mejilla. El Anselmo este es alto, y la chica se pone en puntas de pie para acercarle el beso. Reynaldo entonces aprovecha para volver a ver esas pantorrillas llenas, redondas, que se vuelven a inflar, los tobillos finos, de yegüita joven, y los talones un poco cuarteados que se levantan del piso, se separan de la suela amarilla de la ojota. Y esa visión, la redondez de esa pantorrilla, la dureza de esos muslos son una flecha que le penetra por los ojos, y no sabe qué hacer con todo eso que le produce.

Se mira al espejo, tiene los ojos hinchados y como calientes. Apunta la boca hacia arriba y sopla una, dos veces hacia los ojos, para refrescárselos. La chica entra a la casa, el Anselmo, con el beso caliente en la cara, y el pelo que se le vuela por el viento, corre por la calle al lado de la bicicleta y cuando ya agarró alguna velocidad, salta y la monta como si fuera un caballo. La maniobra es arriesgada y seguramente el pobre chico espera que la piba lo esté mirando desde la ventana de la cocina, y se va calle abajo, un poco agrandado porque la maniobra le salió impecable, y porque los muchachos de la obra le gritaron gato, cuando pasaba, pero Reynaldo, desde donde está, ve que la chica no se detuvo ni un segundo a mirarlo desde la ventana de la cocina, la silueta fina de sus piernas pasan por el ventanal de la escalera, suben un escalón, después otro, de la escalera redonda, en caracol, que va para las piezas del primer piso. Sopla y sopla el viento de otoño y la

flor del plátano llena todo el aire de blanco, como una nieve. Después que dejó Jujuy, no vio más a la nieve, así que ésta le gusta, le trae recuerdos que a la distancia se fueron volviendo lindos. Abajo, en la vereda del dueño del frigorífico, los tornados de juguete revuelven hojas secas, y papeles rotos y basuras desconocidas, y arriba la nieve del plátano, cayendo a contraluz de ese soleado de otoño. Reynaldo, abrigado en su casilla, los vidrios enmascarados de papel de diario, y el sistema de espejos de visión trescientos sesenta grados, escucha el viento chiflar en las rendijas y agradece al Supervisor estar tan reparado en la garita pero se mira los ojos recalentados e hirvientes, llenos de pantorrillas redondas, abundantes, y de muslos firmes en ese guardapolvo tan corto y se siente intranquilo y vuelve a extrañar un poco aquellas épocas de el Pijudo.

Tiradísimo anduvo aquella vuelta Reynaldo, otra vez Reynaldo Mamani, basta de eso de el Pijudo, con la pérdida de su miembro. Muchos días, otra vez, sin salir a la calle pero ahora sin salir ni siquiera de su cama. Cuando finalmente salió, su actitud era otra. Tenía la mirada apagada, había perdido algo de esa forma que tenía él, esa imagen de luchador contra la adversidad. Por el contrario, su aspecto ahora era de alguien completamente vencido, y eso repercutía en sus ganancias porque cualquiera quiere ayudar a otro siempre que tenga oportunidades de éxito. Pero otra cosa es cuando tiene la marca del fracaso estampada en la cara, ahí es, te aseguro, otra cosa. Otra cosa por completo diferente y Reynaldo pasaba por entremedio de los autos, haciendo un circulito con los dedos. Llevaba un cartel colgado del cuello que le había obligado la hermana a ponerse y decía Ayúdeme, soy lisiado. Un poco de vergüenza le dio ponerse ese cartel, pero después lo agradeció porque la cosa empezó a mejorar. ese día le dieron como veinticinco pesos en monedas, pero Reynaldo ya no era el Pijudo, sino el Lisiado.

Tres años anduvo en la barrera de Mendoza con el carrito y el cartel. No fueron días malos a pesar de su tristeza: con las obras del tren, la barrera podía tardar hasta veinticinco minutos en levantarse y Reynaldo llegaba a pasar hasta dos veces por la fila de autos que llegaba hasta 11 de septiembre. Claro que después, vino lo del fútbol, y lo de los trapitos, y la cosa se fue poniendo espesa, y un par de veces los muchachos le advirtieron que estaba fuera de su zona y al final lo agarraron entre muchos y lo revolearon con carrito y todo debajo del andén de Belgrano C. Quedó bastante maltrecho, perdió dos dientes de adelante y se quebró la base del cráneo. Fue en el hospital que conoció al Supervisor. Úlcera perforada, le dijo el Supervisor desde la cama de al lado, con gesto grave, mientras tomaba agua de un vaso grueso con una bombilla hecha de una sonda. Úlcera perforada, le dijo. Y, lo mío es un apostolado, le dijo también. Por muchos días no repitió otra cosa. Parecía que con eso ya había dicho todo. A la semana, recién, el Supervisor estuvo en condiciones de hablar de algo más. Reynaldo comprobó con el tiempo que sí, que lo del Supervisor era un verdadero apostolado, siempre alerta, siempre atento, para controlar todo lo que pasaba en las trescientas cuarenta y tres casillas de seguridad que manejaba. La mala sangre que se hacía, preguntándose por el destino de esas manzanas atentaba, contra el éxito del tratamiento, y hacía que éste se prolongara cada día más. Un mes y medio internados juntos, una cama al lado de la otra, en medio de viejos moribundos y borrachos delirantes, dio para la confianza y trabar una amistad.

Cuando Reynaldo salió del hospital ya tenía trabajo en la casilla de la calle Maure, turno noche. Reynaldo estaba tan agradecido de haber conocido al Supervisor, doce horas, seis por uno, franco rotativo. Después se vio que lo mejor para

Reynaldo, para el Supervisor y para todos, era que cubriera las veinticuatro horas, siete por siete. Cada tanto viene la hermana a traerle alguna torta frita, cebarle unos mates. Y a veces en Navidad le trae pan dulce, garapiñada y sidra, pero de la que es sin alcohol, porque está de servicio. Reynaldo escucha el bocinazo, ahí viene, dando vuelta la esquina, el auto del Supervisor. Reynaldo vuelve a soplarse los ojos, esta vez para despejarse un poco, y estira todo lo que puede ese rudimento de boca en una sonrisa. Si tuviera todavía pelo, piensa, se lo peinaría como el Supervisor, raya al costado y jopo a la gomina. El auto frena en la ochava, se abre la puerta y el Supervisor baja ajustándose sobre el puente de la nariz los anteojos. A Reynaldo le parece escuchar ya la voz del Supervisor, la voz grave y firme con que lo saluda cada día: como va Reynaldo. ¿Alguna novedad?

Como va, Reynaldo, empieza a decir el Supervisor mientras camina, lento, hacia la garita.

Reynaldo está ansioso. El par de ojos en el que quedó transformado ve acercarse, despacio, puntual, sólido, al Supervisor. Se da cuenta de que el rudimento de su boca está estirado al máximo. Se siente contento. ¿Alguna novedad? Escucha que pregunta. El Supervisor sí, piensa. El Supervisor sí que no le falla. Nunca.

VUELTA AL MUNDO

Hasta el Churruca.

El chofer estira la mano, corta el boleto blanco y marrón, y me lo da. Pago con un billete de diez. El hombre me mira con un poco de odio, después con paciencia me prepara el vuelto. La palanca de cambio vibra y un escaquin patalea colgado del espejo. Miro mi reloj y pienso que una hora cuarenta y cinco es tiempo suficiente para llegar a Parque Patricios. El colectivo sale vacío de la cabecera a esa hora de la mañana. Elijo el último asiento de la fila de a uno, sobre la rueda, justo antes de la puerta de atrás. En general elijo el de la punta, al fondo de todo, pero hoy elijo este, el que está sobre la rueda y que hace que, al poner los pies sobre la tarima, las rodillas queden un poco elevadas, en una posición recogida, algo fetal. Doblo con cuidado mi delantal flamante, lo apoyo sobre las piernas y arriba apoyo el bolso. Me siento bien así, medio apretadita. Es el primer práctico de la carrera y estoy nerviosa. Abro la ventanilla, pero después me arrepiento y la cierro hasta la mitad, miro el delantal que cuelga un poco hacia el piso. Lo doblo mejor y paso el dedo por el bolsillo chico, voy sintiendo el relieve de mis apellidos, que Cuqui me bordó en azul. El chofer acelera el motor, regula; la palanca de cambio vibra más y se mueve un poco hacia los costados; por la puerta delantera, la gente va subiendo despacio, hasta Flores, hasta Urquiza, hasta Parque Patricios. Ahí voy yo. A Parque Patricios. Casi de terminal a terminal. Vuelvo a mirar el reloj. Una hora cuarenta para que empiece la práctica; quisiera que el tipo arranque de

una vez. Saco el walkman y pongo el último cassette de Rick Ashtley, me dejo los auriculares un poco flojos, no quiero que la vincha me estire la permanente recién hecha, apoyo la cabeza contra el vidrio y la vibración del motor se suma a la de la música y mi cerebro que recibe a Rick Ashtley, que canta “When I fall in love” y mi cerebro que lo reconoce, el cerebro puede hacer eso, diferenciar la canción del ruido del motor, del vendedor de diarios, del nene que grita porque no quiere subir al colectivo, de chiflido de la puerta neumática al cerrarse, hasta el Pirovano, dice uno; hasta Urquiza, el de atrás; vamos que nos vamos, grita el chofer; sí, pienso yo, vayámonos de una vez que tengo que llegar a Parque Patricios a hora para la práctica y dicen que la jefa es una yegua; y el motor que regula, el chofer embraga, pone primera. Entre todo eso, mi cerebro recorta y escucha a Rick Ashley que canta “When I fall in love”.

Al fin el colectivo arranca. ¡Hacia el fondo que cierro! algunos pasajeros van con medio cuerpo afuera, tienen que apretujarse para que se puedan cerrar las puertas, hacemos unas cuantas cuadras por Maipú sin levantar a nadie, cruzamos el puente, entramos a Capital y en seguida se mete por los barrios, hacia el lado de Coghlan. Una hora treinta. Tengo el boleto en mi mano, hecho un rollito, completamente estropeado, como siempre. Hay días que cuando sube el guarda, el boleto está hecho una pelusa inútil. Hoy todavía conserva su forma. Lo miro, como cada día. No puedo dejar de mirarlo. Lo estudio como si esos números tuvieran alguna información encriptada o fueran un billete de lotería. Blanco a rayas marrones, y el número 50832. Sumo: cinco y ocho trece y tres dieciséis y dos dieciocho, uno y ocho: nueve, saco la cuenta: abcdefghi, el nueve corresponde a la I. Ignacio. Me pongo contenta: I de Ignacio, el boleto me dice algo de Ignacio. Hago

otra vez un rollito con el boleto pero ahora me lo paso por debajo de la alianza de compromiso y lo trabo ahí para no perderlo. En mi reloj las agujas siguen avanzando, avanzan mucho más rápido que el colectivo, y ya veo que no llego ni loca y empiezo a sentir esa tensión detrás de la nuca. Miro por la ventana, a lo lejos, porque el colectivo se sancocha a cada pozo que agarra y tanto movimiento me da náuseas, pero estoy contenta, voy a mi primera práctica, el boleto me dijo algo de Ignacio y en el walkman suena “Never say good bye”.

El colectivo vira como a los tumbos, por momentos zigzaguea y recuerdo un tiburón que vi el domingo en *La aventura del hombre*. Pienso que el colectivo es un tiburón, no de mar sino de calle. Un tiburón marrón que circula despacio por las avenidas adoquinadas, en cámara lenta. Cabecea a derecha e izquierda, los ojos atentos, al acecho, buscando sus presas. Yo voy en ese tiburón hacia mi primera práctica hospitalaria y ya sé que llego tarde. El colectivo traga algún pasajero cada tanto, a veces también de a varios, de a tres o de a quince. Sigue circulando, circula otro poco, da un coletazo acá, un cabezazo allá y.

¡Pirovano! El grito me sobresalta y más me sobresalta el movimiento brusco de arrimar el colectivo al cordón. A mitad de cuadra veo un hospital. En el Pirovano bajan dos viejas con sus batones arrugados atrás. Veo sus piernas llenas de várices y las ligas de las medias para las várices. Se mueven con torpeza, los bolsos le bamboleaban colgados a la altura del codo. El chofer las deja bajar por la puerta de adelante. Gracias, buen hombre. Una vez en la vereda se acomodan un poco los batones, las carteras y los peinados, se agarran del bracete una con la otra y hacen avanzar con decisión hacia las escalinatas de entrada sus cuerpos cuadrados, sobre esas piernas gruesas. Son hermanas, pienso; y pienso, también,

que, para estas hermanas, ir al hospital debe ser casi un paseo, como la iglesia los domingos, o a la municipalidad los días de pago. Ir al hospital debe ser casi como ir a visitar a un sobrino. Un sobrino cariñoso que las trata bien y al que cada tanto le tocan el timbre, le caen de sorpresa para traerle un paquetito con galletas de avena recién horneadas. En la parada del Pirovano suben muchísimas personas, se agolpan en los tres escalones de ingreso y algunos de nuevo cuelgan del estribo cuando el chofer arranca. Esta vez no cierra las puertas, tal vez porque no está el inspector a la vista. Atrás hay lugar. Un paso al fondo, vamos que me voy. Maneja muchas cuerdas sin parar. Puedo ver los gestos de los que esperan en las paradas, escucho los insultos en las esquinas. Es que cuando los colectivos tiburones se empachan, imagino la voz de Pancho Ibañez, cambian bruscamente el comportamiento: se vuelven indiferentes a la carnada. El colectivo acelera, pasa las bocacalles a gran velocidad. Los pasajeros que están parados se agolpan en el pasillo, y los que están sentados se aferran al respaldo del asiento de adelante con terror. Algunos, como yo, también sienten satisfacción. Que avance, que avance rápido, que en una hora empieza la clase y no llego ni a palos.

Sin embargo, para.

El colectivo tiburón, pienso que diría con su voz magnífica Pancho Ibañez, también depone. Cada tanto, se detiene lejos al cordón para deponer, cuando le es imperioso o cuando se le antoja. Depone siempre lejos de las paradas, sin orden ni método, en medio de la calle, el cuerpo atravesado, ocupando tres carriles. Seis o siete deposiciones después, sigue diciendo mi Pancho Ibañez, cuando ya el vientre del colectivo da señales de hambre, baja el ritmo y recomienza ese cabeceo, buscando, olisqueando las.

¡Urquiza!

Las puertas golpean los parantes al abrirse y se bajan casi todos, la mayoría de la gente corre. Corren los hombres, las mujeres con nenes, los nenes solos, todos corren porque el tren todavía estaba en el andén de la estación Urquiza, con las puertas abiertas. Bajan de cualquier modo y cruzan Triunvirato como gallinas entre los autos. No hay muertos hoy. El colectivo arranca casi vacío y yo resoplo porque sigue a los tumbos un rato largo, buscando pasajeros. El aire está un poco viciado y yo también empiezo a cabecear. Los ojos se me cierran, los ruidos empiezan a parecerme lejanos, inútiles.

Plaza Flores.

Me despierto sobresaltada. Tengo el pelo sudado, la bufanda que me ahorca. No tengo la menor idea de dónde estoy. Miro las calles, Carabobo, dice el cartel, dobla a la derecha y entramos en otro mundo. La calle está llena de negocios, es un centro comercial, pero los carteles, todos rojos y blancos, están escritos en chino. Seguro que sigo durmiendo, que volví a dormirme. Las veredas repletas de gente y todos, me parece, o casi todos, son chinos. Me enderezo en el asiento. ¿Disculpe, señor, me puede decir dónde estamos? El hombre me mira y dice algo sin sentido. También él y los que estaban con él son chinos, o coreanos, hablan entre sí y no comprendo nada. El analizador cinestésico verbal, pienso. Miro al chofer: sigue allí, clavado en su butaca que en el respaldo tiene escrito *Por mi viejo lo tengo, por mi vieja lo doy*. Fileteado porteño. Patrimonio nacional. Como puedo, me levanto; trato de no perder mi delantal, de no arrastrarlo tanto. Camino por el pasillo, el bolso se me queda atrancado entre dos personas, tengo que tirar de la manija una, dos veces para desengancharlo de entre la cadera de un hombre y la cabeza de un chico de delantal a cuadros. Disculpen, perdón, disculpen. Circulo a contramano del peristaltismo del colectivo. Voy al revés de todos, un

poco avergonzada. Permiso, permiso, digo, pero mucha de esa gente habla algo que no entiendo. Alguno me sonríe, alguno bufa. Casi todos hacen como que no me ven. Estamos en un momento empacho del colectivo tiburón, porque avanza a gran velocidad por una avenida empedrada. Cada pozo de la calle se transmite al piso del colectivo, a mis kickers color canela, nuevos, acordonados, a mis hombros, y a mis rulos de la permanente recién hecha. Al fin, entre palabras ininteligibles, barquinazos y frenadas, llego hasta el chofer:  Se or este colectivo me deja bien en el Churruca? El hombre me mira por el retrovisor y me sorprende in fraganti estudiando el entramado artesanal de las hebras de su pelo negro, largo, que parten de la nuca y que aplastadas a la gomina contra su cráneo en una arquitectura imposible, tapizan o intentan tapizar su calvicie.

S , nena, contesta de mal modo, pero recién hace un ratito pasamos Flores.

Miro mi Paddlewatch de goma rosa. Me encanta este reloj que Juan Ignacio me regaló para mi cumpleaños y no me lo saco nunca aunque ahora pienso si no me dará un aspecto demasiado infantil para una profesional. Era casi la una. La práctica en el hospital ya está empezando y yo sigo acá, en el tiburón que continúa tragando gente, cagando gente, ahora en este Mar de la China, que parece ser que queda después de Flores. No pienso despegarme del chofer, por más que me mire así como me mira; me paro detrás de su asiento, si me agacho un poco alcanzo a ver por el parabrisas. Desde acá puedo vigilar el resto del viaje. A ver si me paso.

Falta mucho para el Churruca.

Usted cree que en media horita estemos.

 D nde dijo que estamos ahora?

El hombre tolera bastante bien mis preguntas pero no me contesta. Igualmente me siento un poco más tranquila, acá parada atrás suyo, aunque sería mejor si el tipo no me hiciera escuchar todo el cassette de José Velez de nuevo. Ya lo puso dos veces. Pero yo, acá, estoica, aferrada a este respaldo como un capitán de barco.

 Para la cartera de la dama y el bolsillo del caballero! La voz viene acompañada de una mano que atraviesa la marea de pul veres a rayas, polleras a cuadros para ofrecermme una lapicera plateada. La golpea contra el parante, la hace sonar metal contra metal. No espera siquiera a ver si le digo algo o no, la mano camina hacia el fondo por el pasillo y sigue golpeando y mostrándola al resto del pasaje. Se baja a la segunda parada. No llego a ver si alguien compr  alguna. Como en una coreografía bien estudiada, mientras se baja por atrás el de las lapiceras, se sube por adelante el del charango. Ahora suena en el pasacassette del chofer Valeria Lynch, "Mentira". Recuerdo la clase de neurofisiología: el cerebro humano puede discriminar figura, en este caso Valeria Lynch, de fondo, una vidalita que ejecuta el del charango. Pienso que el cerebro del colectivero analiza, también, los bocinazos de la calle, la campanilla de la barrera del tren al bajarse, y mi voz:  ese edificio es el Churruca, señor?

Se desocupa el primer asiento. Me acomodo. Vuelvo a doblar con cuidado el delantal que ya está algo ajado, y busco en mi bolso el espejito y el peine. Por suerte el maquillaje no se me corrió. Me desarmo un poco los rulos de la permanente recién hecha con el peine cardo. Quiero llegar prolija. A Juan Ignacio no le gustó la permanente, prefiere mi pelo llovido al natural, justamente eso es lo que yo más odio de mí. Este pelo lacio, sin voluntad que cae presa de la fuerza de gravedad. Una y media. El primer día de prácticas y estoy llegando tard simo,

pero ya no puedo hacer nada. Media hora después, cuando pasamos por delante del hospital más grande del que tenga memoria, me incorporo para bajarme, pero creo que el tipo me adivinó la intención porque se apura a gritar:

¡Hospital Penna!

Estoy nerviosa, vuelvo a ver la hora. Jugueteo un rato con mi anillo de compromiso. Es grueso. Cómo brilla. Pensar que me puse a estudiar medicina por hacer algo mientras Juan Ignacio termina la carrera, total ahora el ingreso es irrestricto. Y quién hubiese dicho que llegué así, como por un tubo, ya, al ciclo hospitalario. Pasó volando, todo. Juan Ignacio ya está dando los últimos exámenes, tenemos fecha en la iglesia para diciembre. Pero qué calor hace, siento la mano hinchada, el anillo me ajusta. Mejor me lo saco y lo guardo en la billetera. Mirá la marca blanca que me quedó. Ay dios qué frenada brusca. La señora parada cae con todo su peso sobre el pobre hombre que está sentado al lado mío. Otros penden del parante del que están agarrados y pienso en Roberto, el carnicero, en las mañanas en que le bajan las medias reces del camión.

¡Garraham!

El hospital Garraham se levanta en un barrio donde los chicos juegan al tiro al blanco con los vidrios de las fábricas abandonadas. Un nene con labio leporino se para al lado de mi asiento. Una cicatriz como un gusano le aplasta la cara. Hubiera sido un pibe lindo. Se ve que tiene también hendido el paladar porque habla con otra nena y pronuncia muy mal, el fuelle de su voz se le escapa por la nariz obligándolo a cortar para inspirar muy seguido. La nena, en cambio, es preciosa, con esos cachetes paspados y las uñas pintadas. El chico mira siempre al piso como si le costara soportar los ojos de la gente en esa cara arrasada. Pienso que con una prótesis sencilla, una

plaquita, hubiera bastado para solucionarle muchas cosas. Me levanto y le dejo el asiento al pibe. No sé por qué.

Me agarro otra vez respaldo del conductor, Juan Ignacio detesta la palabra agarrar, dice que las personas no tenemos garras. Le molesta esa palabra y muchas otras y yo empecé a odiar muchas de las que él pronuncia. Su acento, a decir verdad, me resulta insoportable a veces, ridículo otros. Valeria Lynch canta “Mentira” por tercera vez y el hombre sube el volumen del pasacassette, como haciéndonos un regalo, circulamos por una avenida que parece un cementerio. El chofer fuma tranquilo, tira la ceniza por la ventanilla. Por fin parece que se apiada de mí y mientras la Lynch desgañita “Qué ganas de no verte nunca más”, grita fuerte como para que su voz llegue al fondo, aunque abre bien la boca, separa en sílabas mientras me mira por el retrovisor directo a los ojos:

¡Parque Patricios, Churruca-Visca!

No puedo creer lo que oigo. Por eso el hombre vuelve a repetir la operación, a los gritos, pero es claro, por la forma de mirarme por el retrovisor, que se dirige fundamentalmente a mí:

¡Parque Patricios, Churruca-Visca!

Me agarro de la baranda y aprieto un timbre largo, no sé para qué, el chofer sabe de memoria que me bajo acá. El hombre frena de mal modo y las puertas se abren de golpe. Encandilada y medio tonta, el colectivo me escupe en esta plaza húmeda, todo sombras. Deben ser más de las dos de la tarde. Desde la vereda giro y me vuelvo para agradecer al chofer. Empiezo a alzar la mano pero el tipo me sonrío de una manera que no me gusta, y acelera a fondo, regula, pero hace avanzar despacio al colectivo, mucho ruido de motor y bien pegado al cordón de la vereda, para que todo ese mastodonte roce con su chapa, tan largo como es, mi bolso y el delantal,

imprimiéndole toda su mugre y salpicando el agua sucia de la calle. Mientras me sacudo un poco las kickers el colectivo se aleja a los saltos por el empedrado, dejando atrás un flato de humo, de plomo, que empobrece el sol y me hace lagrimear.

Empiezo a cruzar la plaza por un sendero que tuvo alguna vez piedritas naranjas. Quedan algunas, todavía, incrustadas en la tierra apisonada. Rodeo el busto de algún prócer, señala un horizonte, un futuro, colocado sobre un pedestal y bajo montañas de caca de paloma. Busco el walkman en el bolso: no lo encuentro. Cómo que no lo tengo, si recién lo tenía. Abro los cierres del costado, reviso los bolsillos, el corazón me palpita en el cuello, en la sien, en las puntas de los dedos: taquicardia: pero si lo tenía, recién lo tenía. Tampoco está la billetera. Empiezo a hiperventilar. La cabeza me va a mil. Intento reconstruir mis pasos en el colectivo, cuando estaba sentada lo tenía, Rick Ashtley, la gente, el pasillo lleno de gente, la cartera enganchada entre el hombre y el nene. Me aflojo la echarpe. La cartera enganchada contra aquel hombre y el nene. Respirar hondo. Pausa. Respirar hondo. Veo el tajo, largo, quirúrgico en mi bolso nuevo. Me ato el pelo en un rodete de cualquier modo. A la mierda la permanente recién hecha. Puteo la idea imbécil de las prácticas hospitalarias en el culo del mundo. La billetera, los documentos. Y el anillo adentro de la billetera. Ignacio. El anillo de compromiso. Avenida Uspallata: No tengo la menor idea de dónde estoy. Mamá, hoy a la mañana en el desayuno: “cualquier cosa te tomás un taxi y te volvés. Estés donde estés, te volvés que acá te lo pagamos”. El documento. Ni pienso. El walkman, el anillo. Respiro hondo. Lloro. Ni pienso volverme. La permanente. Respiro más hondo. Me limpio los mocos con la echarpe, el rimmel corrido le deja una mancha negra. En la vereda de enfrente se alza un edificio impresionante. No sabré qué es Uspallata, no sabré

dónde estoy, pero hay algo que es contundente: eso que está ahí, del otro lado de la calle, es el Churruca. Llegué. A alguna parte, llegué.

Miro esa mezcla de cuartel y monoblock que es el complejo Churruca-Visca, el hospital Policial. Respiro hondo una vez más, me desabrocho, debajo del pullover largo, el botón del jean que me ajusta demasiado, me tranquilizo y cruzo. No puedo dejar de pensar en el walkman. La billetera. Vuelvo a palpar los bolsillos del bolso, tal vez lo puse en la campera. Tampoco. Siento algo en la garganta, como si se me hubiera atorado una pelota de tenis. Camino. La billetera, el walkman, el anillo. Siento la boca seca, la lengua se me pega al piso de la boca, a la cara interna de los dientes. Camino. Una ambulancia se me viene encima cuando estoy por cruzar, doy un salto hacia atrás, me tuerzo, apenas, el tobillo izquierdo. La ambulancia dobla la esquina subiéndose a la vereda y se mete por la guardia. Hay una urgencia en el aire. Una urgencia dramática hecha de sirenas y de luces. Cruzo la calle. Rengueo un poco. Antes de que yo pueda alcanzar la entrada ya está llegando otra, en el mismo tono desesperado, pero esta vez la escucho venir de atrás. Dos helicópteros aterrizan en la azotea principal, el ruido de las paletas rompe el aire. Vistos desde abajo, los helicópteros, con sus panzas chatas, blancas, parecen ballenas. Un rato después voy a saber bien qué clase de Jonases traen esas ballenas.

Entro al hall. Es enorme, las paredes, los pisos de marmol blanco. A pesar de tanto blanco, el hall está oscuro, hace frío. Espero en el hall oscuro bastante rato. Olor a creolina y yodo, pero también a ropa sucia y transpiración. Espero apoyada contra la pared hasta que la jefa de trabajos practicas sale. Camina hacia mí sacándose los guantes de goma. Me paro enseguida, hago unos pasos, no sé si darle un beso o tenderle

la mano, algo en su gesto, algo como un rechazo hacia mí me hace pensar que no, que beso no, así que le tiendo la mano y me presento, disculpándome, tal vez demasiadas veces, por haber llegado tan tarde. A la doctora parece importarle un pito lo que le estoy diciendo, así que dejo de hablar y me callo. Retiro la mano, también, porque siento que hace mucho tiempo que está así, tendida y sola, y me la meto en un bolsillo. Ella, por toda respuesta, se encoge un poco de hombros, pero me parece que es por frío, mientras se lleva los guantes de látex a la boca y los sopla como a un globo para darle vuelta a los dedos. Los dobla y los guarda en su bolsillo, mientras que me hace una evaluación completa. Hace algunos gestos mientras me mira, comprendo que me evalúa con su famoso ojo clínico, y yo también la miro a mi vez entrenando desde ahora mismo el mío: veo su pollera chingada y descosida, los zapatos de taco chato deslucidos, su delantal gris. En tinta china alguien escribió su apellido en el bolsillo superior, pero ya no se lee.

Tengo la sensación de que todo lo que ella ve de mí, mi echarpe rosa, mi permanente rubísima, la campera de pecarí, le producen un profundo asco. Y todo lo que yo veo en ella me producen. No sé qué me producen.

Jorge Cernadas, masculino. Cuarenta y siete, oficial de calle. Herido de bala... grita alguno. La camilla pasó urgente, entre la doctora y yo. Una médica en ambo corre al lado, sosteniendo el suero y pasando el parte. Unas gotas de sangre caen justo al lado de mis botitas de gamuza. Corro el pie para no pisarlas.

...Orificio de entrada maxilar superior derecho, orificio de salida parietal izquierdo. Pérdida de masa encefálica,...

Al pasar la camilla veo al hombre llamado Cernadas detrás de toda esa costra de sangre, los ojos abiertos están

como fríos, como si ya estuvieran mirando la nada.

...signos vitales...

Y por un momento no escucho nada más porque las puertas del quirófano se cierran detrás de ellos. Unos minutos después se vuelve a abrir la puerta para que salga el camillero y puedo escuchar todavía:

... sin orificio de salida, estallido de bazo....

La jefa se saca el estetoscopio y se lo guarda en el bolsillo del delantal. Reanuda su mirada hacia mí, pero ahora es una mirada como cansada. Enciende un jockey ahí mismo, chupa fuerte y exhala por la nariz. Chupa y exhala una y otra vez, puedo ver sus uñas despintadas, la mancha marrón en el dedo de fumadora crónica. Me quedo parada ahí, en silencio, mirando el piso, con mi bolsón enorme donde últimamente llevo media casa a cuestas para pasar el día completo afuera.

Venga conmigo, dice de pronto. ¿A mí? ¿Es a mí que me habla? Su cara es dura, pero ausente cuando me mira a los ojos y ordena: Póngase el delantal.

Apaga el cigarrillo y empieza a caminar hacia la sala, volviendo a sacar del bolsillo los guantes y el estetoscopio. Antes de empujar la puerta con el hombro se da vuelta y me pregunta como si recién me hubiera visto:

¿Por qué me dijo que llegó tan tarde?

Y lee, bordado de mi bolsillo, mis dos apellidos, pronunciándolos como si le hicieran algo de gracia. Su voz es gruesa, modulada. Un poco parecida a la de Amelita Baltar.

VÓRTICE

Lo primero es esta hoja. Una hoja en blanco. Un espacio vacío que parece un despilfarro pero que también es una quietud y un silencio que de todos modos no va a durar mucho porque ahora en seguida ves aparecer unas letras y empezás, andá a saber cómo, a escuchar mi voz que te dice: La mañana del terremoto era brumosa y gris. Con eso, tal vez, ya te hagas una idea, pero creo que no es material suficiente, entonces te agrego otra frase: Si uno miraba para el lado del puerto, las nubes estaban oscuras y bajas, como para nevar. Como para nevar, así les dije a los muchachos del taller aquella mañana, y no sé por qué lo dije así, si no había visto nevar en mi vida, si yo nunca había salido de Campana. Entonces vos ahora ya sabés algunas cosas más y sobre el blanco se te dibuja, casi mágicamente, un grupo de hombres que trabajan en un taller, en una mañana oscura sobre la ciudad baja y barrosa que es Campana. Si vos conocés Campana, ya sabés de lo que te estoy hablando, pero si no, imaginate alguna ciudad cualquiera en la que hayas estado, se parecerá un poco y otro poco, no, pero de base, digamos, son todas iguales. Un taller, entonces, y a lo lejos, un puerto como todos los puertos, con sus buques amarados, y alguno que otro escorado, cubierto de óxido, y los muelles de estiba, con los container apilados y en la otra margen del río los silos y las refinerías con sus chimeneas siempre humeantes y más allá la chimenea única de la Dálmine. Única, digo, porque de ella no sale nunca humo, sino fuego, mañana tarde y noche. Te acomodás un poco en el sillón. Ponés los

pies sobre la mesa baja. Cruzás uno sobre el otro. Lo pensás y te sacás los zapatos, y así, en medias, estás mejor. Te recostás un poco más en el sillón. Mirás por la ventana. Todo tranquilo. Nada que te llame la atención. Te decía que de la chimenea de la Dálmine sale fuego mañana tarde y noche. ¿Lo ves el fuego? Lo ves. Lo ves. Y de noche, te cuento, brillante como lava ardiendo, pero ahora no estamos hablando de la noche sino de aquella mañana. Y, de mañana, el fuego de la Dálmine, como la llama de una vela. ¿Montañas, te preguntas quizás? No, montañas no. Si le pensaste montañas, borralas en seguida: estamos en Campana y Campana está en el medio de la pampa, llanura para los cuatro costados, y el Paraná cortando la llanura como un tajo marrón de agua y el puerto como un cuchillo clavado en medio del tajo líquido, y las chimeneas de las refinerías y la de fuego de la Dálmine y sobre todo eso un cielo gris y oscuro. Bajo y oscuro. Y denso, pero más que nada bajo, como una masa de yeso a punto de desplomarse sobre nosotros, así, tal cual como cuando está por nevar. Frío no hacía, sin embargo. A pesar de ser julio, hacía un calor bárbaro y alguno de los muchachos hasta se había sacado el overol y trabajaba en camiseta, y habíamos cambiado el mate del desayuno por dos jarras grandes de terma con hielo. Sudábamos. Por eso cuando vi los refusilos plateados en ese cielo negro y bajo, sobre todo bajo, que parecía como asfaltado y me salió aquel está como para nevar, Muñiz me miró y se me rió en la cara, todos rieron un poco pero más que nadie Muñiz, con esa forma que tiene de mirarme que es como si me escupiera en la cara. Ya, un poco, te lo estarás imaginando a Muñiz, la musculosa engrasada y los lamparones de sudor en cada sobaco, y te vas haciendo una cierta idea: medio bestia, grandote, de atrás parece una heladera, pero la cara no se la llegás a imaginar del todo, se te escapa, entonces te agrego que es colorado.

Naranja tiene el pelo, zanahoria, lleno de pecas los brazos, la espalda. La cara blanca, y las cejas y las pestañas anaranjadas. Tan blanco y tan anaranjado que parece un novillo Hereford. Vos ahora te estarás preguntando por mí. Ahora te estarás preguntando porque te genera una cierta intriga saber quién soy, quién es este tipo, te estarás preguntando. Una persona como cualquiera, como tantas, te digo. En la foto que cuelga sobre la máquina de café, al costado de la sacabocado, soy el tercero a la derecha. Miré directo a cámara en el momento en que sacaron la foto y entonces ahora cualquiera que la ve tiene la sensación de que lo estoy mirando fijo, justo a él. Un poco más atrás está Muñiz, pero la humedad arruinó esa parte, y no se lo ve tan claramente como a mí. Aún si pudieras, te sería imposible decir a ciencia cierta si tiene o no tiene cara de Hereford, pero tiene y lo sabe y capaz por eso, porque el tipo sabe que es blanco y naranja, la cara aplastada como una vaca es que es tan hijo de puta. Ni los cuernos le faltan, pero ese es otro asunto. La cosa es que Muñiz se rió con esa forma enferma que tiene de reírse que es como si te escupiera en la cara y no alcancé ni a decirle por qué no te matás, que se hizo de noche y escuchamos un ruido como si hubieran bramado todos los toros del feedlot al mismo tiempo. Miré a Zucconi y lo vi levantado en el aire, no te miento, dos metros, como si volara, pero seguía con los pies pegados al piso. Recuerdo eso, como una foto: la suela de sus borceguíes contra el cemento alisado del piso, aún así estaba alto, como levantado por el aire y al instante siguiente estaba tres cabezas abajo mío, te digo que le vi con claridad, como en cámara lenta, la mollera pelada, los hilos de pelo engominados con los que trata de disimular que se le están volando las chapas, me acuerdo como si fuera hoy esa imagen, creo que hasta podría dibujar la cabeza de Zucconi, su pelo fijado a la gomina, de un costado a otro

tapándole la piel del cráneo. Todo se sacudía y las herramientas se desprendían de las paredes, los cueros, las máquinas, el taller completo se nos venía al piso y lo último que vi, antes de que se cortara la luz y el techo a dos aguas se nos desplomara encima, fue a Muñiz santiguarse. Todavía la tierra se sacudió dos veces más en medio de esa oscuridad, y el aire se puso aceitoso, no pasaba por los bronquios. Algo grueso se nos pegaba a la piel de la nariz, de la boca, cuando tratábamos de respirar, un polvo arenoso que nos taponaba todo por dentro y por más que tosiéramos no lo podíamos sacar. Cuando la tierra dejó de moverse, nos quedamos quietos en ese ruido oscuro quién sabe cuánto tiempo. No sé si era por la oscuridad o por el ruido pero no supe, por un momento en qué posición estaba mi cuerpo, quiero decir, sabía que estaba acostado, que la mesa de aparar botas se me había caído encima de las costillas, pero no sabía por ejemplo, para qué lado estaba la salida, si me hubieran preguntado dónde estaba el puerto, para dónde era la ruta, no hubiera podido decirlo. A todos nos pasó más o menos igual; habíamos perdido la idea del espacio. Muñiz fue el primero que habló. Escuché su voz aflautada y seca. Estoy acá, dijo. Hay alguien vivo, preguntó, y después repitió la pregunta a los gritos viendo que nadie le contestaba. Al lado mío Navarro lloraba. Respirar era un martirio, y el ruido era demencial. Pensé en una turbina. ¿Viste alguna vez una? O sino en miles de sierras circulares, de esas que cortan hueso en las carnicerías. Alguno está vivo, volvió a gritar Muñiz. Fuimos contestando con las voces rasposas de polvo y miedo. Salvo el Polaco, todos teníamos algo roto, pero estábamos vivos. Bernstein tanteó una linterna y la prendió, pero prenderla fue peor, la luz rebotaba contra el polvo y era como si iluminara un telón blanco. La apagó en seguida, mejor no desperdiciar las baterías, quién sabe con qué nos íbamos a

encontrar afuera. Creo que fue Navarro que me ayudó a salir de abajo de la mesa, aunque después vi que tenía el hombro dislocado y la muñeca quebrada, pero entonces si no fue Navarro no pudo haber sido otro. A mí me dolía el costado cada vez que respiraba, como una aguja de colchonero. Tuve suerte que la costilla no me perforó el pulmón, dijeron después. Salimos como pudimos, arrastrándonos a través de la claraboya del techo, que ahora estaba contra el piso como una puerta ventana. En la desesperación no hacíamos caso a los vidrios que se nos clavaban en las rodillas, en las palmas de las manos, en el cuerpo. Afuera era noche cerrada y sin embargo eran las once de la mañana, pero lo más impresionante, más que la noche, más que los golpes y el cagazo, era el ruido. Un ruido enloquecedor, tan sólido, tan parejo, que me pareció que me había quedado sordo. A medida que el polvo y la tierra iban decantando fue volviendo algo de claridad, y entonces empezamos a ver gente que se movía, que salía de debajo de los escombros, los brazos en alto pidiendo ayuda, pero ninguno de nosotros hizo nada, ni siquiera al ver a las mujeres que renegaban con sus hijos en brazos, ni siquiera al ver al perro de Gavito, que lloraba y gemía y tironeaba de una pierna del pantalón del cadáver de su dueño. Estábamos como de piedra: a nuestros pies la tierra se había abierto, tal cual como mi vieja me había contado siempre que iba pasar en el fin del mundo. A nuestros pies, digo, se abría una grieta profunda, más que una grieta, una garganta, un cráter, qué sé yo, hacete la idea que ahí donde estaba la ciudad, ahora había un agujero que empezaba justo donde estábamos parados y no veíamos a donde terminaba. Zucconi vomitó sangre, Muñiz lo ayudó a sentarse en una pila de escombros. A mí las piernas me temblaban, tenía retorcciones en el estómago y no me avergüenza decir que me ensucié encima; como un chico, me ensucié

hasta las medias. De a poco fue llegando la gente, al rato llegaron también los bomberos, de todos lados vinieron, de Zárate, de Ceibas, de Rosario. Vino el ejército. Alguno, no sé quién, nos puso una manta en la espalda, nos dio algo de agua. De pronto, me pareció, la temperatura había bajado como veinte grados. O sería el miedo. O sería que estaba mojado y sucio. La gente nos preguntaba cosas y nosotros ni les contestábamos, seguíamos ahí parados, duros, viendo caer el Paraná en catarata al fondo de esa garganta inmensa que se había abierto en la tierra y se iba tragando toda esa agua. Lo que quedaba del taller, el ala norte y la nave central aplastada contra el piso, colgaba, torcido, maltrecho, al filo de uno de los bordes de la grieta. Como el diente flojo de la boca de un mendigo, colgó la construcción del precipicio, en un equilibrio precario que resistió seis días. Mirábamos caer el Paraná al fondo de la fosa, abierta en la tierra, que se había tragado media ciudad y casi todo el puerto, y se seguía tragando el Paraná. Esa masa inconcebible de agua marrón lechosa caía y caía, levantando una nube de gotas que nos empapaba y haciendo ese ruido opaco y parejo que era como un murallón de concreto. Zucconi dijo más tarde que uno del ejército le había dicho que un día u otro el río tenía que llenar la falla, y una vez hecho eso, volvería a su curso. No obstante, eso nunca pasó. No por ahora. Durante días y días vimos caer a la fosa aquella autopista de agua, que iba a parar al centro mismo de la tierra. La violencia del golpe carcomía de a poco los márgenes endebles de la grieta, agrandándola más todavía, arrastrando los pinos de la forestación de la papelera, casas, perros, vaquillonas, columnas de alta tensión, barcos areneros, motocicletas, muelles de estiba, chimeneas de la refinería, la refinería misma, el silo de la aceitera y, al sexto día, lo que quedaba del taller. Los bomberos tuvieron que precintar la zona nada menos que con

alambre de púa, después del cuarto o quinto curioso que, por acercarse demasiado al borde o empujado por algún apurado que tenía atrás, cayera al precipicio. El ruido era tal que no llegábamos a saber si el cuerpo había golpeado algún fondo, ni tampoco si, como decía un ingeniero de la Nasa que nos habían mandado, la fosa, de a poco, se iba llenando. Pasó todo este tiempo y hasta ahora nunca se llenó y desde ese día los de Campana estamos sin puerto. Muchos sobrevivimos ahora gracias al turismo, sobre todo el turismo religioso, que no es malo porque es turismo de cuatro estaciones: cada seis o siete días aparece un contingente. Nueve, diez micros. Bajan mujeres, hombres mayores. Quieren todo, ver la fosa, sacar fotos, souvenirs, lugares donde tomar una cerveza, y después parten. Algunos, a veces, se quedan a dormir una noche. Son los que traen las vírgenes porque cada tanto cae un contingente que trae alguna virgencita, algún santo para bendecir la zona. La primera en llegar, por cercanía, creo yo, fue la virgencita de San Nicolás, pero nos trajeron también la de Salta, la de Luján, la de San Fernando del Valle de Catamarca, la virgencita de Itatí, la Lupita de Guadalajara, unos indios hicieron no sé qué de la Pachamama, y todos los días aparecen gallos muertos, con telas rojas y maíz y velas, que dicen que es cosa de los umbandas. Para año nuevo están pensando, de la municipalidad, organizar como en Brasil, lo de mnemanjá, eso de tirar flores blancas al agua. Por el turismo, no otra cosa. Si casi todos vivimos de eso, ahora. Anteayer trajeron una reliquia de un santo de Italia, un pedazo de dedo, con uña y todo en una caja de vidrio, que dicen que el santo es muy milagroso. Mientras tanto la garganta abierta sigue tragándose el Paraná y es la primera vez que nos preguntamos de dónde viene toda esa agua, cómo es que no se acaba nunca y de solo pensarlo, de pensar que también eso pueda acabarse, me vuelven

los retorcijones de panza, como aquella mañana que, no me avergüenzo de decirlo, me ensució encima como un chico. Algunos dicen que los rusos están por mandarnos una sonda, y un submarino nuclear, como los que usaron para buscar petróleo en el mar del norte, no sé si para tapar el fondo de la garganta ésta o para ver si es verdad que de a poco se va llenando el foso. Yo espero que de algún modo la cosa se arregle, porque ya pasaron muchos meses, casi dos años, creo, y porque al sur se han secado las islas. Dicen que ahora se puede pasar a Uruguay caminando y que hubo algunas escaramuzas entre las prefecturas o las gendarmerías y lo único que nos falta es que nos llamen para una guerra. La semana pasada el agua terminó de carcomer el terraplén de la Dálmine y se vino abajo la fábrica con chimenea y todo. Muñiz anduvo diciendo a los periodistas que vinieron, que vio la chimenea caer por la fosa, todavía largando fuego, pero no sé para qué te hablo si no me estás escuchando, estás más preocupado por esta grieta que se acaba de abrir en el suelo, y ahora que el terraplén cede, y empieza a caer al vacío, te venís a acordar que te dije que era un peligro estar parado ahí donde estás, tan pero tan en el borde.

MEDUSA

1. HARTA

Vos no sabés lo que es. Me voy a la mañana y está ahí, tirado, mirando el techo. Llego a la noche y sigue igual. No es capaz de lavar un plato. Vos sabés que me la paso el día a los tiros ¿no? La oficina, la casa, los bancos, el contador, todo. Y si alguno se manda una macana en el campo, allá voy yo, porque la tarada atiende las veinticuatro horas, ceroochientosboluda no descansa ni los domingos. No doy más, no puedo más, ¿Entendés? ¿Sabés lo que es llegar reventada y que él éste tirado como una morsa? y las camas sin hacer, las pilas de platos para lavar. Sí, sé lo que me vas a decir, ya probé pedirle que haga la cena. ¿Sabés lo que hace, Gorda? No, qué vas a saber. Pone la olla y se va a mirar golf. La olla quemada, derretida la baquelita. Hace diez días de esto y ni siquiera se dignó a decir te compro una olla, te la arreglo, total, yo compro ollas todos los días o mejor, crecen en los árboles. Todavía hay olor a rancho en casa, y vos sabés lo alérgica que soy ¿no? Vivo con el spray de cortisona. Duermo con la ventana abierta porque el olor no me deja respirar. Me quemó la pava, me arruinó la olla, porque se pone a mirar la tele y se olvida de todo. Siempre tirado. No es capaz de cambiar las toallas del baño. Y tienen un olor. Todo el día al pedo, ya sabés que juntos no dormimos más, porque ronca que es una locomotora. Él, que se vanagloria de haber cambiado la instalación eléctrica en su otra casa y yo, acá, tengo que llamar un electricista para que

me cambie la lamparita del baño, y él ahí, tirado, mirando el techo. Y los sábados, los sábados son lo peor de todo. Mirá cómo será que ayer me pasé la tarde en lo de la tía, para no volver a casa y verlo. Cómo será, para que prefiera pasar la tarde en lo de la vieja ¿eh? O me voy a lo de Franca, para no verlo. Y soy una extraña en mi propia casa. Porque la casa es mía, ¿viste? Mía y es como si hubiera un ocupa. Sí, es como tener una piedra atada al cuello.

No vengas otra vez a decirme que esto no va a cambiar. Vos siempre con tus consejos sabiondos. ¿Cómo lo voy a echar? ¿A dónde va a ir? ¿Otra vez a la casa de su mamá? ¿Con la edad que tiene y viviendo con la madre? Claro, de afuera hablamos todos, él sus cosas buenas las tiene, sólo que vos no lo entendés, porque vos nunca lo quisiste. Y, mirá, ahora que lo pienso no sé si lo que te pasa es que te gusta, y en el fondo lo que tenés es envidia. Sí, envidia. No como vos, con esos hijos tuyos siempre pegados al culo. La verdad no sé para qué te cuento si vos estás esperando el momento para atacarlo. Para atacarme a mí, por elevación, porque en el fondo vos la tenés conmigo, siempre quisiste imitarme; vos, que te hacés la sacrificada, la que siempre está para poner la oreja y dar consejos ¡la muy santurrón! Con mamá eras igual, siempre al pie, calladita, con esa actitud de superada. Y mirá vos, como si te hubiera ido mejor en la vida. ¿Y sabes que creo? Que disfrutás cuando me ves renegar, disfrutás cuando te digo que tenemos problemas. Entonces, andá a saber si no aprovechás y te lo transás, ¿no? No, si yo no aprendo más. No aprendo más. La verdad soy una tremenda pelotuda, venirte a contar esto justamente a vos. Yo siempre tuve un problema para darme cuenta quién me quiere cagar. Mirá, Gorda, mejor la cortamos acá, antes de que llegue la sangre al río. Me voy. Con vos, no se puede hablar.

2. HARTO

Ahí entra de nuevo, mirá, en cualquier momento te tengo que cortar.

Sí. Es la quinta vez en la mañana. Siento el ascensor en el palier y ya se me acelera el pulso.

Y ella hace siempre todo en el mismo orden, abre la puerta, acomoda el felpudo con el pie, cierra de un golpe seco y fuerte para que la oiga. Y yo no sé dónde ponerme. Te lo juro, che. No sé qué hacer, quisiera hacer que estoy haciendo algo.

No sé. Algo que no sea esconderme atrás de la puerta y contener la respiración.

Creo que ella preferiría que no existiese. Que en lugar del espacio que ocupo hubiera una cantidad enorme de aire puro y limpio. Una cantidad enorme de aire que, ella, créeme, no va a considerar nunca ni puro ni limpio, lo haría filtrar para que ninguna toxina le produzca alergia.

Sí, yo tampoco lo hubiera creído si me lo hubieran dicho. Con ese pedazo de cuerpo que tiene.

Últimamente, cuando está en casa, trato de que no me vea. Y sí. No puedo ni sostenerle la mirada; pasa revista de la ropa que llevo como en la colimba. ¿Te acordás? ¿Te acordás, viejo, del sargento Verdina: si no te caga te orina? ¿Y de Arbolito de Navidad, el que tenía las bolas de adorno? Fuera de joda, che. ¿De qué me acusa? ¿De existir? ¿No te parece, viejo, que es inconstitucional acusar a un ser humano de existencia, sea premeditada o no? ¿No te parece?

No, si no lloro.

Pasé, en un año de ser “la luz de sus ojos” a que me clave puñales. Haga lo que haga, siempre quedo mal parado. ¿Querés que te cuente? Mirá: si trabajo porque llego tarde. Si llego tarde porque la dejo sola. Si no trabajo porque soy un vago. Si

no compro porque no apporto, si compro porque despilfarro. Si no me baño soy sucio, si me baño porque enchastro, si salgo con mis amigos, la abandono. No te riás, aunque no lo creas me dice que la abandono. Así como lo escuchás. Por mi vieja, te lo juro. Y si no salgo, se hace la que me cuelgo de ella. Si hablo, la molesto, si me callo...

Y ¿sabés? Metaladra el seso con esos ojos. Dardos escópicos. Escópicos le digo yo. Es la mejor palabra que encontré.

Sí, puñales escópicos, esas miradas que me clava. Le tengo que bajar la vista. Si la miro a los ojos, perdí.

En la medicina forense deberían agregar una causa más de muerte. Voy a hacer un escrito, por algo soy abogado. Sí, en algún lado voy a encontrar un renglón para agregar esto: muerte súbita, o fulminante, por puñales escópicos.

Escópicos, escópicos, de la vista.

¿Cómo que no entendés? Escópicos, como periscopio, estetoscopio.

Y qué sé yo si hablo en difícil o no. Yo les digo así.

Porque se me canta.

No me vengas a romper las pelotas vos también. Se me ocurrió y punto.

Te digo que no lloro, no rompás.

Y acá estoy, sin saber de qué disfrazarme.

No, qué cerveza ni cerveza, si no tengo un mango. Le llego a pedir y me fulmina.

Ah, mirá, justo como te decía, pasó de largo hasta su cuarto. No sabés la mirada que me mandó. Menos mal que me hice el que estaba buscando algo debajo del sillón. Nunca vi algo así. Esta mujer tiene fuego en la mirada.

Carboniza todo.

No te estoy jodiendo, carboniza todo, creéme. A la tarde

voy a ver si puedo arreglar un poco, que después me dice que la casa se está viniendo abajo por culpa mía.

Y, la furia de hoy debe ser, todavía, por la olla que quemé la semana pasada.

¡Nada! que tenía hambre y como ella siempre está ocupada, entrando y saliendo, golpeando las puertas, acomodando el felpudo, y sobre todo gritando y lanzando las miradas, no quise molestarla y me puse a hervir unos huevos. De pronto me vi parado en esa cocina con el magiclick en la mano, y me pregunte: qué hago acá, en esta casa que no es mía, en esta cocina llena de agarraderas de flores.

Sí. Me bajoneé un poco, imaginate, con la agarradera de flores en la mano, las cortinas de puntillas, el acolchado rosa chicle.

Sí.

Prendí la tele y puse el golf.

Te vas a reír, pero la verdad, me imagino que es a mí que me aplauden. Te acordás del Gran premio de Córdoba, del Abierto de Pilar.

Ya sabía que te ibas a reír, che.

¿Sabés que estoy durmiendo en el living, no?

Sí, ella tiene el sueño muy liviano, y parece que yo ronco.

No jodás, compadre. Que vos también roncás como un elefante. En la colimba el que menos roncaba era yo. Y bueno, tu mujer te aguanta, tuviste suerte. La mía, no.

Me acostumbré.

Te acordás la de minas que yo tenía, siempre. Y miráme ahora, durmiendo en el living.

Aprovecho y veo la tele hasta la hora que se me canta, pero hay veces que no sé dónde ponerme, si viene visita, por ejemplo. Esto es chico, viste. Dos ambientes. Y por ahí tengo que vestirme, dar conversación o a veces cuando ella me mira

de esa forma, tengo que salir, dar una vuelta por la calle, para que ella charle con sus amigas acá en el living.

Que estaba mirando el golf y en eso escucho el ascensor en el pallier, la llave en la puerta, el felpudo, el pie, el golpe seco y su voz. No llegué a entender lo que decía, el vaho amargo de la baquelita era más repugnante que nunca porque se mezclaba con el olor a huevo quemado y con los gritos y las miradas feroces. Sentí náuseas.

La veía moviéndose en medio del humo y los chispazos de las miradas de siempre, que todavía no me acostumbro, sobre todo porque desde aquel día de los huevos ya no son verde eléctrico, sino rojos y a veces llegan a ser negros.

La semana pasada dibujé con fibrón en la pared de acá atrás de la puerta, un mapa. Lo llamo: *Mapa de mi retorno*. Anoté los diferentes estados por los que fui pasando hasta convertirme en esta piltrafa que soy. Uno no cree, pero se va cambiando de a poquito. Un día dejas tu departamento, otro día no jugás más al golf, más tarde, no ves más a la barra, después dejás ese laburo, que tantas horas y total no te pagan nada. Al fin, por qué no vendés el auto, si total no vas a ninguna parte.

Sí, viejo. Lo miro todo el tiempo al mapa.

No me queda mucho.

Te digo algo, compadre, de hombre a hombre: le tengo miedo. Sí, no puedo ser tan cobarde, ya sé. Pero, sí: le tengo miedo.

Ah, esperá que ahí viene y no encuentro el espejito. Ya está.

Y sí, ¿no te digo que le tengo miedo?

Qué se yo para qué el espejito, por las dudas. Lo leí en un libro. Qué se yo por las dudas de qué. Para usarlo de escudo, llegado el caso. Me siento más tranquilo con el espejito. Y sí,

si te gusta más pensá que son locuras mías. No, no lo dejo ni para ir al baño.

Así no se puede vivir.

Gracias viejo, pero vos ya tenés bastante con los seis pibes que le hiciste a la patrona. ¿Querés que te eche ella también?

Tengo que hacer algo. No sé qué, pero algo tengo que hacer. Es esto o quedarme como los otros. ¿Nunca te conté de los otros?

No, lo de los otros, es algo de terror.

Pero hoy no, porque ahí viene para el cuarto, loco. Está hecha una furia.

Tengo que cortar, te digo.

Andá a saber qué le pasó hoy.

No puedo. Tengo que cortar.

3. FINAL

Creo que en el fondo siempre supe que algo de esto iba a terminar pasando.

Por cómo era mi hermana, sabía cómo era mi hermana.

Era así ya de chica, muy inteligente y con esa mirada que te atravesaba.

Pero ella me había jurado controlarse, después de lo del gatito. A mamá le dijimos que el gatito se debía haber ido atrás de una gata en celo y no preguntó más. Lo enterramos en un baldío y ella me prometió que no lo iba a volver a hacer. Que podía controlarlo. Yo sabía cómo era mi hermana, y que acá algo iba a terminar mal, no por cómo era ella, sino por cómo era él. Él no era igual a los otros.

Claro que no.

Lo supe desde el principio. De todos modos, imagínese, yo tampoco tenía idea de cómo era mi hermana para

las separaciones. ¿Cómo iba a saber? Cada tanto se quedaba sola pero en seguida aparecía con un novio nuevo.

Mi hermana era hermosa, no sabe el arrastre que tenía con los hombres.

Los primeros días, la vida en rosa. Después de a poco empezaban los problemas, las quejas, el mal humor. Yo siempre la escuchaba. Mi marido me decía, no te preocupes Gorda, ella es así, en el fondo ella es feliz así. Pero yo no le creía, no le podía creer porque pensaba que la conocía más que nadie, que éramos tan unidas, tan parecidas que nos decían las mellis.

No, no éramos mellizas pero nos decían así.

Y mi marido se equivocaba en decir lo que decía, que ella en el fondo era feliz quejándose, siempre enojada.

Él porque nunca la quiso.

A éste último lo conoció en las vacaciones de hace dos años. Apenas lo vi, me encantó. No era como los otros. Culto, divertido. Me gustaba su charla, su sentido del humor.

Sí. Mi marido estaba un poco celoso.

No, nada que ver.

De todos modos, ahora que lo pienso, preferí hacerme la estúpida. No era tan distinto. Tenía algo de esa sombra en el fondo de los ojos igual que todos los demás. Algo de vencidos o un enorme cansancio.

Al principio venían seguido a casa. A mí me gustaba que vinieran. Éste es distinto le decía a mi marido, con éste va a funcionar. Él me respondía Gorda no te hagas ilusiones, tarde o temprano se va a armar la de san Quintín. Éste es distinto, es mejor, le decía yo. Y él me respondía, si es mejor, es para peor.

Le gustaba estar con mis hijos, les jugaba al ajedrez, les traía libros de esgrima, de golf. Su ex no le permitía ver a los suyos, algo de la pensión alimentaria de cuando dejó de trabajar, y los extrañaba.

Mi hermana nunca quiso tener, ni siquiera le agarraron ganas con los últimos cartuchos. Al final, fue mejor así, ¿no?

Pensar que mi marido me decía, si es mejor, es para peor. Qué loco, ¿no?

Después, lo de siempre, de a poco las caras de culo, las quejas, las peleas.

Tenía algo, no sé, una fortaleza, una decisión. Resiliencia, me dijo la doctora que le dicen ahora.

Se notaba. Siempre decía que quería volver a la profesión pero mi hermana le respondía, enfrente de nosotros o de quien fuera, que se dejara de joder con esas pavadas que ya era viejo para todo eso, que era grande para inventar la pólvora.

Inventar la pólvora. Qué frase, Dios mío, qué frase. Mire cómo quedó todo esto, no se salvó nada. Nada de nada.

¿Quién iba a decir que algo así podía llegar a pasar?

Aunque yo sentía acá adentro que algo malo se estaba cocinando. Le digo que él no era completamente como los otros.

¿Los otros?

Ahí están, en la piecita de la terraza.

Qué me iba a imaginar yo que la casa tenía esta piecita, acá atrás, nunca nos dejaba pasar más allá del living.

Todos así.

Como el gato. Como el pobre gatito.

Y dijo que no lo iba a hacer más.

Félix De Angeli, el novio que tuvo en la facultad. Me acuerdo que tenía un físico que partía la tierra.

Este es Pedro Galíndez, su primer marido, era Doctor en Química. Muy inteligente, no le ganaba nadie al ajedrez.

A éste lo tengo, no sé su nombre, un chico que atendía el bar de la otra cuadra cuando recién me casé, unos diez años más joven que ella, nunca pensé...

Sergio Fara, lo conoció en el banco de Santa Cruz, gerente general. Me dijo que se había ido a vivir a España.

Gerardo Nosequé, su psicoanalista, mire usted, tampoco hubiera creído.

Acá está ella, pobrecita. Parece como si en cualquier momento se fuera a despertar. Como si estuviera a punto de decir algo, de gritar.

¡Mire esa mirada! Perfora esa mirada, ¿no?

¿Vio como nos parecemos?

Todos decían que parecíamos mellizas, que parecíamos las Legrand. Mire ese pelo que tenía, divino. Yo me lo corté muy corto, cortito porque me lo arreglo en dos patadas pero ella se lo dejaba largo, ve, hasta la cintura. Ahora no se nota, pero era rojo, rojo fuego. Y los ojos eran azules, casi violetas, a veces un poco verdes.

Mire acá su espejito de tocador. Papá nos había regalado uno a cada una cuando cumplimos quince. Lo debe haber usado, él, para defenderse. Estuvo inteligente. ¿No le digo que yo siempre dije que él era distinto? Estuvo inteligente él, con esto del espejo.

Y yo, qué tonta, creer que después de lo del gatito no lo iba a hacer más. Pero él, no, se ve que él se la vio venir.

Le digo que yo siempre dije que no era como los otros.

Y mi marido respondía siempre, si es mejor, es para peor. Y yo me enojaba con mi marido pero en el fondo sabía que tenía razón.

Con un simple espejo. Estuvo bien. Yo siempre dije que era tan inteligente, él.

Sí, claro, se tiene que ir, se le hace tarde.

Bueno, doctor, usted me avisa cuando me toque ir a declarar.

EMBARRADOS

Hace siempre frío en la iglesia del Huerto. Los techos altos, las paredes sin terminar, los pisos infinitos, de mármol gris. Juan Ignacio se sacude por el escalofrío y ve, en la penumbra, la sombra del hombre moverse entre los confesionarios, preparándose para la misa de siete.

Barba, dice, y es como si gritara, tanto el eco en las naves vacías.

El cura se para en seco, alza la cabeza y recortado contra la luz de los vitrales, lo ve.

Juani, dice, y empieza a acercarse.

Juan Ignacio le dice Barba, aunque podría decirle padre Pedro y lo lógico, decirle tío, pero prefiere siempre, es más cómodo, se siente menos privilegiado entre los compañeros, al decirle así, Barba.

¿Qué tenés?

El cura mira la camiseta del CASI sudada, los pantalones manchados de verde, pero más que nada ve el barro que los botines fueron dejando en el piso impecable, un reguero de balines de barro que lo sigue desde la puerta mayor, pasa por la lápida de monseñor Carpi, por el refectorio y llega hasta ellos. Juan Ignacio se pasa la mano por el pelo, los rulos rubios se le pegan a la frente por el sudor, levanta el pie derecho, lo apoya de punta en el suelo. Hace rebotar el botín una, dos, tres veces, como siempre que le pasa algo.

Nada, Barba. Pasaba nomás.

Pero la ansiedad se le marca clara en los ojos, no sólo para el tío, que lo conoce desde que nació, que lo bautizó y le dio la comunión, y lo confirmó, que casó a sus padres. Cualquiera puede ver esos ojos que miran sin ver lo que tienen enfrente, que miran algo como suspendido.

Juani. No jodás. El partido terminó a las once y seguís así, embarrado y sucio a las siete de la tarde. ¿No fuiste a casa? Tenés la transpiración seca en el cuerpo, te vas a agarrar una neumonía. ¿Qué pasó?

Juan Ignacio sigue mirando los botines.

¿Querés confesión?

Ni en pedo, Barba.

Trata de reír pero no mira de frente, mira de costado, el hombre puede verle la tensión en las mandíbulas, dos cuadrados los maceteros marcados en la cara flaca, los dientes pegados como si mordiera. El tío Pedro no, el padre Pedro o el Barba, quisiera hablarle de la zarza y del dios que lo ve todo, pero antes que cura es tío, el tío Pedro, y decide que no, que no es momento.

¿Es Ceci? Pregunta despacio, en vez.

Ojalá sea Ceci, se dice. Ojalá sea sólo eso, que cogieron y ya está. Después de todo, qué es la lujuria frente a la maldad del mundo. ¿Es un chica? Vuelve a preguntar. ¿Problemas con el pibito de abajo? Y señala de lejos su sexo, tratando de sonar despreocupado y canchero. Ya sabés Juani, dice riéndose, una risa forzada, yo soy franciscano, algunos pecados los comprendemos mejor que los maristas, pero para ciertas cosas no hay como los trapenses. Trata de reír pero no le sale. Está en la cara del chico: pasa algo y es grave.

Juan Ignacio sigue con la mirada así, como viendo algo que está suspendido entre ellos dos. Algo invisible pero contundente, una pared de plomo, una raja que abre la tierra hasta la profundidad de los infiernos.

¿Qué pasa? Vuelve a decir y apoya su mano en la base del cuello del chico.

Juan Ignacio saca la cabeza, corre el hombro, se zafa del contacto. ¿Es Ceci? El tío acepta el rechazo, no insiste. Baja la voz, en cambio, la hace más íntima.

¿Se pasaron de la raya?

Silencio.

¿Está embarazada?

Juan Ignacio oye esas palabras como si vinieran del otro lado de la pared, una pared gruesa, de un bunker antiatómico. Ahora sí que le gustaría tener un bunker antiatómico, ahora sí siente que sí, que es posible que un día un presidente borracho se despierte en la otra parte del mundo, apriete un botón, equivocado o con toda intención y pulverice el planeta. Ahora sí cree en eso porque se siente como si eso mismo hubiera pasado. El tío cree que el problema es Ceci. No, Ceci no es. No es Ceci, que lo calienta sí, lo calienta todo el tiempo y lo deja hasta ahí. Ceci con los vestiditos floreados a medio muslo, con el pelazo ese que tiene, que le cae por la espalda hasta la cola, como una flecha. Esa cola, ese culo que tiene que es una manzana, que lo desean todos en el CASI, que lo fantasean todos los chicos del curso, la de cascadas en honor a ese culo que debe haber en todo olivos, Martínez, san Isidro. Chorros de huasca en honor a ese culo. No, Ceci no es. Ceci, que ahora, desde hace un mes, se deja. Se deja que le chupe las tetas, que la toque pero, eso sí, arriba de la bombacha. Ceci que ahora, hace unos días le hizo la paja, con impericia, como con asco, sí pero se la tocó, y él le enseñó como hacerlo, como agarrársela desde el tronco, como mover la mano, así, así, para que vaya subiendo, de a poco, sin apurar, hasta que le saltara la leche. Ceci que la semana pasada le dejó que le frotara todo contra la ropa hasta irse, irse los dos, él desnudo, ella vestida,

enchastrados, ella enchastrada, el vestido mojado de delante, de su semen, y entre las piernas, la bombacha llena de esa delicia que ella destila, eso que ella cree que no se nota y él la huele y se enloquece. Todo eso se deja hacer, ahora, Ceci y todo eso hacen, y él quisiera más, y ella cree que también, en el cuarto de las herramientas, o entre los autos en el club o detrás del cuarto de la sirvienta, y después la culpa. No, no es Ceci. Tampoco son las pajas que se hace desde los once y que no piensa contarle al Barba. Los chicos del curso se la hacen todos, los de CASI ni hablar: campeonato de pajas, hacen, a ver a quién le salta más lejos.

El tío espera en silencio pero lo mira directo a los ojos, no le da salida. Ahora Juan Ignacio está un poco arrepentido, no sabe a lo que vino, no sabe qué hacer, está solo, se siente muy solo y no tiene donde ir, donde esconderse y la sensación de que a donde vaya, todo se sabrá, todos lo sabrán, hablarán de eso y él qué va a hacer, qué va a hacer. Pero lo peor no es eso, lo peor es Chiro que desde anoche no aparece. Abre la boca, como para decir algo, levanta una mano, acompañando el gesto, preparándose para hablar pero así se queda en la oscuridad de la noche, en silencio. Cierra la boca, después de un rato.

Alguien enciende las luces del altar mayor y las de los confesionarios. Juan Ignacio ve aparecer la iglesia todo a su alrededor, salir de las tinieblas. Se abre una puerta, la sacristana camina hasta el pasillo central, se inclina y se persigna, después camina hasta la nave derecha, lleva en la mano un ramito de calas, las deja en el pedestal, junto al pie descalzo de María, blanca y celeste como la patria, el pie derecho que aplasta con toda su potencia, la potencia de la madre de dios, la serpiente enroscada en el mundo. Los ojos de Juan Ignacio se llenan de lágrimas. Ahora el padre Pedro está verdaderamente preocupado.

¿La embarazaste? Pregunta, y después como si no pudiera creer él mismo lo que se le acaba de ocurrir: No se habrá hecho un.

Pero después se ve que se le ocurre algo peor, piensa en la hermana y se le ocurre algo peor: O es mamá. ¿Es mamá, Juani? ¿Es Nelly? Le pasó algo a Nelly? Pone una mano, ahora firme, en el hombro del chico. Sentate, Juani. Sentate. ¿Quieres agua? ¿Pasó algo en casa?

Juani se sienta más que nada obligado por el tío que aprieta su mano contra el hombro. Ahora es el tío. No es Barba, no es el padre Pedro, no es nada más que Pedro, el tío Pedro.

Tío, dice.

Pero se calla. Algo se le agolpa en la garganta, siente ganas de vomitar y ese dolor que le sube por la espalda casi hasta la nuca. Un dolor tenso y acalambrado que le quedó del último scrum, que no lo deja estar sentado, ni acostado, ni nada desde hace un mes y que parece que es un disco y que la cosa no es joda. Permanecer sentado en este momento es un martirio y él entonces agradece el dolor y lo toma así, como una penitencia.

Tío, vuelve a decir pero entiende que no puede, no puede hablar de Chirola.

Chirola, le dicen todos aunque se llama Sergio. Chirola le dicen desde los siete años que entró al equipo, chiquito, flaquito, parecía que no servía para una mierda y fue el mejor win izquierdo que tuvo el club. Con Chiro fueron siempre amigos; él, tan grandote y el otro apenas un fleco. Esa risa de Chiro, cuando hacía un try. El abrazo cuando después pateaba y la hacía pasar entre los palos. Los abrazos. Las montoneras, los entrenamientos. Más abrazos en el vestuario, revoleando las remeras a los gritos, cuando ganaban, los abrazos de consuelo cuando perdían. Los cuerpos sudados, embarrados,

lastimados. Y después del partido las duchas, el perfume, y Ceci que espera con las demás chicas, con las madres para el tercer tiempo, las tortas que prepara Ceci, sus vestiditos floreados, la envidia de todos, Ceci con esa carita de ángel, Ceci detrás del cuarto de la sirvienta o entre los autos estacionados, gritando con la boca cerrada, jadeando, cuando le frota la verga, apoyándola bien a través de la bombacha, o cuando la toca de atrás, en el cuarto de las herramientas, la respiración fuerte de Ceci, parada contra él, la panza chata contra su panza, apoyados los dos contra el 404 nuevo del viejo, las piernas abiertas, la cola parada para que él llegue más hondo, más profundo con los dedos a tocarle todo, frotarle todo eso empapado, encastrando los dedos en ese flujo tibio, moviéndolos rápido, cada vez más rápido, más rápidos los dedos, más rápido el corazón, más rápido el aliento, ese ruido húmedo, ese jugo bendito, hasta que acabe. Que acabe como una puta, y que pida más. La risita de los chicos, los silbidos cuando, agarrados de la mano, los ven salir para el lado de los autos, la mirada del padre, orgulloso, y la madre, en la otra punta, haciendo probar las tortas de Ceci a las otras madres.

No, no es Ceci. Ni se les fue la mano ni está embarazada ni se hizo un aborto, es Chiro, anoche, en el vestuario del club. Chiro tardando mucho en ducharse porque dice que no hay agua suficiente, Chiro esperándolo cuando ya no queda nadie, pero qué problema hay, es lo que pasa siempre, Chiro que todo el día pareció que quería contarle algo y que al fin se acerca, desnudo, con esa pija que tiene el, finita y larga como cagada de víbora y con la cabeza circuncidada, aunque no es moishe. Por esa pija, en vez de Chiro, algunos le dicen Cobra. Pero para él es Chiro. Chiro que se acerca y se acerca tanto que Juan Ignacio no sabe para qué, para algún chiste, como siempre, Chiro que se acerca y como de casualidad le roza la mano

con el glande, y él que se corre y lo mira divertido pero la cara sería de Chiro, en sus ojos negros, profundos como balazos, el pelo enrulado saliéndole de la frente, tan cerca de los ojos, esos granos que le llenan toda la cara, que son la burla de todos, pornoco, le dice Rolo. Eso te pasa pornoco. Rolo, que se hace el macho y no cogió nunca en su vida, tan feo, tan gordo, tan bruto como es, el pobrecito. Chiro, Sergio, en realidad se llama Sergio, que vuelve a rozarlo con el glande, ahora en la pierna, que le agarra la mano, que le lleva esa mano, la derecha enjabonada a la pija dura, negra, a la cobra y le pide que se la envuelva, que se la apriete, y Juani que obedece, como estúpido por la sorpresa, o es algo en la cara de Sergio, eso que tiene ahora Sergio en los ojos. Agarra y aprieta y siente la mano de Sergio sobre su mano, sobre el sexo de Sergio, que es un poco Chiro, el de siempre, pero también es Sergio, desconocido, y siente la sangre pulsar por ese tronco, que está vivo, que late, finito y duro y parado y caliente, siente el corazón de su amigo en su palma, él que en su vida tuvo una verga en la mano más que la suya propia, piensa que tendría que sentirse mal pero no, no siente nada o sí, se siente bien, y se dice que es porque es Chiro, su amigo de toda la vida, sólo que ahora lo mira distinto, como nunca lo miró, o como no se dio cuenta nunca que lo miraba, siente la verga de Chiro en la mano y siente también la mano del amigo que se apoya en su sexo, envolviéndolo, como nadie lo hizo nunca, como ni siquiera él en su mejor puñeta, en honor a la Sarli o a Bo Derek, como no se la agarró nunca Ceci, nunca. Ceci, que se la agarra siempre al principio como con miedo, como con asco de esa cabeza colorada, brillante, tan suave, como si fuera una palanca de cambio. La mano de Sergio en su verga y su mano en la de él y es como hacerse la paja pero distinto, pero otra cosa y siente el glande que cabecea y la voz de Chiro, no de Chiro no, no es Chiro, ahora es Sergio que dice así, así.

La sacristana vuelve a salir por la puerta por la que entró. A Juan Ignacio le gustaría que apague las luces de los altares, pero no, ya está casi todo listo para la misa de siete. Algunas mujeres empiezan a acomodarse en los bancos de la nave central. Escucha a una, rezar las invocaciones del rosario. San geminiano mártir, dos o tres le contestan, *ora pro nobis*. San Ramón Nonato. Ora pro nobis.

Así, así.

Así, decía Sergio.

Así, así, hubiera querido decir él también pero casi ni tuvo tiempo: de pronto se inflama el glande, enorme, brillante, la mano de Sergio se mueve como de seda, y Juani siente que el chorro le sube, el corazón le galopa en las venas del cuello, piensa por un segundo que alguien puede entrar al vestuario, pero después ya no piensa nada, sólo que el sexo le va a estallar, se lo mira y ve, entre los dedos de Sergio que se la sostienen con fuerza, que se le abre el ojo, la boquita, como le llame, y se viene, escupe el lechazo, dos tres lechadas que caen como lava sobre la pija de Sergio, que todavía está duro, todavía aguanta, sacudiendo el cuerpo contra el puño cerrado de Juan Ignacio, Sergio que mira con ojos glaucos esa lluvia de nácar contra su cuerpo, como se miraría un regalo del cielo, un maná que cae sobre los pelos renegridos de su pubis. Sergio que lo levanta con la mano izquierda y lo empasta en su pelo, se lo lleva a la boca, lo lame, sonrío, pero es una sonrisa para nadie, para él, los ojos los tiene perdidos en algún punto, y Juani ve a Sergio que se agacha, sin dejar de mirarlo y saca la lengua y lame la última gota que cuelga del ojo de su pija ahora un poco flácida, Juani siente la lengua que lo toca, tan blanda, el calor del aliento y se horroriza, suelta la verga de Sergio, la cobra, y sacude la mano y empuja a Sergio, otra vez Chiro, no, Chiro nunca más, nunca más ese pibe puede

volver a ser Chiro, el amigo desde los siete años. Juani siente ganas de vomitar, salí puto, le dice, qué hacés y lo sentó de una piña contra el banco de vestuario, y después, ahí tirado, le dio una patada en la cabeza, se puso los pantalones y salió corriendo, a su casa, a bañarse, a llenarse de perfume, a buscar a Ceci, a tocarle la concha hasta empaparla, a refregarle la chota contra los vestiditos floreados, a pedirle casi llorando, chupamelá, chupamelá y ella no, me da asco, no. Y hoy a la mañana Chiro no vino al partido. Al terminar vio a la madre entre las mesas del tercer tiempo. La bola se corrió en seguida, Chiro no durmió anoche en la casa. No saben dónde está.

Es Chiro, desapareció; dice Juan Ignacio.

El tío Pedro, o Barba, o Pedro, pero bajo ningún concepto el padre Pedro; Pedro, a secas, entonces, suspira aliviado. Es sólo eso, piensa, y agradece a dios, aunque sabe que es su deber preocuparse por ese chico tan débil, tan solo siempre, con las cosas que están pasando, porque después de todo Jesús propone dejar solas noventa y nueve ovejas para ir a buscar a la que se perdió en las tinieblas, y él lo haría, él lo hubiera hecho si esa oveja hubiese sido Juani, ni hablar Nelly pero ahora, aunque se siente egoísta y culpable, por ahora, digo, sólo se sienta y agradece eso y piensa que en un rato se va a ocupar de averiguar algo de ese chico, Chiro o Sergio, Ravanni, cree que se llama, o Ravaschi o Revaschi, tan calladito siempre, tan a la sombra de Juan Ignacio, desde chico y se pregunta si andaría en mala yunta, si tal vez no sería que se habría empezado a juntar con esos que se acercan a la puerta de la escuela con folletos, con cigarrillos. Siempre igual, los chicos con cigarrillos, las chicas con los vestidos de bambula un poco transparentes, sin corpiño y los pelos lacios, enganchan a los chicos para los encuentros y éstos, por la sola promesa de ver una teta, son capaces de irse hasta con cualquiera. Pero eso

después, que lo que está hecho, hecho está, ahora, Pedro, Pedro Sampedroni, suspira y agradece que no sea nada con Ceci, que no se pasaron de la raya, que no la embarazó ni que se hizo un aborto. Y agradece también que Nelly esté bien, su hermana melliza, lo único que le queda en el mundo, ella y este sobrino.

Ya va a volver, le dice, con la voz llena de ese alivio, y se inclina hacia adelante, para levantarse.

Cosa de chicos, dice ya de pie, después de misa me ocupó un poco del tema. ¿Andaba en algo raro? Pregunta y se arrepiente enseguida de la pregunta.

Juan Ignacio lo mira con los ojos extraviados, no sabe qué contestar, Pedro cree ver algo de temor en el fondo de su mirada, pero no está seguro y le dice por las dudas que se quede en la sacristía, que se bañe y lo espere mientras da misa y vuelve a agradecer para sus adentros, mientras lo ve alejarse, el rastro de barro que se desprenden de los tapones de los botines; agradece, no puede dejar de agradecer que no le haya pasado nada a Nelly. Nelly, que a esa hora prepara la cena en la casa, y mientras espera que el agua de la olla hierva, mira de reojo la razón de la tarde y lee la noticia, en primera plana, del chico que apareció muerto detrás de ciudad universitaria. La foto es borrosa, y piensa, como a la pasada, que de lejos se parece a Chiro, pero deja el diario, porque el agua hierve y la espuma levanta la tapa de la olla y se derrama sobre la hornalla. Nelly se santigua, *risquequem in pace*, reza y siente un escalofrío correrle por la espalda. Vuelve a pensar cuánto se parece el chico a Chiro, que prácticamente creció en su casa, pero en seguida sacude la cabeza y se dice que está loca, que cómo se le puede ocurrir semejante idea. Se santigua de nuevo: El eterno reposo dale, señor, resplandezca ahora la luz perpet.

La interrumpe el teléfono.

A Nelly le parece que suena más fuerte que otras veces.

BINARIA

Dos golpecitos, nomás, para no parecer ansiosa, se dice, y la mano golpea la puerta justo debajo del cartel que dice mil ciento uno. Se mira la ropa. Parezco una ridícula, piensa. Una de esas mujeres de catálogo que ofrecen en los hoteles de este tipo. La camisa y el pantalón negro hubieran estado mejor, sigue pensando, y lamenta haberse puesto este vestido que se compró de apuro, que le aprieta la cintura. La pollera acampanada se le mete entre las piernas a cada paso y ella tiene que tirar del ruedo cada dos por tres para ponerla en su lugar. Al fondo del corredor una puerta se abre. Un hombre sale y camina hacia el ascensor de modo enérgico, sin embargo en cuanto la ve, empieza a caminar despacio, cadencioso. Es alto, oscuro. Lleva un traje claro, corbatero, gemelos, reloj de oro. Su perfume inunda todo el corredor. Dulzón, empalagoso.

La alfombra doble no consigue amortiguar los pasos del hombre, que reverberan contra las paredes, haciéndose más fuertes, como golpes. Cuando está a su lado, el hombre pasa revista a sus piernas, las tetas, el culo, sin ningún disimulo. No deja nada por evaluar, con un gesto tan obvio que ella casi puede adivinar, por el ancho de la sonrisa, por la forma de entrecerrar los ojos, el puntaje que le va poniendo. Ella se repliega un poco sobre sí misma, tira del borde del vestido para abajo, lo más posible, pero entonces se le ven mucho los pechos, así que tira un poco del escote para arriba y otra vez un poco de la falda para abajo. El hombre la mira a la cara con sus ojos color agua y eleva por un instante ínfimo las cejas, en

un gesto de lascivia. Ella lo putea por lo bajo, se acomoda lo mejor posible el vestido, pero no hay caso: está mal cortado, le molesta la sisa, y la espalda le queda grande. Si lo tira para abajo, entonces el escote se hace profundo y se le ve el surco entre los dos pechos, apretados uno contra otro por el corpiño relleno que ahora siente que le da un aspecto barato y, si tira del escote para arriba, entonces la cintura se le sube y la pollera se vuelve muy corta, tanto que, al sentarse, seguro se le va a ver la bombacha. No soy una mujer de esas, quiere gritarle; soy una reportera, del suplemento del *Cronista*, le diría si se animara, aunque sabe que no es del todo cierto, y además con ese vestido comprado de apuro, la imagen que da es más la de.

¿Sí?

La voz masculina proviene de la puerta de la habitación 101, que empieza a entreabrirse. Ligia se siente avergonzada, como descubierta en una falta, y suelta el ruedo de la pollera.

Buon giorno, vuelve a decir la voz, baja, bien modulada.

Ligia distingue, apenas asomando por detrás de la puerta que apenas se abre, agarrado del picaporte como si tuviera miedo de caerse al vacío, al hombre.

Buen día, saluda un poco nerviosa, atolondrada. Soy Ligia. Ligia Corigliano, del suplemento cultural del *Cronista*, dice de un tirón, agotando todo el aire de los pulmones, y alarga la mano para el saludo. El hombre también alarga la mano, todavía sin terminar de abrir la puerta, pero el saludo no llega a producirse porque ella, embalada como siempre que está insegura, ya está mirando una pila de libros sobre mesa del recibidor. De todos modos, después de decir esa frase soy Ligia Corigliano del suplemento del *Cronista*, se siente más tranquila, le parece que suena convincente a pesar de que es una verdad a medias.

Buon giorno, repite el hombre y después mueve los labios, dice unas palabras confusas bajando tanto la voz que, agregado al zumbido que ella tiene en los oídos, no llega a escuchar nada. Pero el hombre sigue hablando y, a medida que habla, parece que va tomando coraje, su voz se hace audible, y ella, entonces, entiende que le habla en italiano, y nota, con una cierta pena, que vacila, buscando la forma de distraer, sin lograrlo, un tartamudeo, leve, que lo hace tropezar, una vez, otra, en algunas palabras, empezadas en pé. El hombre al fin parece juntar todo el valor necesario, toma aire y arranca con una frase larguísima, en un italiano tan cerrado, casi sin vocales, que ella no consigue descifrar. Después hace una pausa, respira nuevamente y termina con algo que podría haber sido un Adelante, por favor. No es que ella lo haya escuchado. En absoluto. Está tan nerviosa con esa primer entrevista que le encargaron tres horas antes, una entrevista, al fin una entrevista, después de tanto tiempo, tan nerviosa porque al fin le dieron una entrevista, que no oye nada, los oídos le zumban, el corazón le golpea en todos lados, en las muñecas, en el útero, en la garganta. No obstante, deduce que el hombre tiene que haber dicho algo en ese sentido, en el sentido de hacerla pasar, por el gesto de su brazo mientras dice alguna cosa que bien podría ser un Adelante, y después esos labios que se aprietan y explotan, se aprietan y explotan, se aprietan y explotan, en el gesto inequívoco de una pé. Una pé espasmódica, rebelde, reiterada, que le hace pensar que está intentando seguir con un Prego. Ella se estira otra vez la ropa, para abajo la pollera, para arriba el escote, para abajo de nuevo la pollera, se arregla un poco el pelo que le cae sobre la cara, y termina de entrar.

Ahora que la puerta cerrada la protege del olor picante y dulzón del hombre del pasillo, ella percibe el perfume, tabaco

y madera, del hombre, el Teórico. La habitación es amplia y por suerte, desde donde Ligia está parada no se ve ninguna cama. Sólo ve una mesa redonda ocupando el centro del recibidor y en el fondo, cerca del ventanal por el que entra todo el sol de la tarde, un living espacioso, dos sillones de varios cuerpos, verdes, y una poltrona, alrededor de una mesa de café. Y sobre el recibidor, bien expuestos, la pila de libros. A pesar de la hora, una luz dicróica ilumina la mesa y los libros y Ligia ve en las portadas, en los lomos, cómo se repite una y otra vez EL MUNDO BINARIO, en letras grandes, blancas sobre el fondo negro, y después algunas imágenes y otras letras más chicas que ella no llega a leer porque se olvidó los anteojos en la redacción.

El hombre vuelve a hacer el mismo gesto del brazo extendido y la invita a caminar hacia el fondo de la habitación, hacia el sofá. Ella camina por la alfombra mullida, un poco encandilada todavía por la luz que entra por la ventana, pisa mal y se tuerce el tobillo y pierde el equilibrio. Así, casi cayéndose, se sienta en el sillón que resulta ser más bajo de lo que pensó, las rodillas le quedan casi a la altura del estómago y ella se preocupa por su pollera corta, vuelve a lamentarse por no haber venido con sus pantalones negros. Sin embargo, el hombre no parece reparar en sus piernas ni en el largo de la pollera ni en la posibilidad de que se le vea la bombacha y, de pronto, eso la decepciona. Que el tipo no le haya mirado ni siquiera las piernas, esa indiferencia hacia su persona, o no, hacia su persona no, a decir verdad, pero sí hacia sus piernas, que ella hace un minuto se preguntaba cómo ocultar, y que ahora resulta que no hace ninguna falta que oculte porque a él no parecen interesarle en lo más mínimo, la hace sentir insignificante, invisible. Nadie.

El hombre, en cambio, no se sienta sino que sirve, en silencio, dos pocillos de café. Los trae en una bandeja pesada, de metal, junto con una azucarera de porcelana. Deja la bandeja sobre la mesa y se queda ahí, parado, los pies planos en diez y diez, calzados con unos zapatos tan finos, tan brillantes, como ella no vio nunca, ni siquiera en las vidrieras del centro. El hombre le acerca el café y sonríe. Incómodo, es la palabra que ella piensa. El hombre, las manos arrojadas al fondo de los bolsillos, como muertas, balancea todo su peso sobre las puntas y los talones, una y otra y otra vez, y la sigue mirando, indeciso. Sonríe, los ojos bajos, como turbado. Finalmente corre un poco el silloncito, en su boca los labios se aprietan. Ella los ve juntar a presión, una burbuja de aire infla la boca un poco detrás de esos labios apretados, la barbilla se arruga y se sube levemente. La presión de aire vence la compresión de los labios y una pé explota en esa boca, pero explota en vacío, como un motor que no arranca. El hombre se pasa la mano por la barba, una barba cuidada, como de tres cuatro días, y ella ve los dedos largos, las uñas cuadradas, ninguna alianza, ninguna marca blanca. Vuelve a intentar hablar y la pé explota nuevamente en vacío, la piel de la frente, esa piel blanquísima se enrojece al máximo, la mirada enfoca ahora un pedazo de alfombra, justo entre los dos zapatos. Ligia no puede sacar los ojos de esos labios apretados, exigidos. Retiene el aliento y hace fuerza con la mente, como si quisiera empujarlos ella misma, con su intención, con la intensidad de su mirada, con los músculos de su cuello, para que arranquen. Se encuentra sintiendo con la cabeza, como alentándolo a seguir. Por suerte el hombre no la ve en ese gesto que ella siente ridículo, materno, porque mira hacia ningún lado, a un punto perdido en el fondo del cuarto pero los ojos están vacíos, como si al retirar su mirada quisiera retirarse, también él, de la mirada

de ella. En reposo, se dice Ligia, son unos labios con una cierta sensualidad. Tienen algo sereno, tierno, pero en cuanto intenta hablar, se le endurecen. Y el hombre los violenta, los comprime y hace explotar, los comprime y hace explotar, varias veces, una, dos, hasta que en la tercera, la cuarta, arranca:

Permiso, dice el hombre, y se sienta.

No puedo creer la suerte que tuve, piensa ella, un poco más relajada ahora que el hombre pudo destrabarse, mientras revuelve la cartera en busca de su anotador, de su lapicera. La suerte que tuve de ser la única en la redacción que habla un poco de italiano. Piensa esto, pero también se relame pensando en la cara que va a poner la gorda de Sociales. La Gorda de Sociales, que hace dos semanas que sabe que el Teórico llegaba ayer a Buenos Aires y se lo tenía tan calladito, la cretina. Se imagina la cara de la cretina de Sociales cuando vea su nota, a doble página en el suplemento, foto a seis colores, y firmada. Sí. Fir – ma – da, dice y va acentuando cada sílaba, y se imagina diciéndoselo así a la cretina de Sociales, de forma escandida, separando las sílabas y después de acariciar la idea, la abandona porque sabe que nunca va a animarse a nada por el estilo. Pero no puede disimular la sonrisa. Porque de todos modos, se lo diga o no, la Gorda tarde o temprano va a ver la nota firmada y ella no quiere perderse esa cara. Conoce ese gesto, esa forma que tiene la Gorda de apretar la boca como si estuviera comiendo alguna cosa muy amarga, como si no supiera qué hacer con toda la saliva que se le junta. La Gorda cretina, con su apellido de calles de recoleta, con todo su inglés, sus ojitos celestes y sus maneras de reina, ya daría por descontado que le correspondía a ella hacer la nota. Y resulta que el Teórico éste no acepta ninguna entrevista que no sea en italiano.

Abre su cuaderno, acomoda el grabador sobre la mesa ratona que ella piensa que cuando escriba la nota la va a llamar mesa de café, cree que mesa ratona es más de entre casa. Mira al hombre frente a ella, casi tragado por el sillón. ¿Y este es el famoso Teórico? Se pregunta. Me lo había imaginado distinto, se dice y repasa mentalmente las pocas cosas que le contó el jefe de redacción sobre este hombre del que hace tres horas no sabía ni que existía. Un filósofo. Italiano. Teo d'Orico. 53 años. Milanés. O turinés, ahora no recuerda. O friuliano, lo que sea, pero del norte. Mittle europa, como dicen ahora. Italiano pero no tanto. Italiano pero de la Lega. Superiores. Arios. No terrone, como ellos, los Corigliano, del sud. De Calabria Saudita, como dicen los del norte. Terrones de Calabria Saudita e inmigrantes. Terrones y sudacas. No. Alto, blanco. Ario. mittle europa. Catedrático en Milán, Honoris Causa en Frankfurt. Le dicen el Teórico, parece, por lo pedante. No se lo imaginaba así. Tan callado. Menos alto de lo que pensaba. Tartamudo. Su libro *El mundo binario*, ganó el premio Strega y otro que ahora no recuerda. Busca las notas en sus apuntes, pero no lo encuentra.

Al jefe casi le da un soponcio cuando se enteró que la Gorda de Sociales no hablaba italiano.

¿Te parece poco, le contestó la otra, hablar inglés, portugués y alemán?

Me parece poco, le contestó el jefe.

Pero ella la jugó bien. Por una vez, ella jugó bien su carta. Entró al despacho sin llamar y dijo directamente:

Puedo ir yo.

El jefe se la quedó mirando. Por un momento Ligia tuvo la convicción de que el tipo no sabía ni que ella trabajara en el diario.

A casa mía si parla italiano.

Dijo eso, “a casa mía si parla italiano”, y le hubiera gustado filmar el cambio en la cara del jefe. La cara del jefe. Le hubiera gustado filmar ese cambio. Y de pronto Ligia se sintió, frente a esa cara, también cambiada: diez años más joven, diez kilos más flaca, un metro más alta.

Nunca se sabe de dónde va a venir la oportunidad, se acuerda de pronto que decía siempre su nonno. No se sabe nunca. Tenía razón el nonno y ella ahora va a firmar esta nota, con foto a varios colores y sabe que va a poner “mesa de café”, empezar la columna con algo así como: sobre la mesa de café los pocillos vacíos, taratá, taratá.

El hombre sigue callado. Ahora tiene los codos clavados en los apoyabrazos y la cabeza entre las manos, como para que algo no se le salga de foco. La mira fijo, pero cuando ella lo mira a los ojos, él corre la mirada, y la piel blanquísima de la frente se le enrojece. Ligia se lamenta de haberse olvidado los anteojos en la redacción, porque para la foto, de cuatro columnas, a seis colores, le darían un aspecto más intelectual.

Lamento mucho que mi hermano haya perdido el avión desde San Pablo, dice el hombre de pronto. No creo que llegue antes de las seis. Si hubiera tenido el teléfono de la editorial, le hubiera hecho avisar.

¿El hermano? ¿Qué no llega? A Ligia le tiembla un poco la lapicera en la mano. Algo se le dobla adentro, a la altura del estómago, algo que se para, que cesa y se queda así, doblado.

Con razón, se dice, con razón.

Tarada.

Tarada, se reprocha, más tarada no podías ser. Seguro que te lo dijo apenas entraste pero vos, con ese embale que te agarra, que te movés como un mono, no ves, no escuchás, no pensás, no nada.

Qué pedazo de tarada.

El ruido de la cuchara contra el pocillo la saca del pensamiento rumiante. Frente a ella, el hombre agrega un poco más de azúcar al café. Revuelve. Ligia calcula que le puso unas tres cucharadas. Cuatro, tal vez, en esa taza tan diminuta. Él hace un gesto nuevamente con la mano, invitándola a servirse el azúcar. Ella niega con la cabeza.

No gracias, dice, lo prefiero amargo.

Beben los dos, en silencio. Después el hombre levanta con la cuchara el sedimento dulce del fondo de la taza y se lo lleva a la boca. Ella ve la boca abierta, la cuchara apoyarse sobre el lomo de aquella lengua, los labios serenos que envuelven la cuchara, que retiran el azúcar ennegrecido, y recuerda ese sabor en su propia boca, en las sobremesas de los domingos, trepada sobre las rodillas del nonno: el azúcar ennegrecido por el café y perfumado de ron. Se le humedecen un poco los ojos, no sabe si por el recuerdo de aquel azúcar o porque se siente tan, tan tarada ahí, tratando de impresionar con ese vestidito indigno, con ese entusiasmo de colegiala por su primer entrevista, haciendo el ridículo frente a este hombre con los zapatos más finos que vio en su vida y que no es el hombre que.

Respira hondo y agarra su cartera, como siempre que no sabe dónde esconderse; rebusca algo adentro, rebusca, rebusca con toda la atención puesta ahí en el fondo de su cartera para hacer tiempo hasta que el aire pueda volver a entrarle a los pulmones, a que los ojos se le sequen, la mente se le despeje. Controla el grabador, que tenga pilas, pasa lista a los botones.

Nunca se sabe dónde puede estar la oportunidad, decía el nonno.

Respira hondo. Respira hondo otra vez.

Señor D’Orico, empieza a decir.

Carlo, interrumpe él.

Carlo, sigue ella, si me permite, podría hacerle algunas preguntas mientras esperamos que llegue su hermano. Me gustaría saber qué opina usted sobre EL MUNDO BINARIO, sobre el pensamiento que su hermano desarrolla en este libro.

El hombre se la queda mirando, la cuchara a medio camino entre la taza y la boca. Deja el pocillo en la mesa. La piel de su frente está ahora de un blanco feroz.

¿Por qué?, pregunta después de un rato.

La mira, serio, a los ojos y vuelve a preguntar ¿por qué? y Ligia nota que ahora no tartamudea.

Es duro el tano, piensa ella, que esperaba cualquier tipo de respuesta, pero no esta pregunta. Es duro el tano, se dice, y empieza a entender que esto de las entrevistas es mucho más que hacer preguntas.

Se acomoda un poco el pelo, agarra el anotador con las dos manos, lo apoya con fuerza en su falda e inventa algo, ensaya una justificación a ese pedido, quisiera decirle la verdad, que la ayude a ensayar una entrevista, porque es la primera que hace, después de tanto tiempo que lo único que le dan para escribir es el horóscopo y cada tanto, si falta personal, alguna necrológica, que la ayude a practicar cómo se hace, él debe haber visto miles, debe saber cómo se hace, qué cosas se preguntan, cuáles es mejor que no, que la ayude, que la ayude por favor. Pero en cambio sonrío y dice algo así como que todas las cosas tienen una cocina, un lado del revés donde se cocinan todas las ideas y que a la gente le interesa conocer la cocina. Y que a ella le gustaría mucho saber cuál es su opinión sobre el libro *El mundo binario*, sobre su teoría. Termina la frase y sonrío lo más que puede, adelanta un poco el torso y lo mira a los ojos, buscando un cierto acercamiento, una intimidad. Hace esto y se siente infame, haciendo uso del recurso berreta de la sonrisa halagadora, recurso de mina

barata, recurso que detesta. Se queda mirándolo con la sonrisa petrificada en la cara y con la duda de si se habrá expresado bien. Espera más preguntas de ese estilo pero él no hace ninguna, si no que se quedan los dos inmóviles, mirándose. Él la estudia, ella le sonrío estúpidamente.

¿A usted le interesa saber lo que yo opino? ¿Le interesa mi opinión? Pregunta al fin.

A mí sola, no —le contesta, rápida—. Estoy segura de que a todos les interesaría saber.

Él vuelve a quedarse quieto, marmóreo detrás de sus anteojos y ella se siente más infame que nunca pero también le parece, no sabe por qué, que algo en el fondo de esos ojos brilla. No, no es un brillo, es algo fugaz, como fantasmagórico, algo que pasa, que contrae apenas las pupilas, un espasmo, después relaja. Finalmente el hombre suspira, y con ese suspiro parece salir de un encantamiento, se acomoda en su sillón y despacio y, como dudando, empieza a hablar.

El libro hace foco en lo completo, dice.

Tiene la voz achatada, como si viniera desde una enorme distancia, o de un grabador al que se le están acabando las pilas.

En la dicotomía, completo, incompleto, sigue. El trabajo articula las ciencias biológicas con las religiones arcaicas, abrevia en las corrientes antropológicas contrarias a Levy Stauss y refuta el psicoanálisis en pos de un evolucionismo duro, más cercano al pensamiento de Lamark, y en ese marco teórico rastrea los orígenes ontogénicos y filogénicos que sustentan la organización humana en la polaridad perfecto – abyecto. Habla de un tirón y sin respirar, como un mago que saca de la galera un largo, larguísimo pañuelo con todo ese discurso pre armado.

Hace una pausa y con la mano se lleva para atrás un mechón de pelo negrísimo. Ella se queda mirando el gesto de esa mano, que ahora le parece tan cuidada, elegante, mira los dedos que se hunden en el pelo de una forma tierna, los surcos que se abren en el pelo, a su paso, muestran la blancura del cuero cabelludo. La mano pasa con suavidad por su cabeza, el pelo se deja llevar, dócil, pero el mechón vuelve a caer sobre su frente, como afirmando una posición, una ideología. Ella de pronto se pregunta cómo se sentirá esa mano sobre la suya, sobre su hombro, rozando su cara. La toma por sorpresa esa idea, se mueve en el asiento como si en vez de un asiento fuera ahora un hormiguero, descruza las piernas y las cruza en sentido inverso, pasa ella también la mano por su pelo, como queriendo barrerse algo de la frente, agarra un mechón y lo fija detrás de su oreja. Carlo se queda callado, la cabeza un poco inclinada hacia el piso, los anteojos caídos sobre el puente de la nariz. Parece estar tomando aliento, pensar el camino a seguir. Sin embargo la mira por encima de los anteojos. Ligia se alarma al constatar que él la está estudiando de nuevo con esos ojos que, recién ahora se da cuenta, son verdes. Un verde oscuro y apagado. Él está ahora estudiando el efecto de sus palabras sobre ella y a ella, en cambio, no le interesan las palabras de ese discurso, armado e incomprensible, sino el gesto de esa mano que de pronto desea sobre ella, y la incomodidad misma que ese deseo le plantea; y en cambio él, ahí, apenas separado por la bandeja de café, la mira, la estudia en silencio, con su ojo algo estrábico y con una intensidad que a ella le molesta, porque está segura de que el hombre ya comprendió todo, quién es ella, qué es lo que hace ahí, su incapacidad para entender nada de lo que él dice, y su deseo repentino de esa mano.

La biología habla de machos alfas, sigue Carlo como si nunca se hubiera interrumpido. Las ciencias sociales hablan de liderazgo. Pero la teoría del Mundo Binario es más radical. Es una teoría total. Su voz vuelve a ser achatada, sobre todo pronuncia la palabra total, como si una enorme tensión le encastrara las mandíbulas y él tuviera que hacer mucho esfuerzo por movilizarlas. Porque si la teoría del macho alfa contempla la posibilidad de machos no alfas, podrían ser llamados machos betas, gammas, deltas, en un sentido de diversidad biológica o relacional.

En cambio, la teoría que mi hermano postula, y lo hace con una contundencia irrefutable, es que en la sociedad humana hay individuos que dará en llamar Uno, que lo concentran todo. Son individuos elegidos y avalados por el sistema. Individuos que encarnan el ideal de la totalidad. Son intrínsecamente necesarios. Como todo, en cualquier organización acarrea su beneficio y su malestar. El libro dedica unos tres capítulos a esto, luego unos cuatro capítulos al concepto de Cero porque, necesariamente si hay individuos Uno, su contrapartida serán lo que él da en llamar los individuos Cero. Necesariamente y por defecto: Cero. Dice esto con un resto de voz, casi inaudible, se ayuda de las manos, gesticula: hace, con movimientos muy exagerados, dos apartados bien distantes con las manos, dice: Uno y Cero. Uno y Cero. Uno – Cero. Como en los números binarios.

En los ojos le brilla algo que parece malicioso. Ella se queda mirando esa forma de pronunciar la palabra Cero: *Zero*, dice, así, resbalando la ceta como si entre los dientes no pasara aire sino seda. Ligia llega a ver los dientes perfectos, blancos, entrevé la punta de la lengua moldeando ese aire que sale de su boca como una seda.

Seda – Seta – Zeta – Zero, piensa ella.

Zero, repite para sí, dejando escapar la seda, también ella, entre los dientes.

Zero, dicen en voz alta, los dos, al mismo tiempo.

Carlo se sorprende de la coincidencia y sonrío. Una sonrisa liviana, aliviada. Alrededor de los ojos se le marcan unas arrugas profundas, la boca se estira, y Ligia puede ver, aun a través de esa barba de cuatro, cinco días, que se le marcan dos hoyuelos, largos, profundos, en las mejillas. Carlo sonrío y se pasa la mano por la boca, se toca los labios, como si quisiera palpar esa sonrisa. Ligia vuelve a pensar que esos labios así, distendidos, tienen una cierta sensualidad.

En el cuarto de al lado suena un teléfono. Carlo se excusa y sale de la habitación. Ligia aprovecha para releer un poco las notas que acaba de tomar. Le gustaría poder entender algo de lo que dice. Por fortuna tiene el grabador, pero no sabe cómo va a hacer para redactar la nota, si hasta el momento no tiene la menor idea de lo que el tipo le está hablando.

Carlo vuelve pero Ligia lo nota distinto, no sabe qué es, pero tiene la mandíbula apretada y, a través de esa barba suave, de tres, cuatro días, se le notan los tendones del cuello.

Muy claro su concepto, dice ella cuando él se sienta. Sin embargo a mí lo que me gustaría conocer es su opinión personal sobre la teoría de su hermano.

Formula la pregunta, más que nada, porque no se le ocurre ninguna otra, porque es una pregunta fácil, que ella puede manejar. Carlo empalidece. La pregunta de Ligia le llega mientras se está sentando en el sillón y a partir de ese momento parece que sus músculos hubieran claudicado, los codos se le flexionan y él se sienta tan bruscamente que es casi como si se hubiera caído, como si hubiera decidido desplomarse en el sillón. Ligia no llega a entender qué le pasa. Se alarma, piensa que tal vez se siente mal, que se esté descomponiendo.

Se sienta un poco más adelante en su sillón, Carlo anticipa ese acercamiento y estira un brazo, en señal de que se aparte, pero un segundo después hace una media sonrisa, como preparando la boca para pronunciar una e. Inspira y en el fondo de su garganta, pronuncia una qu. Pero ahí se queda. Trabado otra vez. Mira hacia la ventana. Se evade de los ojos de Ligia. Vuelve a intentar.

Qu. qué.

Ligia vuelve a fijar los ojos en esa boca, a asentir con la cabeza a cada intento de esa boca que no arranca, siente una enorme tensión en los músculos de su propio cuello.

Qu qué quiere usted decir, pregunta cuando logra arrancarle a su garganta alguna cosa, con la mirada intranquila. Una gota de sudor le cae por el costado de la cara.

Ella también tiembla un poco. Comprende que metió la pata, que la metió hasta el fondo pero no entiende en dónde, ni por qué.

Es sólo una pregunta, dice ella, con suavidad, como si caminara por un campo minado: Si no quiere, tiene la libertad de no responderme.

Qu. Qu, quiere que le diga lo que opino de la teoría de mi hermano. Dice.

Esta vez, aunque tartamudea, la mirada no huye, está clavada en los ojos oscuros de Ligia. Ella no sabe qué responder, se queda callada, esperando.

Tengo dos años menos que mi hermano, dice.

Ahora articula con claridad, sin tropiezos. Tiene la mirada dura. Una mirada que Ligia no sabe cómo interpretar.

Conozco desde dentro la teoría del Uno. El Uno, la completud por antonomasia.

El ruido de la puerta que se abre, pero no hace que Carlo se interrumpa; por el contrario, se apura a reforzar la frase:

El Uno, dice, por antonomasia.

La puerta se cierra de un golpe.

¡Ah!, dice mirando hacia la recepción, parece que llegó mi hermano.

Y sonrío, pero no como hace un rato. Ligia no sabe qué otro nombre darle a esa contracción de los músculos de la cara, a esos ojos que de pronto están vacíos, tan vacíos que parece que la luz no los penetra. Desde la puerta llega la voz de un hombre.

Carlo, grita el hombre. Llegué, Carlo.

Ligia oye el ruido de un cuerpo muerto golpeando contra el piso. Le cuesta imaginar al filósofo tirando los bolsos, las cosas en cualquier parte.

Ese avión de mierda, sigue diciendo la voz del hombre, desde la entrada. No sabés como se movía. Y esta ciudad de locos, Carlo. Dónde te habías metido, Carlo. Veinticinco minutos esperándote. Te dije a las seis, Carlo. A las seis.

Ligia escucha que la voz del hombre se va moviendo de un lado para otro allá en el antecuarto, mezclada con el ruido de vasos que tintinean, de un líquido cayendo en cascada, sobre el vidrio del vaso.

¿Estás, Carlo? ¿Qué pasa que no te funciona el teléfono? Tuve que tomarme un taxi. Mamma mía, los taxis, acá. Son antediluvianos. Llamaste a la mujer esa del diario, imagino.

Tiene una voz oscura, vibrante.

Carlo, repite, llamaste a la mujer del diario, me imagino. Le habrás dicho que no venga, imagino.

Carlo sigue de pie en medio de la sala, los ojos clavados en la punta de su zapato. Ligia ve la piel de su frente, del cuello, las orejas que se le ponen de un rojo intenso. Un instante de silencio y después la misma voz:

Y a esto le llaman whisky.

Y una carcajada. Todavía está riéndose cuando entra a la sala. Se acerca a Carlo, que lo recibe con las manos en los bolsillos.

Hola Carlo, dice y le da un beso en la mejilla, y asumiendo una postura de boxeador, juega a lanzarle un uppercut que no le llega a tocar la cara.

¡Dale Carlo, dale! Lo desafía a pelear, pero Carlo no participa del juego.

Ante cada avance de Teo, Carlo interpone un brazo, retira la cara, molesto. Teo, entonces, abandona la posición pugilística y le pasa una mano por la nuca, se la sacude levemente.

Carlo, hermano, dice, serio. Veinticinco minutos esperándote. Qué ciudad de locos. Qué ciudad de locos. ¿Cómo te está tratando esta ciudad de locos, Carlo?

Su tono ahora es suave, como de quien habla a un cachorro. Teo tiene una piel blanca, en algunos lados un poco más rosada. El pelo, completamente blanco, contrasta con su ropa negra, la polera, los pantalones, los zapatos. Se lleva una mano al cuello, mete el dedo entre la piel y la polera, la separa del cuello, la estira hacia abajo. Repite el gesto varias veces y Ligia piensa que hace calor para semejante polera. Seguramente le pica, lo asfixia, o las dos cosas juntas. También él tiene unos zapatos como ella no vio en su vida, ni siquiera en las vidrieras más elegantes del centro. Es alto, muy alto. Por lo menos una cabeza más alto que Carlo. Musculoso, bien formado. La ropa le cae con elegancia sobre su abdomen plano. Se ve que ha sido muy rubio, ahora está todo blanco.

Carlo, dice, Carlo, querido. ¿Cómo va todo para la presentación de mañana?

Palmea el hombro del hermano y sonrío, y Ligia no recuerda haber visto nunca una sonrisa más perfecta. Sólo entonces Teo parece darse cuenta de la presencia de Ligia en el cuarto.

Ah, dice. Buenas noches.

Carlo deja de balancearse sobre sus puntas, sobre sus talones, saca las manos de los bolsillos.

Teo, la señorita es la reportera de *Cronista*, dice, en voz baja, incómodo. Ligia, este es mi hermano, el Profesor Teo D'Orico.

Teo camina hacia ella. Trae con él su voz, su cuerpo, su sonrisa, los ojos enormes, amarillos. Teo sonríe con esos ojos amarillos, una red de arrugas muy finas se remarcan en su cara. Cuando está a su lado, sus ojos se desvían por un segundo hacia su escote. Ligia tira un poco del escote para arriba y otra vez un poco de la falda para abajo.

Buenas noches, repite. Ligia suelta el ruedo del vestido, alarga la mano que él retiene entre las suyas un segundo más de lo que ella quisiera..

Ojalá que no se haya aburrido tanto mientras me esperaba, dice Teo, y sus cejas se elevan apenas y se queda así, sonríe en silencio, los ojos dorados. Ligia no sabe qué decir. No tiene palabras. Soy una reportera, del suplemento del *Cronista*, dice, aunque sabe que no hace falta volver a aclararlo, aunque es evidente que algo en la mirada de Teo le hizo pensar que tal vez sí, tal vez hace falta. Se pasa maquinalmente la mano por el vestido, como si se lo quisiera planchar. Tiene plena conciencia del aspecto de idiota que debe de estar teniendo en este momento, los ojos abiertos como platos, la sonrisa que le cuelga de la boca. Teo se pasa la mano por el pelo, níveo, suave, después vuelve a estirar el cuello de la polera, un poco para abajo, la separa de su piel tan blanca, tan rosada y otra vez:

Espero que no se haya aburrido demasiado, esperándome, dice y le guiña, apenas el ojo.

¿Le guiñó el ojo? ¿O le pareció a ella?

Si me hace el favor, sigue diciendo Teo, ajeno a estas dudas, podemos tener una entrevista rápida.

Se acerca hacia ella, y apoya su mano en la base de la espalda. Ligia siente el calor de esa palma abierta en la piel de su espalda, atravesar la tela del vestido. Con la otra mano, Teo señala el sofá de dos plazas.

¿Nos sentamos? dice, y su voz tiene ahora un tono más bajo.

Ligia se apura a sacar nuevamente el grabador y la máquina de fotos pero él la interrumpe agitando la mano:

Tres preguntas nada más, dice, y su mano cae, como al descuido, sobre la rodilla de ella. Ella siente el calor en la cara.

Fotos, no, dice también, en la voz cada vez más cerca, más baja, algo húmeda. Mi hermano le dará después alguna de las que tiene para prensa. ¿No es cierto, Carlo?

Carlo no contesta, saca las manos de los bolsillos y da un paso, apenas, hacia el costado. Camina hacia la mesa del recibidor. Ordena la pila de libros caídos y, después, sin volver a mirarlos, sale de la sala.

Cierra tras de sí la puerta en silencio.

ATERRIZAJE

Ahora que anuncian la llegada de su vuelo, el cuerpo me juega una mala pasada, la adrenalina me saca el corazón del pecho; hay unas lágrimas que me cuesta mantener dentro de los ojos. Me cierro la blusa, como abrigándome, pero es que tengo miedo de que se me note el corazón fuera del cuerpo. Dieciocho meses. Dieciocho meses en que nuestras caricias, nuestras salidas, peleas y reconciliaciones quedaron fracturadas por esta distancia. Una distancia que fue mucho más que la de los kilómetros. Es una distancia absoluta, de pensamiento, de idioma, de clima. Y no nos quedó ni siquiera el recurso de mirar por las noches el mismo cielo, las mismas estrellas, porque hasta el cielo estuvo fracturado para nosotros en todo este tiempo.

Gerardo avanza entre la mole de valijas, abrigos y paquetes y ahí, detrás de todos esos bultos, reconozco sus ojos de peltre, su barba descuidada, la sonrisa exhausta. Partir es morir un poco, dicen. Puede ser. Pero quedarse es morir todos los días. Quedarse y esperando, eso sí que es la muerte. La muerte chica, como decía mi mamá y yo no entendía bien qué significaba. Los sábados es el velorio. El domingo a la tarde el entierro. Por suerte siempre hay un lunes urgente, esperándonos para resucitarnos como un shock eléctrico que nos hace funcionar medio zombies hasta el próximo sábado de agonía. Y el consuelo gris de la computadora, los mails, el chat, la camarita. Las conversaciones en horarios imposibles con el delay insoportable y el consuelo, a veces, del sexo virtual, tan apagado y tan ausente.

Me aprieto contra su cuerpo en un abrazo largo, los cuerpos un poco duros, como si hubieran olvidado la forma de encontrarse, pero el olor es el mismo, a pesar del perfume, madera y tabaco, que no le conozco. Los labios que se tocan en un beso rápido. Dieciocho meses. Gerardo y su beca en Boston. Mi mano en su nuca, en la oreja, en el pelo, Gerardo y sus ojos, sus manos, todo él, otra vez conmigo, y otro beso que apenas lo roza, un segundo apenas porque me doy cuenta de que estoy colgada de su cuello, que casi lo asfixio y él quieto, tan cansado, que ni puede abrazarme, llenos como tiene los brazos con el abrigo, el bolso, y la ropa pesada, con el calor que hace, y ahí los dos parados, en el hall del aeropuerto, Gerardo, volviste. Gerardo. Y la gente que pasa, que nos mira y sigue, que pasea sus ojos por nosotros, como quien ve la nada. Nos separamos un poco y entonces me mira y me dice con esa, su voz ronca que me hizo tanta falta, Carmen. Carmen, dice. No Amor, no Loca, no Linda. Carmen, dice, ojeroso, y es que está tan cansado, tan pero tan casando, Gerardo después de los dieciocho meses de la beca en Boston. Dame las cosas, digo, vamos al auto. Y las puertas que se abren. Y nos dicen, bienvenidos, con esa, su voz de azafatas, tan distintas a la de dieciocho meses atrás en que se abrieron de par en par para que pasáramos Gerardo y su entusiasmo, toda mi tristeza y yo, y me dijeron con voz de consuelo, dieciocho meses pasan pronto. Y ya en el auto, el viaje de vuelta, el peaje, y la alfombra verde del parque de Thais, los hangares, ahora, a la derecha, con sus aviones que me ven pasar con Gerardo y me dicen: misión cumplida y yo lo miro y les digo, gracias, gracias y después la autopista y pienso en llegar a casa y en el sexo urgente en cualquier lado, de cualquier modo, los cuerpos trenzados, la ropa tirada y después la ducha larga, la comida, las fotos. Los regalos, el silencio.

Estiro la mano y acaricio su pierna que por fin descansa en mi auto, y lo miro ahí, entregado al cansancio y voy contenta porque lo llevo conmigo y lo toco, aprieto más su pierna para creerme que está acá, al fin está acá, Gerardo, después de dieciocho meses, después de su beca en Boston, está otra vez acá y descansa en el auto, y yo lo llevo, manejo, y Pappo canta en la radio “Juntos a la par”, y ni yo misma me lo creo, así que dejo que mi mano repté unos centímetros por su muslo hasta atraparle los dedos y lo miro, apoya la cabeza en el respaldo del asiento, y de pronto gira hacia mí, me mira, esas pestañas negras que le subrayan los ojos de peltre, la frente un poco arrugada entre las cejas y veo su boca, los dientes, y los labios que se arquean hacia adelante para decir.

¡Cuidado que te tragás a ese imbécil! dice.

Le suelto la mano, alarmada, miro al frente, pedal izquierdo, pedal del medio, palanca al centro.

Ya me había olvidado cómo manejan en este país, dice.

Dice este país. Este país. Gerardo no dice Argentina, dice este país. Nada como ir juntos a la par, canta Pappo. Apago la radio. Siento sus ojos clavados en mí, me tiemblan las manos, como con una cierta culpa. Respiro hondo, embrague, primera, acelero.

Gerardo dice: Animal, en Boston le hubieran sacado el registro.

Y lo dice con todo el desprecio con que se puede decir una frase como esa. También dice: En Boston los autos tienen aire acondicionado. Y: allá los autos son automáticos.

Silencio. Embrago, primera, acelero.

Sandy tenía un Pontiac automático.

Gerardo mira por la ventanilla.

¿Sandy?

Una compañera de allá.

¿Un Pontiac?

Sí, automático.

Pero no dice Pontiac. No pronuncia Pontiac como yo o como cualquiera. Tiene un dejo de tonada de otro lado, igual que cuando dice Boston. Luz de giro. Bajamos de la Ricchieri, el sol pasa entre los brazos de los eucaliptos y me emborracha, el auto cabecea un poco, el perfil de Gerardo emerge por un momento del cielo tan azul pero él permanece indiferente al milagro, la boca todavía tensa, la cabeza separada un poco del respaldo, el cuello recto, como preparado todavía para algo. Lo miro, le sonrío. Pero él mira al frente, serio y no me ve. En el oído me queda todavía su manera de decir imbécil, este país, su forma distinta de pronunciar Pontiac, Boston. Sandy. Miro por el espejo retrovisor, pongo el guiño y tomo la General Paz, sentido Río de la Plata. A lo lejos, sobre el río, se despliega un frente de tormenta, las nubes blancas, grumosas, se sostienen sobre un cielo gris o verde, como de granito. Unos metros más adelante, el tránsito está detenido por completo. El sol a nuestras espaldas, pega en una infinidad de paragolpes, espejitos, techos, baúles de autos. Pega y rebota y se choca con otros rebotes, y arma una malla de rayos ultrajantes, perforadas por las luces rojas, las luces amarillas de las balizas de todos los autos que carburan su fe en el peregrinaje de Liniers. Entrecierro los ojos, bajo la visera. Freno. Punto muerto.

¿Todavía se arma galleta en Liniers?

Sí, todavía se arma.

Y por primera vez desde que estamos en el auto lo miro de frente y encuentro unos ojos como de hielo sucio y frío, y ese gesto de cansancio que puede ser de cansancio pero pienso que también pueda ser de otra cosa. Tiene el pelo un poco engrasado, en la nuca se le hace un rulo donde le roza el cuello

de la camisa, no recuerdo esa entrada tan pronunciada sobre la sien, que le llega casi hasta. Bocina. Pongo las manos en el volante. Bocina de nuevo. Avanzar. Pero a dónde, unos centímetros. Me pregunto si se está quedando pelado. Un avance inútil, sólo para que nadie nos ponga su auto adelante. Un metro, como mucho un metro y medio. Para qué avanzar. Bocina. Primera. Bocina. Acelerador, punto muerto, freno.

Deberían haber hecho una derivación sobre nivel, dice, y mueve la mano dibujando una comba. Primera, acelero. El auto de adelante frena. Freno yo también, siento sus faros rojos otra vez tatuados en la cara, pero me olvido de embragar, y el auto se para.

Sí, como en Boston, digo. Pero pienso que no es Boston, es Liniers y se arma galleta y me pregunto si seguiría llamándose Liniers, si hay forma de que Liniers siga siendo Liniers si no se armara toda esta galleta, toda esa Meca de autos voluntariamente inmolados cada día a la liturgia del cruce de este puente. Punto muerto, giro la llave pero el auto no quiere arrancar, patina. Está ahogado. Me llega el olor a nafta. Aguantá un poco, me dice el auto, dame un respiro.

Miro otra vez a Gerardo. Está un poco más gordo. Giro la llave. Ahora sí, arranca. Acelero dos, tres veces, en punto muerto. No sé para qué, si la columna de autos sigue parada. Acelero una cuarta vez, con el pie en el embrague a fondo, y la palanca en primera, mirando al frente; preparada para. No sé preparada para qué, si total no vamos a ningún lado. Nadie va a ningún lado. Enciendo otra vez la radio. Fito Páez destroza "Ciudad de pobres corazones". Subo el volumen y bailo un poco en el asiento, con cuidado de no soltar el pie del embrague.

No, no me anda el CD, digo.

Sí, me lo quisieron robar y lo arruinaron, digo.

Digo: Sí, todavía roban estéreos en Buenos Aires.

Digo: Sí, una cagada.

Apago la radio y me miro en el espejo. Me arreglo el flequillo. Miro desde la altura del puente hacia las vías del tren, los depósitos, la estación. Los colectivos esperan, como tiburones, a toda esa gente que camina para todas partes, sin ningún sentido, con algún sentido. Con alguna esperanza. Me alzo el pelo sobre la nuca y me abanico con la mano, pienso de qué color tendrá el pelo Sandy. Abro la ventanilla. El aire está planchado, duro. Achicharrado por el calor del asfalto, por el olor a neumático hervido, a las chimeneas de las fábricas, a millones y millones de caños de escape que hacen sus rezos de cada día en la Meca de Liniers.

No, no la cierro, que me ahogo.

Sí, me gusta que me despeine.

Sí, no me plancho más, me lo dejo natural.

Ahora ya no hay sol. El cielo está por completo encapotado, sólo queda el gris del cielo, el plomo en el aire, el cemento. El asfalto recalentando el ambiente.

Sí, una humedad que mata.

Más gordo. Por lo menos cinco kilos más gordo. Una gota de sudor le cae por la mejilla. Sobre el río cada tanto se ven unos relámpagos. El cielo casi negro parece aplastar la ciudad, vencerla. Los edificios, de una blancura que asusta, desgarran el vientre de ese cielo congestionado, sobre el río los refusilos, los relámpagos, cada tanto un rayo. Gerardo reclina el asiento para atrás. Cierra los ojos. Cada tanto dice algo, siempre con los ojos cerrados.

Mucho calor. Capaz graniza, pienso en voz alta.

Sí, seguro que se inunda, contesto.

Digo: Sí, lo de siempre, dos gotas y se inunda.

Digo: Sí, una mierda.

Dieciocho meses.

Digo: Claro, allá es otra cosa.

Pero sé que no.

Y también: Claro, en Boston esto no pasa.

Desde General Paz veo Libertador, la escuela Raggio. La Esma.

Pienso en llegar a casa. Su lado de la cama, el espacio en el placard, el turno del baño.

Partir es morir un poco.

Bajada en Libertador, hacemos el rulo y tomo hacia Núñez. Enciendo un cigarrillo, se lo ofrezco. Gerardo cierra los ojos y niega apenas con la cabeza.

Sí, yo todavía sí. Probé a dejar pero volví. Me relaja.

Pienso que otra vez dos vasos, dos platos, las empanadas sin pasas, los zapatos tirados. El fútbol, la tele siempre encendida. Sorpresas mínimas, algún cambio en su aspecto, cinco kilos más, se está quedando pelado. Cambios en sus gustos, palabras nuevas. Nombres que no reconozco, anécdotas en las que me quedo afuera. Ciudades desconocidas.

Quedarse es la muerte.

Ya vamos llegando a casa. Las primeras gotas, feroces, caen sobre el parabrisas, golpean el capó del auto. Libertador y Besares, semáforo en rojo. Freno sobre la senda peatonal, embrague, marcha atrás y retrocedo, no porque vaya a haber alguien para cruzar, retrocedo por la mínima posibilidad de que Gerardo diga alguna otra cosa sobre Boston y pontiacs y las sendas peatonales. La lluvia cae sobre el parabrisas como ángeles que se suicidan. Fumo. En el aire envenenado la voluta se retuerce, se dobla, se desdice. Busca una salida que está lejos, que no encuentra.

Quedarse es la muerte chica. Pienso.

La lluvia cae, se revienta contra la chapa del auto, contra el asfalto, contra más agua, en los charcos. Gerardo mira

su celular, aprieta unas teclas, escucha unos mensajes. Fumo. Semáforo verde, arranco. Fumo. Aprieto el cigarrillo entre mis dedos. El humo sube, rígido, vertical, choca contra el vidrio, se dobla, se retuerce.

Quedarse es la muerte chica, parece repetir la voluta, encerrada, aplastándose contra el vidrio.

Quedarse es la muerte, chica, siento que le contesta la lluvia, en cada charco que vamos aplastando.

EL EXTRAÑO LENGUAJE DE LAS CASAS

*Tu carne no cierra
y esta zanja
es un tajo de muerte*

JUAN DESIDERIO

Como cada martes desde que empezó la obra, al otro lado de la pared los ruidos no pararon ni un minuto desde que empezó la sesión. *Deben estar tocando la viga*, piensa Elena, fastidiada. *Si parece que estuvieran acá, adentro mismo del consultorio*. Vuelve a mirar el diván, a acomodarse otro poco en el asiento, le duele la cintura, está tensa. *Tiembla todo, las paredes, la lámpara, todo*.

Me acuerdo, Mirta, de la casa de Dorrego, empieza a decir Elena, como para hablar de algo. Yo era muy chica, muy chica, ¿qué tendría, cinco años? ¿Cuatro? Al nonno le había dado la hemiplejía, creo. O no, eso le vino después. Me parece que lo que le había agarrado era el cáncer. Sí, creo que fue el cáncer, ya le conté, de la garganta.

Elena se acomoda mejor en el asiento, que le parece duro, con el respaldo demasiado recto. Mira de reojo el diván, tan confortable ahí a unos metros, y vuelve enseguida a clavar la mirada en la analista: Mamá se los trajo a vivir con nosotros, a los nonnos, y nos mudamos todos a la casita de Dorrego. Media casita en realidad, porque ocupaba mitad de terreno, la otra mitad era de los Golstein. Los chicos dormíamos los tres

juntos en una sola pieza, dice de un tirón y agrega también que, ahora que lo piensa, era más o menos del ancho de un pasillo. Dibuja con las manos una especie de plano en el aire: Claudio dormía pegado a la puerta, nosotras dos más al fondo, mamá y papá en el cuarto que daba a la calle y en el otro, mueve la mano hacia la derecha, los nonnos.

Elena está segura de que los obreros están tocando la viga por el ruido elástico y cimbreado de los mazazos, y se acuerda del jueguito aquel, el que hacían con Andrea, ese de armar un teléfono con dos latas de tomate y un piolín bien tenso.

¿Qué manera de jugar con cualquier cosa, cuando uno es chico, piensa.

A qué se refiere, pregunta Mirta.

¿Cómo? ¿Habló en voz alta? ¿Y no se dio cuenta? Le revienta que le pase eso. Y ya está Mirta, como de costumbre, encima de ella, con sus preguntas de siempre: a qué se refiere, usted qué piensa, por qué le parece.

Nada, nada, le contesta brusca.

Horribles esos momentos. Irremontables. Esas frases que salen solas, porque sí, y la atención de Mirta, empecinada en cada palabra de Elena, en cada gesto, en cada pedo que se tira o quisiera tirarse o por qué no se lo tiró. Vuelve a sonar el mazazo, y produce otro sonido que reverbera unos segundos en el aire del consultorio, no tan agudo ahora, pero presente. *Efectivamente*, se dice Elena, *el tipo está tocando la viga*.

¿Me cree si le digo que la casita no aguantó ni una tormenta? Como le cuento, Mirta. Era linda la casa, pero a la primera de cambio, no aguantó. No aguantó nada. Estaba mal hecha. No me voy a olvidar más de la tormenta, le juro. Mire que yo era muy chica, eh. ¿Qué tendría? ¿cuatro años? ¿Cinco? Pero esto me lo acuerdo, me lo acuerdo bien, no me

lo contó nadie. Me lo acuerdo como si fuera ayer, Andrea y yo estábamos mirando por la ventana, como siempre solitas.

¿Solitas?

¿Solitas, dije? Elena se empieza a llenar como en cada sesión de una bronca sorda, más vale un encono, que la ofusca y que la cierra sobre sí misma. *¿Qué estúpida, ¿cómo solitas, si estábamos todo el tiempo con los nonnos?*

Juntitas, contesta. Juntitas, quise decir. Juntitas mirando por la ventana, como siempre. No sabe, Mirta, las señoras pasaban a hacer las compras, nos veían la nariz pegada al vidrio, vestiditas iguales, y decían siempre lo mismo: qué ricura las gemelas, tan idénticas; no se sabe cuál es cuál. Siempre lo mismo decían las viejas: dos gotas de agua, no se sabe cuál es cuál.

¿Y era así?

¿Qué cosa?

Que no se sabía cuál era cual.

Qué se yo. Yo no entendía, me asustaba que se confundieran, que no se dieran cuenta que yo era yo, la gorda, y ella era ella, la chiquita, como nos llamaban en casa. Y ahí estábamos, como le digo, que de pronto se hizo oscuro que parecía de noche, pero no podía ser de noche si todavía no habíamos ni comido, si mamá no había vuelto del hospital, si la nonna estaba recién haciendo la sopa, y en eso empezaron los truenos, y la nonna que le tenía un cagazo padre a las tormentas, Mirta, que no sabe cómo se ponía, fue corriendo a la cocina para quemar el ramo de olivo.

El dolor de cintura ahora le irradia hacia arriba, siente una tensión a la altura de los omóplatos, mueve un poco el hombro, en redondo para aflojarlo. Y el diván ahí, tan cerca, tan mullido, con su tapizado brillante y su capitoné.

Elena, usted ya sabe que cuando se decida podemos pasar a diván.

Elena no contesta. Por un lado la tentación es mucha, tan blandito que parece, tan cómodo, pero por otro lado ¿qué tiene que hacer ella acostada ahí, como un bebé? ¿Qué quiere esta mujer, también: ponerle la mamadera, cambiarle los pañales? ¿Qué? ¿Le va a cantar el arroró?

Antes se hacía así, Elena habla un poco forzada, para cambiar de tema. No hay ningún reloj a la vista y no se anima a mirar el suyo para ver cuánto falta. Eso, lo de quemar el olivo ¿usted no lo hizo nunca? Cuando a uno le dan miedo las tormentas, decía la nonna, hay que quemar el olivo del Domingo de Ramos.

Mientras habla, su mano izquierda juega con una hilacha del dobladillo de la blusa. Tira de la hilacha y la va enrollando alrededor del dedo; la tela de la camisa empieza a arrugarse, como en un hilván, hasta que el hilo se corta.

¡Mi nonna le tenía un miedo a las tormentas!

Hace con el hilo una bolita y se la mete en la boca.

Llovía que caían sapos de punta, mire. Estábamos en la cocina y de pronto me dio una gotita en la cabeza. Enseguida otra, y otra más. La nonna puso una ensaladera donde caía el agua y fue a revisar por el living. Y empezó a los gritos, que traé la olla, le gritaba al nonno, que la palangana. Sbrigati, me acuerdo que le gritaba. Sbrigati, que quiere decir metéle. El nonno corría con los baldes para todos lados, no había cuarto donde no entrara agua a chorros. La tele, el piano. A la nonna le había venido la fatiga, se sentó en la poltrona que no podía respirar, y decía Madonna mé, Madonna mé. El nonno tosía todo el tiempo y le caía la flema por el pecho, por ese agujero que tenía en la garganta, por lo del cáncer, que nos daba terror. Terror de solo mirarlo. Andrea decía que no había que mirar ese agujero, que por ahí salía el diablo. Y si lo miraba, después dibujaba tres cruces con el dedo en la pared

y me hacía dibujarlas a mí también. Ese agujero tenía algo de infierno, Mirta. Se lo juro.

Mirta escucha en silencio, los ojos clavados en su cara. Elena cree que Mirta hizo un movimiento apenas con la boca, como si asintiera, pero no está segura. Le molesta esa quietud alerta, como esperando para agarrarla en una falta, en una equivocación, para tirársele encima y remarcársela. Del otro lado de la pared, o donde sea en este edificio, los martillazos parecen haber acabado, y ese silencio nuevo le resulta demasiado íntimo, asfixiante. Hoy no quiere ni ver a la analista, no soporta su presencia. *Para qué vine*. Para qué sigue viniendo, es lo que se pregunta sesión tras sesión tras sesión, para qué, si la cosa no cambia, no mejora, no nada. No quiere verla ni con el rabillo del ojo. No quiere que ella la vea, tampoco. Vuelve a mirar el diván.

Tengo una tortícolis que me está matando, Mirta.

Se pasa la mano por la base del cuello, gira la cabeza.

Me parece que hoy sí, le voy a aceptar lo del diván.

No es que quiera en lo más mínimo, Elena, dar el brazo a torcer. Con lo que insistió Mirta en estos meses para que se recostara en ese diván. Y ella, ya, últimamente, que no, que no, que no, solamente para no darle el gusto, para que la otra no le gane. Pero hoy es distinto, por lo menos así acostada no tiene que bancarse esa forma que tiene de mirar. *Qué se cree*, Elena se sienta en el diván con cuidado, es bajo pero mullido, *no sé qué tanto me tiene que andar mirando*. El diván le resulta más cómodo de lo que parecía. Se acomoda bien, apoya cada vértebra en el colchón, estira la nuca contra el almohadoncito, cruza las manos sobre la panza y clava la vista en el cielo raso.

¿Está mejor?

La voz de Mirta, así, desde atrás, la sobresalta, tan de cerca que le llega. Con el rabillo del ojo alcanza a ver las piernas

y los zapatos de Mirta. *Qué modelo serán, de qué color*, no se acuerda y ahora no puede mirarlos sin dar vuelta la cabeza alevosamente, así que se queda dura, mirando el techo. Los martillazos vuelven a sonar, ahora del otro lado justo de la pared. Uno. Otro. Rítmicos. Espaciados.

¿Está mejor?

¿Pero es boluda? Como voy a estar mejor con esta maza que revienta todo acá encima. Nunca pudieron arreglar bien esa casa, Mirta. Nunca. Hay cosas que no tienen arreglo, parece.

Se da vuelta en el diván hacia la pared, tan fuertes son los martillazos del otro lado, que Mirta tiene que gritar para hacerse oír. *Mejor que no diga nada*. Que se quede callada entre todos estos golpes que hoy no dejaron de retumbar desde que llegó, y que con los últimos dos o tres apareció en el revoque una rajadura que divide la pared en dos. Le importa tres pitos a Elena saber qué piensa, qué siente Mirta sobre esa rajadura abierta en su consultorio, el tipo, allá arriba o donde cuernos sea que esté, *quién será*, sigue golpeando totalmente ignorante de lo que pasa ahí adentro, *debe ser un pibe, con la remera anudada en la cabeza para protegerse el pelo enrulado, largo hasta los hombros*, no puede imaginarle la cara, no le sale, si pone la mano en la pared, la vibración del mazazo se transmite a su cuerpo, *debe tener la radio al taco, con la última de Karina, y pensando en la chica que conoció el sábado, seguro que no se la puede sacar de la cabeza desde que la conoció*. Elena piensa que el pibe se la debe imaginar ahí, a la piba, parada frente a él, los ojos clavados en los suyos, *se imagina que se le acerca y le da un beso largo, húmedo*, y que después la piba, despacito y sin dejar de mirarlo, empieza a agacharse, las manos le buscan el cinturón, le desprenden el jean de memoria y se sigue agachando hasta quedar de rodillas, las tetas le desbordan de la musculosa, y él desde ahí donde esta las ve

rebotar generosas, enormes, ella lo sigue mirando, se pasa la lengua por los labios para mojárselos un poco y le sonrío, *él la agarra fuerte del pelo, y ella ni se queja, sonrío*.

Elena pasa el dedo por la rajadura de la pared del consultorio todo lo que le da el brazo, una, dos, tres veces, de una a punta a otra, hasta que un pedacito de yeso se desprende. *El pibe piensa en la piba, en que el sábado va a volver a verla, escucha a Karina al mango y meta mazazo, meta mazazo*. Hace fuerza con el dedo para adentro, a ver si puede pegar de nuevo el revoque a la pared, pero es inútil, el cachito se cae, deja como un hueco blanco en la pintura celeste, entonces mete el dedo en el surco, lo agranda, más pedacitos de yeso se siguen cayendo, se los pone en la boca, los mastica junto con la bolita de hilo de la camisa, la saliva los va disolviendo.

¿En que se quedó?

La voz de Mirta, suave ahora, entre martillazo y martillazo, la trae de vuelta al diván, a la pared ahora con esa raya que la divide al medio.

Me acuerdo ahora de ese buco que tenía el nonno en la garganta y se me sigue poniendo la piel de gallina. *¿en qué me quedé? ¿En qué me voy a quedar? En los golpes me quedé*. Y ese día, la nonna con la fatiga en la poltrona, que se apantallaba, que le faltaba el aire, el nonno que tosía, chorreando la flema, el agua que caía por todos lados, y nosotras, Andrea y yo, agarradas de la mano, en un rincón. *En el batifondo este, que no se puede ni pensar con semejantes golpazos*. Y en eso escuchamos un ruido como una explosión y era el cielo raso que se caía sobre el piano de mamá, que sonó que daba espanto, y ahí sí, nos miramos con Andrea, y yo vi el horror en su cara y empezamos a llorar a los gritos, mamá, mamita, las dos en ese rincón, de la mano. *Karina, debe escuchar el pibe*. No pudieron arreglarla nunca esa casa, Mirta. *Si yo fuera a tirar una casa*

bajo, me pondría al taco Rage against the Machine. Le digo que estaba mal hecha. Como la mierda estaba hecha.

De un día para el otro papá decidió que nos mudáramos. Papá hacía todo así. Uno llegaba un día y estaba el camión de mudanza, cargaban todo y a la casa nueva. Ahora, en el trabajo nuevo, cuenta Elena, el padre tenía un chofer, Juancito. Un polaco coloradón. Oh, Cuán, le decía mi viejo. Cuancito, le decía como buen tano. Le habían puesto una secretaria, también, que estaba todo el día en la casa. Odiosa, la mina, dice Elena. Un sargento. Parecía Tootsie, le juro Mirta, con Andrea decíamos, papá está con Tootsie, y ni nos mirábamos que ya nos empezábamos a morir.

¿A morir?

De la risa. Y, al final, ni sé de qué nos reíamos, éramos tan boludas. En el barrio nuevo no había chicos para jugar en la calle, un embole Mirta, un reverendo embole; con decirle que prefería el colegio. Y eso que íbamos a un colegio de curas. Imagínese el embole que nos pegábamos. *Y la gente, en la escuela, en el barrio nuevo, seguía confundiéndonos, nos decían, ¿sos vos o tu hermana?* Jugábamos a hacernos pasar una por la otra y era un triunfo cuando nadie se daba cuenta.

No hay un día que no la extrañe.

Nunca me gustó ese barrio, Mirta. Los caserones, las calles empedradas, no se podía patinar ni andar en bicicleta. No había nunca nadie en la vereda. Bah, haber sí que había, las mucamas, los choferes. Pero chicos para jugar, ni uno. Le digo que era un embole. En el apuro de la mudanza, porque fue de un día para el otro, vino el camión, levantó todo y nos llevó, se me quedó el Topo Giggio. Nunca me llevaron a buscarlo. Mire que rompí, eh, pero no me quisieron llevar. No sé por qué. No era tan lejos, después de todo. Siempre tengo la fantasía, todavía hoy, cuando paso por esa casa que voy a tocar

el timbre y le voy a decir a la señora, ¿puedo pasar a buscar el Topo Giggio que me olvidé en la mudanza? Y capaz que me dicen, no, se lo llevaron los Golstein. ¿Y los Golstein dónde viven? Se fueron del país, capaz me dicen. O capaz me dicen, no sé. Nadie los vio más. Desaparecieron. *Si el tipo sigue con los golpes, la pared se viene abajo. La rajadura ya parece un río en un mapa. Se desprende de nada el yeso.* Más o menos por esa época empecé con los problemas para dormir. Elena vuelve a pasar el dedo por la rajadura, raspa con las uñas. *Qué fácil que salta, que berreta todo esto.* El revoque se le clava debajo de la uña del dedo gordo. Duele. *Putá madre y la reconcha de la lora, ¿cómo me saco esta mierda de acá abajo?* Se chupa el dedo y después sacude la mano, como si quemara, *Quién me manda, qué imbécil.* Vuelve a chuparse el dedo, suspira hondo, casi como si gimiera.

Mirta aprovecha un espacio entre golpe y golpe y dice en voz muy baja, hay cosas que, parece, son muy dolorosas.

¡Hay cosas que son muy dolorosas! ¿Encima tengo que escuchar que esta tilinga me diga, hay cosas que son muy dolorosas? ¿Para eso le pago a esta mina, yo, *chiquicientos mangos la consulta?* ¿Para que diga una pelotudez como esta: *hay cosas que son muy dolorosas, y me mire como si hubiera dicho una genialidad? Más vale que son dolorosas, que viva, no hay nada peor que se te meta una astilla debajo de una uña, por algo le dicen tortura china, ¿no? Tortura. Tortura. Tor – tu – ra. ¿Qué le dirá la palabra, no? Ni sueñe que le voy a contestar una pelotudez así. Se hubiera quedado callada. Tortura china es esta sesión de mierda de hoy, con esos martillazos, por qué no se quedará callada, mejor. Hay días que le pagaría para que se quede callada. Eso, que se quede callada, que se duerma.*

Mi hermana, Mirta, no sabe cómo dormía. Yo no me podía dormir y ella roncaba que daba miedo, le juro. Y más roncaba

ella, más me desesperaba yo, que no conciliaba el sueño. A veces a papá lo llamaba alguien a mitad de la noche. Sonaba el teléfono y salía sin decir nada. Yo lo escuchaba, desde la cama. También escuchaba a mamá, que se metía en el baño, revolvía en los placares, sacaba cosas del botiquín. Subía y bajaba las escaleras, en camisón. Miraba la calle por el ventiluz del baño. Mi hermana no se enteraba de nada, dormida como estaba. Yo me quedaba contando las campanadas del reloj de la sala, sonaba cuatro, cinco veces antes de que papá volviera. No me podía dormir. Me daban miedo las sombras, los ruidos, afuera. Las frenadas bruscas, cada tanto. Los pasos. Todo me daba miedo, y yo más sola, con Andrea dormida. Cerraba fuerte los ojos y rezaba dios, haceme dormir, pero qué me iba a dormir, Mirta, qué me iba a dormir. Yo los domingos iba a misa y pedía siempre lo mismo, dios, ayudame a dormir. Me metía en la cama de Andrea, despacito a mitad de la noche, acercaba mi pie hasta tocar el suyo y eso me tranquilizaba. Mamá siempre dijo que en la panza habíamos estado así, con mi pie entre sus piernitas, por eso yo tengo el pie un poco torcido, ¿ve? Todavía pongo el pie entre los tobillos de mi marido cuando me voy a dormir. Para qué, no sabe cómo se queja. Es que soy de pies fríos.

Parece que al fin la terminaron, ahí arriba, con los golpazos. Pero ahora en un rato nomás, empieza el turno del percutorcito ese de la poronga que es una tortura, loco. Una tortura. Así no se puede. No sé que estoy haciendo acá tirada en este diván, hablando boludeces con esta mina que le pago para que me diga hay cosas que son muy dolorosas, y el insomnio que no afloja, la gastritis como el primer día, y los ataques de pánico.

Me metía en su cama y me quedaba en silencio, contando las campanadas o jugando a encontrar manchas en las sombras de la ventana. Otras, cuando no la sentía roncar, le ponía

un dedo debajo de la nariz, para ver si estaba muerta. *Qué sabrá la gente lo que es el pánico.* Como yo no dormía, lo escuchaba llegar, a papá. De madrugada. Y a mamá levantarse veinte veces, ir hasta la puerta y volverse a acostar. *Qué sabrá esta mina que lo que da más pánico es la sola idea de que te vuelva el pánico.* Discutían en voz baja, papá y mamá, no podía entender de lo que hablaban. Casi todos los días seguíamos jugando al teléfono, yo en el sótano, ella en el piso de arriba, decíamos: un masculino, dos femeninos, diez cuatro y cambio y fuera. Y nos aburríamos siempre ahí, metidas en esa casa tan silenciosa, que parecía una tumba, ruido no se podía hacer, estaba prohibido, sobre todo si mamá estaba con la “jaqueca”, que venía Blanca y nos decía: no hagan ruido que la señora está con la jaqueca, o si papá estaba encerrado en su estudio, con los tipos aquellos que venían siempre, o con Tootsie.

Hace un rato que ya no suenan más los martillazos, cada tanto un percutor se mete entre los ladrillos, como un trueno, siempre rítmico, siempre igual: un chiflido, un temblor, silencio, después uno, dos, tres, segundos de espera y vuelta a empezar y de repente, ahora Elena no se lo puede imaginar más joven al obrero, de repente se le ocurre que es muy viejo, un viejo petiso y medio rubión, con los zapatos cuarteados de cal, el mameluco de Arciel, tararea una canción de la Cinguetti, o no, canta a voz en cuello “Giovinezza, giovinezza, primavera di bellezza”, y ahora sí le imagina la cara, tiene la cara de don Adolfo.

¿Alguna vez le conté de don Adolfo? Un personaje el viejo. Un tano bruto. Papá lo había conocido, me parece que en el barco, o no sé, en la guerra. De esos tipos que hacen cualquier cosa, vio. Papá lo había metido a laburar con él, y lo tenía para todo mandar. Una tarde, a la vuelta de la escuela lo encontramos destrozando el comedor. Todo el piso estaba

hundido, no le miento, parecía que las cosas, los muebles querían caerse adentro de un pozo. Don Adolfo había abierto una zanja que iba de una punta a la otra de la casa, pasaba por el medio de toda esa pudrición. Había un olor. Era olor a mierda, Mirta, no, qué a mierda, a muerto. Olor a muerto, era. Y el tipo clavaba el pico entre los tablones del piso, que saltaban como galletitas. Las alfombra enrollada contra la pared, los muebles corridos, todo mezclado, una cosa arriba de otra, los cristales, las porcelanas arriba de la mesa, todo tapado con una sábana. Y nosotras ahí, una de cada lado de esa tumba abierta, en silencio. Quise mirar adentro, Andrea me hizo que no con la mirada. No es que me diera órdenes Andrea, imagínese, pero tenía una cara que me dejó helada, con los dedos se dibujaba cruces contra el costado de la pierna. El acqua é traicionera, decía don Adolfo. Busca, busca en silencio, e se va metiendo. Cava, cava, despacito, nessuno la siente, e distruye tutto. Per eso que no hay que confiarse. No hay que confiarse nunca. El acqua é traicionera. Hay que perseguirla. Abrire bien, rompere. Rompere tutto hasta encontrarla. A vece, la casa sono tutta así, dijo. Per afuera tutto lindo, y clavó el pico contra la alfajía, per afuera tutto lindo, nos miró fijo, e per adentro estano podrida.

Hizo palanca y el piso reventó por el aire.

TRANSPARENTADOS POR EL TIEMPO

No volvió a pisar el barrio desde la noche aquella de la bomba. Es tanto lo que se dejó en esas tardes amarillas de chicharra y tilo, desde que partió hacia otra vida muy lejos, al norte, donde las estrellas son otras y donde vivió sin miedo. Hace tiempo que viene juntado coraje y algo de fuerza para volver.

Parado en la esquina, mira.

Podría haber despertado de improviso después de meses de estar en coma, podría estar ciego en esta esquina desierta que igual sabría exactamente dónde se encuentra: son su brújula los tilos florecidos de fines de noviembre, las jacarandas explotando en la vereda, extendiéndole la alfombra lila para recibirlo con pompa, son los palos borrachos panzones y pinchudos, la generosidad de las tipas que refrescan el aire, en esa vereda como en cualquiera otra de Tres Cerros.

Parado en la esquina, mira la casa.

Inspira varias veces aunque nunca muy hondo, ya casi no recuerda lo que es respirar hondo. Ahora, desde hace unos días, tiene esa forma corta, rítmica de respirar. Siempre igual, siempre parejo, salvo cuando le viene el acceso de tos. Respira, entonces con esa pausa, mira la casa y empieza a caminar. Mentiría si dijera que encuentra todo igual: todo está necesariamente distinto. Como él. Ya no hay potreros ni baldíos, ni la tapia del colorado. Las casas del carpintero y de la maestra ya no están. Por ahí, de tanto mirarse con odio durante años, deben haber terminado muriendo juntas. En su lugar, en

cambio, se plantaron otras nuevas, y éstas, como todas, están enjauladas con hierros terminados en lanzas o flechas o flores de lis, donde alguna campanilla, algún jazmín optimista trepa en un intento por disimular la obscenidad de esas armas. No hay rastros de aquellas veredas de vainillas, ni de los pozos y raíces que las grafiaban sino que ahora dominan unas baldosas blancas, enormes, perfectas. Como lápidas.

Baja con cuidado del cordón de la vereda y cruza la calle en diagonal. Le hubiera gustado encontrar todavía los adoquines. En su lugar, una gruesa capa de asfalto cubre todo limpiamente, como quien hace borrón y cuenta nueva. Qué lindo sería, piensa, que también una capa suave y lisa de alquitrán, pudiera ahogar prolijamente los tumultos de la memoria. Los pasos cortos de Fermín, desamparados de bastón, por orgullo de su dueño, se benefician, no obstante, de esa calle tersa. Sus piernas débiles hace tiempo que no pueden sortear grandes obstáculos. Le molesta ver tanto auto estacionado porque la calle se ve más angosta de lo que fue y sobre todo porque indican el agua de la zanja, esa agüita isloteada de naranjas machucadas, que supo ser su espejo, su mar, su escape. Pero pronto, pasado el primer desconocimiento, cuando los ojos se aquietan, como cuando se pasa del destello a la sombra, empieza a recuperar lo perdido: bajo el solazo de las dos de la tarde, cuando la calle es un desierto al que nadie se le anima, Fermín ve aparecer, levemente ondeados por el fuego, transparentados por el tiempo, a los pibes de la barra jugando el picadito, ocupando todo a mitad de cuadra. Con sus remeras gastadas, los pantalones cortos.

¡Auto! grita el Alemán.

Y la agarra Kempes, y la tiene Kempes, dice Salo, imitando a Muñoz, ..Kempes, ...Kempes...Gooooool, gol, gol, gol, gooooool....

Fermín ve las rodillas negras, y los zapatos de suela, destrozados como siempre, a pesar de los gritos, de las palizas de las madres.

Parála Salo, —se queja Fernando— el Alemán gritó auto.

Qué auto ni qué auto, no afanés. —se limpia con el dorso de la mano un hilo de moco que le cae de la nariz.

¿Quién afana, que te rompo el alma? Si no me creés, preguntáale a él. Y señala a Fermín.

¿Vos lo viste, Fermín? —pregunta Salo, se rasca la cabeza a través del gorro de tela —Fue gol ¿no? Gol de media cancha, fue— se da vuelta y pecha a Fernando.

Fermín se queda mirándolo. No responde. Respira. Lento. Respira.

¿Fue o no fue?

No sé, no vi —dice Fermín y le cuesta reconocer su propia voz.

Gritó auto, el Alemán. ¿O no?

No escuché —nuevamente su voz le parece extraña, como vacía o soplada—.

Pero estás en Babia, Fermín. Sos un tronco, pibe. Andá al arco, querés. Te toca un rato a vos.

Fermín lo mira. En silencio. Fernando agarra la remera con la que está marcando el arco, se la pone de cualquier modo:

Fermín al arco —grita—. A ver si te despabilás, que nos están llenando la canasta.

Fermín hace el amague de bajar del cordón, caminar hacia el arco. La pelota viene casi muerta a sus pies. Alcanza a tocarla con la punta del zapato. Las rayas rojas y blancas de la pulpito de goma están un poco deformes, como oblongas. Fermín la para, la aplasta con el pie sobre el parche cuadrado, cerca del pico. En esa posición se queda mirándolos, Salo y el Alemán están a punto de agarrarse a las piñas.

¿No venís? le grita Fernando desde mitad de cuadra, agitando la mano para que vaya, mira alternativamente a Raulito, a la pelota y otra vez a Raulito y de pronto le dice a Salo, agitando la mano como buscando roña: Tres a dos. Y de nuevo a Fermín, mientras corre para tapar su arco:

Y metele, te estoy diciendo, que.

Pero en eso se para en seco ahí a cinco pasos, respirando agitadamente, el sudor le cae por la cara. Lo mira fijo a los ojos, apunta con el dedo y grita:

Guarda, Fermín. Que te atropellan.

Fermín da un salto involuntario hacia la derecha y pasan, pegadas contra la pared, Inesita en su triciclo de hierro rojo y las nenas de al lado que van de a dos en una bicicleta verde, y unos minutos después la otra, la más chica, en un triciclo al que le faltan los pedales; viene zapateando contra la vereda, pura voluntad.

Ojo, Inesita, que estoy un poco —pide Fermín a su hermana, pero ella pasa sin escucharlo, y como sin verlo. Pero lo vio. Lo vio. Es claro que lo vio porque de lejos se da vuelta, y le saca la lengua. Las amigas se matan de la risa.

La del triciclo roto se para. Respira fuerte, tiene la cara muy roja por el esfuerzo. Lo mira un rato en silencio. Fermín ve su pecho de paloma subir y bajar agitado.

Hola Fermín —saluda la nena cuando recupera un poco el aire. Y después, a los gritos, a las otras: Esperenmé, no sean malas.

Tontas, dice.

Fermín nota que contiene las ganas de llorar.

¿Paola? pregunta él.

Hola Fermín. Siglos que no te vemos —dice ella, la del medio de la modista.

¿Viniste para quedarte?

No. Estoy de paso.

Y, sí, acá todos los que vienen, algún día se van.

Las nenas de la modista, piensa Fermín. La modista que tenía esas tres chicas que fueron tres pieles de judas hasta la noche aquella, de la explosión.

Todos, menos nosotros, tarde o temprano se van —se saca el pelo traspirado de la frente—. Fermín, mirá vos, siglos que no te veíamos.

Sí. Estoy viviendo afuera desde.

Supe que te fuiste. Claro. Todos lo supimos. Nosotros, en cambio, nos quedamos acá.

Todo tan distinto. ¿Y la fiambrería? ¿la mujer del vivero?

Algunos se fueron. Vinieron otros y cambiaron algunas cosas y después se volvieron a ir. Ya no es como antes. Mucha gente de paso. Ahora ya casi nadie se queda. Si los vieras, mirá, siempre igual: se instalan que parece que vienen con un entusiasmo bárbaro, cortan el pasto de la vereda, lavan el auto mientras escuchan el partido, pintan las maderas del frente. Se quedan unos años, a veces les nacen bebés, pero no los dejan nunca salir a jugar. Después todo ese entusiasmo se les va yendo, se van apagando, y al final, se van. Nosotros, en cambio, nos quedamos.

¿Tu madre?

Ella también se fue.

¿También ella?

Y, sí.

¿Hace mucho?

Veintidós años, ya.

Una pena.

Y, sí.

El padre de Raulito en cambio, se quedó. Pero desde la noche de la bomba que no sale de la casa.

Paola señala hacia la otra esquina. Fermín ve apenas un resto de techo asomar entre la glicina que trepa por los muros, por las tejas, que tapia las ventanas, el portón del garaje de esa casa donde alguna vez vivió el comisario de Tres Cerros.

Parece abandonada.

Pero está, está. Preguntale a Raulito, si no me creés. —Se levanta del triciclo, alza la mano. Raulito —agita la mano dos, tres veces—, Raulito. —Hace bocina con las manos al costado de la boca— Salo, llámamelo al Raulito.

Un ruido a tacho los toma de sorpresa. Los chicos de la otra cuadra llegan en su carrito a rulemanes, bajando por la calle desde Caseros. Vienen hechos un bólido, metal contra metal, contra piedra, meten un ruido que parece de cadenas que se arrastran. Fermín siente que algo en los dientes se le frunce, un escalofrío le recorre la columna vertebral. Inesita, desde la esquina, se da vuelta asustada, mira a los chicos de la otra cuadra que se acercan.

Metete pata, Pao, le grita desde la esquina.

Fermín ve a lo lejos a su hermana que vuelve a sentarse en el triciclo, empecina su pie contra el pedal y desaparece dando vuelta la esquina.

Esperenmé, grita Paola y sale zapateando con fuerza para alcanzar a las chicas que meta pedal y pedal, la dejaron atrás, muy atrás.

Espérenme, tontas —grita—, y Fermín nota su voz apretada de llanto.

Las ve alejarse: Inesita, su hermana. Paola. Constanza. La otra chica de la modista, la menor, que no se acuerda el nombre. Las nenas de al lado. Las de la modista. Siempre vestidas de huérfanas, luciendo con entusiasmo el estreno de un vestido usado que por ahí había sido de Inesita. El ruido a tacho se acerca, se hace insoportable.

A ver cuando traés esa carcacha tuya, Fermín, dicen, al pasar, los chicos de la otra cuadra y siguen viaje hasta perderse de vista calle abajo pero Fermín vuelve a sentir que las piernas se le aflojan, como antes, ahora que el grandote ese, Sebastián cree que se llama, le clava los ojos, y lo mira en silencio, mientras se lleva el índice derecho hasta el ojo, y apenas toca el párpado de abajo. Después dobla ese mismo índice, y se lo mete entre los dientes, mordiéndolo con fuerza, anunciándole que.

¿Venís o no venís, Fermín? Le grita Salo, corriendo detrás de los pibes que están en la esquina del comisario, tomando agua de una canilla que desentierran de entre las plantas. Metete, que si sale el viejo, nos corre.

Fermín los ve cómo toman agua, de a turnos, y después, dejando la canilla abierta, pegan la vuelta a la esquina y corren y desaparecen. Durante un rato todavía sigue escuchando las voces, las risas, sobre todo la risa cortajeadada de aquel chico que no recuerda el nombre, el larguirucho, que el padre lo molía a palos, de apellido Lagarrigue y con el que fumó su primer cigarrillo.

Cómo quisiera fumarse un cigarrillo ahora mismo Fermín. En vez de eso pone la mano abierta sobre su pecho, y se concentra en respirar. Inspira. Pausa. Espira. Mira, ahora de nuevo solo en la vereda, otra vez hacia la casa. Justo en la mitad de la cuadra, a mano derecha, sobrevive, mínima, la casa.

Anticuadamente moderna, sobrevive.

Camina muy lento hasta el uno nueve seis uno, condensando toda su vida en esos escasos cuarenta metros. Estira la mano y acaricia la rejita baja de entrada. Qué pena, piensa, que su casa se haya encogido tanto. Pasa por el portón entreabierto y camina hasta el porche que sigue aprovechando la sombra fresca de la medianera. Le parece por un momento

que en la frescura de esa sombra, al amparo de ese porche, el aire le entra mejor, se le llenan los pulmones. Hace fuerza y entra el aire todo lo que puede, pero el bienestar dura lo que dura una ilusión: un golpe de tos se encarniza con él, obligándolo brutalmente a soltar el aire y unas lágrimas, y le recuerda con fiereza a lo que vino.

La casa.

Parado en ese jardincito de entrada de lo que fue su casa, Fermín repasa mentalmente toda la planta baja: el recibidor, con su espejo donde la madre se pintaba los labios antes de salir; enseguida, el sillón chertfield de orejas, donde el nonno fumaba esos negros sin filtro que fueron su mejor legado; después, el comedor diario con su boiserie de pino y su ventana alta, esa, que le sabía dar terror las noches de tormenta con la Santa Rita asomándose como una mano sangrante que se lo llevaría a los infiernos; al fondo, la cocina donde colgaba de la pared el fuentón de la nonna; y por último, el patio: ese enorme dibujo verde y blanco, entrevisto en su mente a través de la persiana americana. ¿Qué habría sido de aquellos angelitos que la madre había colgado sobre sus camas, celeste para él, rosa para Inesita? Los angelitos de la guarda. En aquella época Fermín creía todavía en el ángel de la guarda. Tal vez cree todavía. Tal vez el ángel de la guarda exista, sólo que algunos hacen su trabajo mejor que otros. Busca con la mirada el timbre, está mucho más abajo de lo que recordaba. Se siente algo ridículo, un intruso y un poco obsceno, pero hace tiempo que se fumó el último de sus días, negros y sin filtro, y estos pocos que le vinieron de yapa, este tiempo de descuento, no son para pasarlos entre aparatos y tubos, sino para revisar sus pasos, recoger sus cosas, y partir.

Con mano temblorosa, acentuada por la vergüenza, toca un timbre prudente. Nadie responde, sólo el aullido triste de

un perro encarcelado, como se usa ahora, en alguna terraza vecina. Espera un tiempo prudencial, respira tres veces con esa parsimonia prestada que tiene ahora, últimamente, y vuelve a tocar. Toca varias veces, cada vez más seguido, cada vez más largo, cada vez más urgente. Nadie atiende. Entre timbre y timbre aprovecha para acariciar la puerta, la pared, pasando de la seda de la madera al revoque rugoso, grabándose todo en las yemas para podérselo llevar. Nadie atiende. Todo es silencio, salvo el fuelle de su pecho que se infla y se desinfla a un ritmo sosegado. Cierto, se dice. Cierto que la gente ya casi no vive en las casas. Que ahora las casas están para ser mostradas, limpiadas, mantenidas. Para ser enjauladas. Pero vividas, no. Ya casi no se vive en las casas. Ya no se nace, ya no se muere, tampoco, en las casas.

Quiere respirar pero en cambio, tose. Tose. La costilla le duele, parece que se le clavara en el hígado. Después, se seca los ojos que le lagrimean, se limpia un poco de baba de la comisura de la boca y apoya la cara contra la ventana de la sala. La frescura del vidrio le alivia la frente y así, apoyado, recupera un poco el aliento. Vuelve a su respiración pausada, corta, rítmica de fuelle. Fuelle, adentro, fuelle, afuera. Ve el sol pasar a través de las cortinas, brillar en los mosaicos. No ve el piano ni el cuero de vaca ni el cuadro verde y ocre, regalo del tío, no está la mesita de mármol ni cuelga de la pared el Sagrado Corazón de la nonna ni está el piano sobre el que construyeron un mundo, Inesita y él. Sobre ese piano jugaron a Tarzán clavándose en el río, dieron misa, fueron Batman y Robin, corrieron carreras de autos. Todo, hicieron sobre ese piano menos, jamás, tocarlo. No está el piano ni está nada, sino otros muebles, comunes, tan pero tan comunes que no le representan nada. Pero lo terrible, lo verdaderamente terrible, más aún que lo del piano, es que allí donde supo estar el sillón

del nonno, allí donde se sentaba a fumar sus negros, hay sólo vacío, un enorme y doloroso vacío, que un rayo de luz pincela desde la claraboya de la terraza. No alcanza, desde donde está a ver la ventana alta de la cocina ni saber si seguirá allí la mano sangrante de la Santa Rita, que se lo llevaría al infierno una noche cualquiera de tormenta. Y tampoco desde ahí se alcanza a ver el limonero. El limonero que supo ser mástil de bandera, casa en el árbol, carpa de indio, hamaca y caballo salvaje, para desgracia de las calas de la nonna que crecían a sus pies. Las calas que el nonno odiaba porque decía que eran flor de muerto. Camina, entonces, por el corredor que va al fondo, y toca con la mano, al pasar, la hiedra que tapiza ese muro. No hay ni señas de los agapantos, ni de los lirios azules, ni de las azaleas de su madre. Unos lazos de amor, raquíuticos, supérstites, crecen como pueden. Y cada tanto algunas violetas. Fermín va lento, le silba la angustia en el pecho. Le silba mucho el pecho a Fermín, en parte por la angustia. Avanza acariciando ese corredor tapizado de hiedra hasta la puerta reja del patio. Pero la puerta reja del patio sólo le muestra, ahora, un conjunto de macetas cuadradas, con cactus hostiles y la tierra sepultada bajo un pedregullo blanco. Tampoco está el cuartito de Boni, que no resistió, se ve, el paso del tiempo. Como tantas otras cosas, desapareció sin dejar ni siquiera un rastro. Fermín se aprieta con fuerza a la reja y los nudillos se le ponen blancos. Blancos y amarillos. Hunde la cara en el límite férreo de los barrotes y con los ojos, abiertos en un esfuerzo máximo, alcanza a ver aquella parte del patio escabullido. Allí, en el rincón derecho, pegado a la medianera del abogado, está el limonero. Viejísimos. Nudoso, seco. Grisáceo. Pelado. Retorcido de peste, casi desahuciado, pero todavía en pie. Algunas hojas plagadas de arañuela, se mezclan con flores pequeñas de azahar. El limonero resiste. Luce a sus pies

una ofrenda anticipada de calas en flor. Fermín pasa el brazo por los barrotes, estira la mano: no llega. Calza el pie, mete el hombro entre los hierros, y alcanza, finalmente alcanza, la punta de unas hojas, las acaricia, después cierra la mano y arranca torpemente algunos pétalos sedosos, blancos.

En la otra punta del mundo, tan al norte, donde Fermín vivió sin miedo pero también donde las estrellas son muy otras, un sonido agudo y persistente anuncia que la pantalla dejó de dibujar cordilleras y abismos. El sonido taladra la madrugada, hasta que finalmente una mano avanza por el pasillo. Avanza por el pasillo, cruza el vano de la puerta, entra en la habitación, se acerca a la cama doscientos trece; roza, apenas, ese bulto cubierto por una sábana blanca, después sube hasta la cabecera de la cama, aprieta unos botones, apaga el monitor, toca más botones y el fuelle del respirador se detiene. La mano levanta la punta de la sábana, busca el brazo del hombre, retira las vías, pero deja clavada la aguja butterfly. Hace a un lado el pie de suero, firma algún papel en la mesa de arrimo, escribe unas letras, una fecha y una hora. Después, deja la birome, vuelve a tomar la sábana por la punta, tira y cubre el rostro de un hombre no viejo. Antes de cubrirlo, extrae, con el mayor cuidado, la cánula transparente que, pegada con una cinta y apretada entre las muelas, doblaba un poco la boca para la izquierda. La misma mano se acerca a la ventana, gira la falleba y la abre. Llena la habitación, un levísimo aroma a azahares.

EL EXTRAÑO LENGUAJE DE LAS CASAS

de Flavia Pantanelli, se terminó de imprimir en agosto de 2017 en CEDIMSA. El tiraje consta de 500 ejemplares. Coordinación editorial: Lucina Ayala López. Corrección de estilo: María Consuelo Barranco Monroy. Formación y diseño: Eva Laura Rojas Almazán. Diseño de portada: Ángel A. López Esquivel.

Editora responsable:

GABRIELA LARA





Fotografía: Paula Muzzio



FLAVIA PANTANELLI. Es terapeuta del lenguaje y cuentista. Vive en Buenos Aires. Se formó con los escritores Lunazzi, Bermani, Drucaroff, Consiglio y Kupchik, entre otros. Realizó la formación intensiva en Escritura Narrativa en Casa de Letras.

Sus trabajos fueron distinguidos en concursos municipales, provinciales y nacionales e internacionales en Argentina, España y México. Desde 2014 sus trabajos han sido publicados en revistas y antologías de Argentina, Brasil, España, México y Estados Unidos. Participa en los proyectos solidarios PH15 (Argentina) y 30 Sonrisas con historia (España).

Traduce del italiano y es editora. Ha publicado los libros: *Haceme lo que quieras* (Outsider, Buenos Aires, 2015) y *Carne rota* (Modesto Rimba, Buenos Aires, 2015). Segundo premio del Concurso de la Fundación Victoria Ocampo. En la actualidad trabaja en su primera novela *Modos de convocar la nada*.

IMAGEN DE PORTADA: ALICIA ROMO. Fotógrafa y escritora. Su obra gráfica aparece en prensa local, nacional, páginas web de México y Río de Janeiro, Brasil; revistas como *Tec de Monterrey* y *Castálida* del IMC; portadas de libros premiados de Ecuador y México; exposiciones fotográficas individuales y colectivas. Autora de *Retratos de ciudad* y *Retruécanos y garabatos*.

EL EXTRAÑO LENGUAJE DE LAS CASAS

Los cuentos reunidos en *El extraño lenguaje de las casas* están habitados por personajes que viven con intensidad dramática la frontera entre el yo y los demás. Conquistar el espacio extranjero, esa es la cuestión. No queda alternativa, las cartas están echadas y la contienda no dará tregua. La particularidad de estos enfrentamientos, que la autora pone en circulación con destreza de *croupier*, es que todos pierden.

¿Dónde queda, entonces, el pozo acumulado, la ganancia de la banca? El placer está en la forma en que se juega. Y como se trata de historias escritas, la maestría está en la palabra. La ganancia es para el lector.

Versátil en el manejo de recursos lingüísticos, observadora aguda y eficaz narradora, Flavia Pantanelli captura la atención a tal punto que ingresamos de su mano en cada uno de los mundos, en cada una de las casas construidas con un estilo pulido y convincente.

Bea Lunazzi

SDC

